

En sabana y río
“luchando el calao” en Puerto Gaitán,
El Paraíso Natural

Sergio Ramírez Díaz

Trabajo de Grado para optar al título de antropólogo

Dirigido por:
Julio Arias Vanegas

Carrera de Antropología
Facultad de Ciencias Sociales
Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá
Febrero, 2011

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	3
Introducción.....	5
En sabana y río	
“luchando el calao” en Puerto Gaitán, <i>El Paraíso Natural</i>	
Una tarde en <i>El Paraíso Natural</i>	15
Jairo.....	34
Vicente.....	56
Lelio.....	86
Alberto.....	107
Epílogo	
A cultivar el conuco:	
<i>desmentida y diferencia económica</i> en Puerto Gaitán, Meta.....	130
Fuentes Primarias.....	146
Bibliografía.....	147
Entrevistas.....	149

Agradecimientos

Un agradecimiento especial para Jairo Yépez, Vicente Gaitán, Lelio Carvajal y Alberto Castro. Para cada uno de ellos aparecí como un total desconocido y sin embargo me acogieron amablemente desde el principio. Sin sus palabras, sin sus gestos, sin sus silencios, sin su buen humor, esta crónica habría sido peor.

Al Manacacías, al Meta, a los bosques, a las planicies y las pequeñas laderas que se hilvanan para plumar las bandadas de aves y pintarlas en los firmamentos. La naturaleza merece ser amada, como ella lo hace con nosotros.

A mis padres, que sin su esfuerzo no estaría gastándole tiempo a tanto pensamiento ocioso.

A Julio Arias y al proyecto “Identidades regionales en los márgenes de la nación” financiado por Colciencias, por haber hecho posible esta investigación.

A Moisés Yépez por introducirme en campo. Y a todas las demás personas que me colaboraron durante el viaje y la escritura.

¡Muchas gracias!

Introducción

Durante los meses de mayo, junio y julio de 2010 viví en el municipio de Puerto Gaitán en el departamento del Meta, la mayoría de tiempo en diferentes lugares de la sabana, casi siempre a una hora del pueblo. Viví en el resguardo sikuani Wacoyo con Jairo, un artesano, y con Vicente, uno de los chamanes de la comunidad. Estuve en la finca Bramadero con Alberto, el vaquero encargado, y en varias rancherías de los ríos Manacacías y Meta con Lelio, pescador y guía del río. Lo hice con el propósito de conocer ciertas narrativas y prácticas de sus vidas mundanas, que como sugiero, cada uno de ellos habitúa para movilizarse y posicionarse buscando su propio bienestar, en medio de las intervenciones del estado y el capital en Puerto Gaitán.

Desde hace siete años, con el crecimiento de la producción del campo petrolero Rubiales –ubicado en tierras del municipio y considerado como el yacimiento más importante del país-, Puerto Gaitán viene sufriendo cambios acelerados. La actividad petrolera liderada por este campo ha dejado cuantiosos recursos de regalías, que los gobiernos municipales han utilizado en la creación de una imagen y de una infraestructura atractiva para el turismo y la agroindustria. Con las imágenes publicitarias de *Puerto Gaitán Paraíso Natural* y con las ferias y festivales que el municipio viene desarrollando, la alcaldía ha logrado el crecimiento de la demanda turística y la inversión de importantes empresas agroindustriales del país y el exterior. El petróleo, el turismo y la agroindustria conforman la triada desarrollista para este municipio que hasta hace unos años era uno más en las sabanas de la Orinoquía y que ahora aparece en el mapa de la nación y del mundo como posible centro económico del oriente colombiano.

En las zonas rurales cercanas al casco urbano donde realicé mi trabajo de campo, el gobierno de la población, el territorio y los recursos, lo efectúan las instituciones del estado y las empresas.¹ Lo hacen bajo la bandera del desarrollo, la diversidad cultural, la conservación ambiental y la seguridad, a través del empleo, los programas de responsabilidad social y ambiental, los proyectos de desarrollo, y el control militar y paramilitar. Esta forma de gobierno está produciendo conflictos para las poblaciones en el uso y acceso a los recursos naturales y al trabajo.

El Paraíso Natural es la imagen que la alcaldía ha creado para cautivar al turismo. Con esta imagen representan al municipio con una naturaleza paradisiaca, biodiversa y paisajísticamente bella, y con los estereotipos del indígena y el llanero, que aparecen narrados como nativos que mantiene las tradiciones culturales de la región. Lo curioso es que, con la explotación petrolera y los cambios en los modos de producción, cada vez más tecnológicos y productivos, se está deteriorando la biodiversidad de la sabana y los bosques, y al tiempo, cada vez más indígenas y vaqueros llaneros entran al mundo asalariado como mano de obra para las compañías petroleras y agroindustriales, o como artesanos o guías para el turismo.

La explotación petrolera, agroindustrial y el turismo ha generando la contaminación de los caños y ríos, la deforestación de los bosques –o nuevos bosques productivos de plantas exóticas (palma aceitera, caucho, etc.) que pueden generar consecuencias en los ecosistemas aún desconocidas-, y la desaparición de los animales que los habitan. Además, en espacios de crecimiento poblacional como el resguardo Wacoyo, hay mucha presión sobre los bosques y los caños. Estos cambios en los ecosistemas hacen que en ciertos sectores de Puerto Gaitán el acceso a los servicios ambientales sea cada vez más insostenible y limitado. La medicina tradicional, las artesanías, la pesca, la cacería, el conuco, son actividades que necesitan de la vida en los bosques, ríos y sabanas, y algunas

¹ Sobre el gobierno de la población y del territorio está la conferencia de Michel Foucault *Seguridad, territorio, población* (2006). Algunos análisis desde esta perspectiva de gobierno de las poblaciones, el territorio y los recursos naturales está el trabajo de Arjun Agrawal (2007) para el caso de la selvas del sudeste asiático llamado *Environmentality* y los trabajos de Astrid Ulloa sobre la Sierra Nevada de Santa Marta, como *La construcción del nativo ecológico* (2004) y «La articulación de los pueblos indígenas en Colombia con los discursos ambientales, locales, nacionales y globales» (2007).

de las personas que aún viven de estas actividades están movilizándose para exigir reforestaciones, recuperar algunos recursos y hacer críticas a la destrucción propiciada por las empresas con la única intención de mejorar sus condiciones de vida. Pero el proyecto agroindustrial de la Orinoquía está hasta ahora empezando y la explotación petrolera va en crecimiento.

A este conflicto se le suma que el trabajo en las empresas y en el turismo es inestable y en algunos casos, de salarios bajos. En las compañías petroleras son pocos los empleos fijos, ya sea por la temporalidad del tipo de labor o por lo difícil que resulta mantener el ritmo extenuante de trabajo, y en las agroindustrias los salarios son bajos para el tipo de trabajo que se realiza.² El turismo, por su parte, depende de la época de vacaciones, que en Puerto Gaitán resulta ser, especialmente, la época de verano de final e inicio de año.

En Puerto Gaitán el estado y el capital, en nombre del desarrollo, mantienen la jerarquía poblacional y biológica bajo unas nuevas ideologías de la diferencia, y transforman «el trabajo, la función de la tierra y el papel del dinero» (Polanyi citado en Escobar 2010: 134). Hace unas décadas, la mayoría de pobladores de las zonas rurales del municipio, aún seguían cazando, pescando y sembrando el conuco, para sortear las inestabilidades del jornal o los malos salarios que les pagaban en las cosechas de arroz, en la ganadería, en la construcción y en los cultivos de coca, que era a las economías capitalistas con las que se articulaban. Pero ahora es cada vez más reducida la población que aún caza o pesca debido al deterioro ambiental, y que aún cultiva debido la demanda laboral. Además, ahora hay más necesidades creadas para el consumo (el celular, el televisor, la moto, etc.), lo que hace más volátil al dinero. Así se diga que en Puerto Gaitán hay trabajo y desarrollo, las opciones para sus pobladores siguen siendo muy restringidas y las condiciones de vida muy difíciles. Aunque tengan más acceso al trabajo asalariado, aunque haya más dinero y aunque la tierra ahora sea más productiva, estas personas siguen manteniendo el lugar subalterno que históricamente han ocupado.

² Generalmente contratan a los obreros para que trabajen según el tiempo que dure la exploración sísmica, la perforación con taladro o la adecuación de las tuberías. Si un obrero logra tener un trabajo dentro de una estación, tiene que responder disciplinadamente a las jornadas durante 21 días seguidos, lo que normalmente termina siendo temporal debido a lo difícil que es mantener este ritmo de trabajo por más de seis meses.

En síntesis, las condiciones de vida de muchos de los habitantes de Puerto Gaitán están cambiando aceleradamente. En este trabajo me intereso por las vidas de Jairo, Vicente, Lelio y Alberto, para explorar los conflictos surgidos con las nuevas formas de producción de la tierra, como algunos cambios en la naturaleza del trabajo y sus implicaciones, el agotamiento de los recursos naturales y la contaminación, y la intervención de las empresas y la alcaldía a través de los programas de “responsabilidad social”. Lo hago describiendo los hábitos y las narrativas que estas personas forman para posicionarse y movilizarse buscando mejorar sus condiciones de vida, en este escenario de imaginación y explotación de la diferencia.

En sabana y río: “luchando el calao” en Puerto Gaitán El Paraíso Natural es una crónica de viaje en la que evoco estos temas tomando casos específicos y posiciones disímiles. “*Luchando el calao*” es una expresión idiomática que utilizo haciendo referencia a la apuesta, a través del trabajo, de los protagonistas de esta crónica por una vida mejor.³

La crónica surge de las entrevistas y en las anotaciones de conversaciones, descripciones y vivencias que realicé a lo largo del viaje, siempre a partir de un trabajo de mirada y observación extrema. Para fortuna mía cada uno de los protagonistas aceptó amablemente mi compañía en sus espacios: pude compartir en sus hogares, la comida, los momentos de ocio, sus sueños, sus preocupaciones y sus momentos de trabajo. A lo largo de la narración yuxtapongo los diferentes detalles que florecieron en estas interacciones, creando una ficción temporal que no da cuenta del camino azaroso que pasé para llegar a cada uno de los asuntos evocados. Asimismo, sin desconocer su lugar como sujetos históricos, con este trabajo pude aproximarme a la complejidad de sus vidas más allá de lo que los apelativos esencialistas de lo indígena o lo llanero pueden fijar. Debo aclarar que, aunque me enfoco en los cuatro protagonistas, también compartí con otras personas, especialmente otros vaqueros e indígenas, así como con funcionarios de la alcaldía, que me ayudaron a tener un panorama más amplio sobre los conflictos que he mencionado.

³ El escritor y periodista Alfredo Molano tiene una amplia producción de textos literarios sobre la Orinoquía. Recomiendo las bellas narraciones de su libro *Del Llano llano* (1996), que en algunos de los capítulos narra varias de las luchas de los protagonistas por una vida mejor. Indudablemente es un libro inspirador.

Opté por la crónica como estilo narrativo porque me interesé en plasmar esta experiencia de viaje y de conocimiento utilizando una prosa menos plana al de las monografías descriptivas y al de los textos de teoría antropológica.⁴ De paso, hago explícito el acto subjetivo de la escritura, que se diluye con la pretensión de objetividad que en ocasiones manejan estos textos. Considero que la antropología aún debe seguir explorando el acercamiento a narrativas escritas menos complejas y más agraciadas, lo que puede ser un camino para continuar abriendo el diálogo, más allá de la crítica, con el periodismo y la literatura. La crónica es, además, un estilo de escritura etnográfica por excelencia: deja maravillarse por lo mundano, por el día a día, por el detalle minúsculo. Además, es un estilo que permite la narración de la vida de las personas en condiciones poco acomodadas, permitiendo desenfocarnos –tal y como explica el escritor argentino Martín Caparros (2006)- de esa tendencia contemporánea por querer contar lo que le pasa a los que tienen y ejercen el poder. Ahí está su exigencia, su magia oculta, en evocar en lo cotidiano lo que es común y más universal, “la gota que es el prisma de otras tantas” (Caparros 2006: 9).

Una tarde en el Paraíso Natural es el capítulo introductorio a la crónica. En él describo, a partir del diálogo con Alexander Fierro, un publicista de la alcaldía municipal, qué es esto de la modernidad en Puerto Gaitán. Hablo del lugar de las compañías petroleras, de la alcaldía municipal, de las agroindustrias y del turismo en este proceso de cambio acelerado. En los cuatro capítulos centrales de la crónica, *Jairo*, *Vicente*, *Lelio* y *Alberto*, hago una mixtura narrativa entre sus voces y la mía, para describir varios de los conflictos ambientales, sociales y económicos que les toca, así como sus posicionamientos y movilizaciones en relación a estos temas.

En *Jairo* y *Vicente* narro algunos de los conflictos que viven los indígenas del Resguardo Wacoyo. Con *Jairo* me preocupé por describir algunos casos de intervención en este resguardo, a partir de los proyectos de “responsabilidad social” que las empresas desarrollan. A su vez sugiero cómo *Jairo* se hizo artesano y cómo desde entonces, adquirió

⁴ La discusión en torno a la escritura de textos etnográficos tiene al menos 25 años en la antropología. Destaco los textos pioneros en antropología sobre escritura y representación de la realidad social de Clifford y Marcus (1986), y Marcus y Fischer (1999).

unos hábitos para movilizarse con este trabajo. Con *Vicente* describo como la intervención del capital y el estado ha cambiado las economías locales, y deteriorado los recursos y servicios ambientales en el resguardo. Al tiempo muestro como a pesar de la agresividad de estas intervenciones, aún hay sujetos como Vicente, que mantienen sus hábitos económicos tradicionales como una opción de vida.

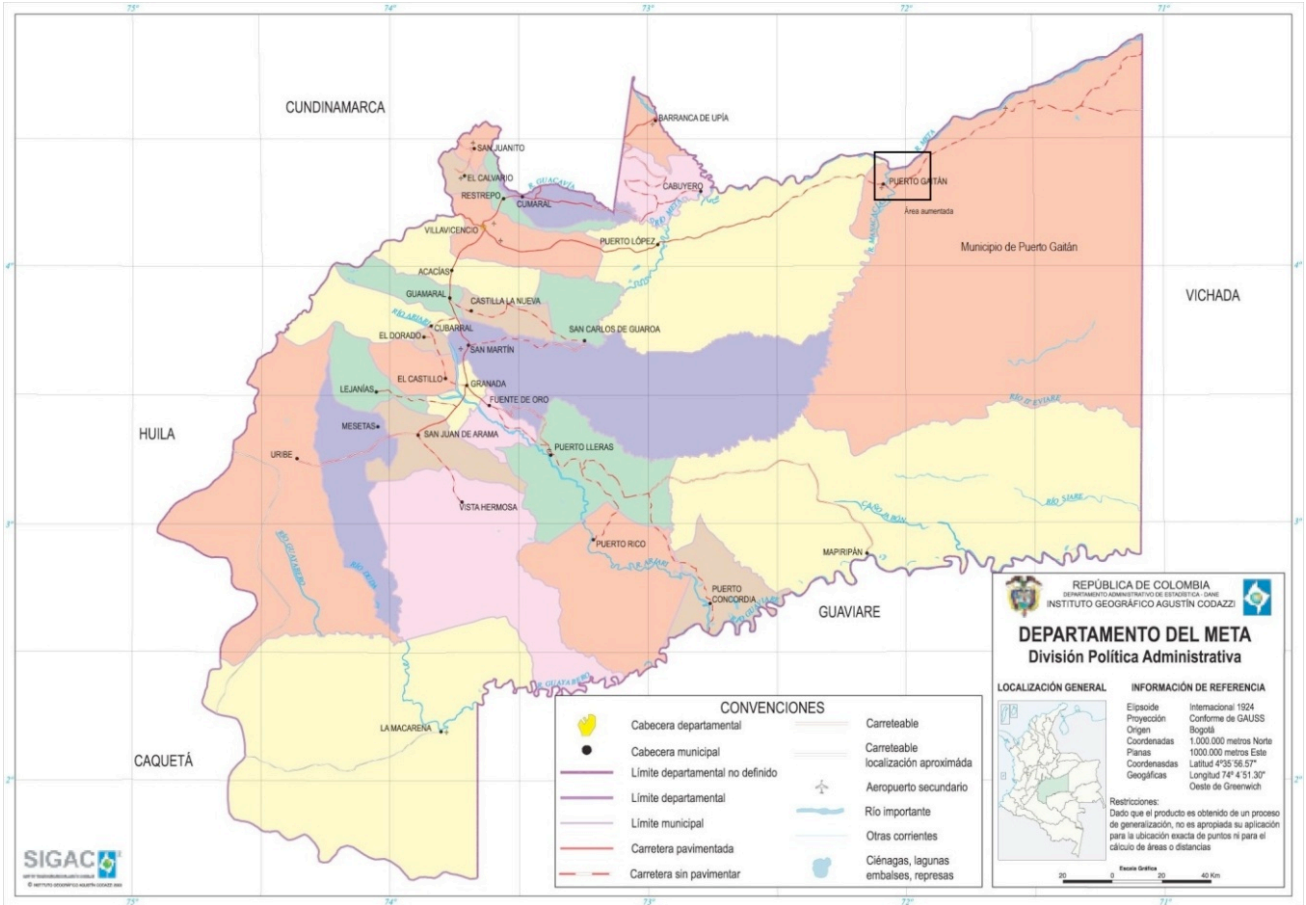
En *Lelio* y *Alberto* describo las problemáticas con las que se topan los habitantes de la zona rural de Puerto Gaitán que aún viven de actividades económicas como la ganadería y la pesca. En el caso *Lelio* destaco como a partir de su relación con la alcaldía, ha conocido un mundo de nuevas posibilidades de trabajo, como los proyectos, el turismo, la música. Por su parte, con *Alberto* aludo a su nostalgia para sugerir la forma en que las recientes intervenciones sustituyen la ganadería extensiva y obligan a los vaqueros a abandonar sus formas tradicionales de vida que contienen un profundo conocimiento sobre los bosques y las sabanas. En ambos casos describo los hábitos con los que se posicionan y movilizan, según sus propios criterios y sentidos.

A cultivar el conuco es el epílogo de esta investigación de campo en el que utilizo un estilo de escritura diferente al que hasta ese punto he utilizado.⁵ En este corto documento hago uso del lenguaje teórico para sugerir una breve interpretación de la forma en que el estado y el capital gobiernan en Puerto Gaitán y de las formas en que las personas generan nuevos hábitos buscando bienestar. Para finalizar propongo fortalecer los discursos de *diferencia económica* (Gibson y Graham citados en Escobar 2010) como un camino viable en la disputa contra los procedimientos explotadores y represivos del capital y el estado.

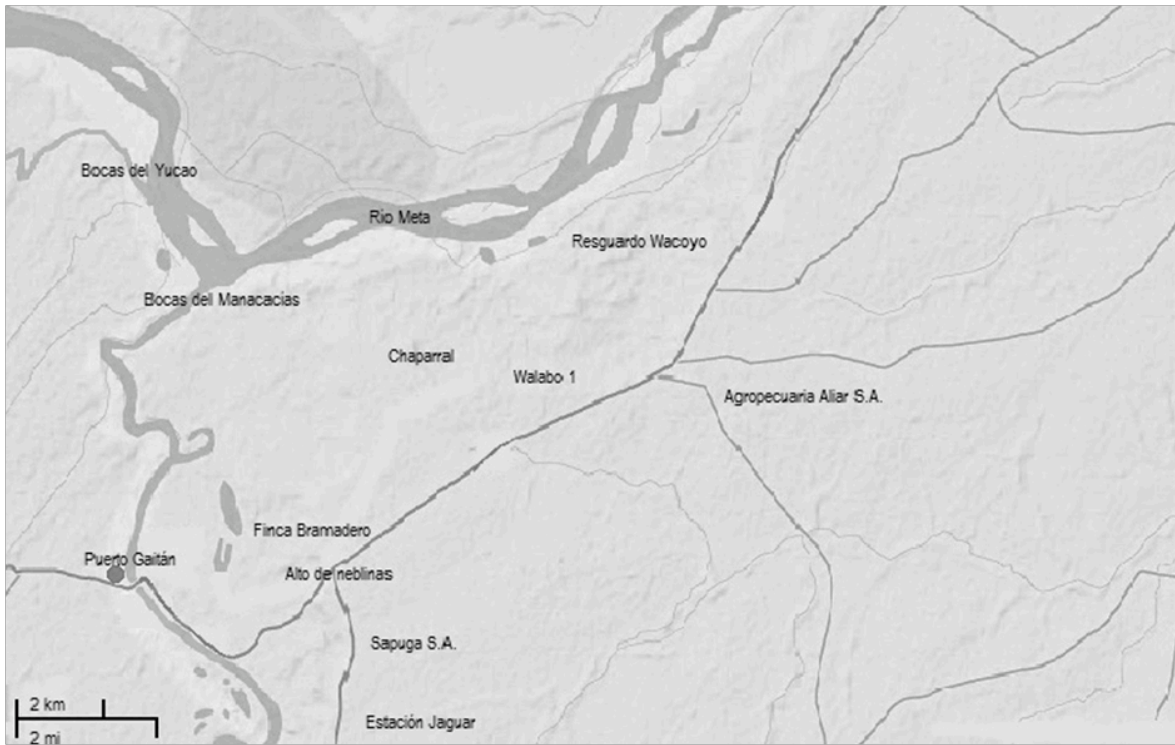
⁵ Esta última parte es una suerte de anexo a la crónica. Lo realicé con la intención de proponer algunas reflexiones teóricas que fueron apareciendo como parte de este proceso de investigación. Quiero aclarar que la crónica es autónoma a este epílogo del documento, es decir, esta última parte no hace parte de la crónica. No obstante, las reflexiones que realicé en este apartado no se pueden entender obviando a la crónica.

En sabana y río

“luchando el calao” en Puerto Gaitán, *El Paraíso Natural*



Mapa del departamento del Meta
 Obtenido del SIGAC



Mapa del viaje de la crónica.
Obtenido de Google maps y editado.

Una tarde en *El Paraíso Natural*

Estornudo. El aire del bus refrigera, pasma, no se acondiciona. Por la ventana, un bosque de palma aceitera, un burro lamiendo un poste, un niño llorando. En la planicie, la carretera no divaga, discurre sin tropezar. Al fondo un cultivo de pinos y ahora unos eucaliptos muy pequeños y ordenados, seguidos de la sabana, inmensa, casi infinita. Pasamos el puente del Yucao, un hermoso río de aguas oscuras al que todavía se le pueden mirar las playas. Ya casi llego, en el horizonte se empiezan a distinguir las antenas de comunicación de Gaitán.

Puerto Gaitán se encuentra en la margen izquierda del Manacacías, un pequeño y lechoso río que se desliza abrazando el movimiento sutil de selvas y de sabanas, en un recodo de la extensa geografía de la Orinoquía colombiana. La escultura “Puerta al Paraíso” de Miguel Roa Iregui da entrada al pueblo, un colosal arco amarillo enmarañado de gigantescas y coloridas hojas: una alegoría al progreso, una ironía con la naturaleza. El pueblo, con alrededor de 12.000 habitantes, es poco impresionante, es un espacio en expansión y en construcción que se agota en el impulso de algunos migrantes y nativos por una vida mejor.

Me bajo en el Polideportivo Guadalupe Salcedo*. En los billares de la cuadra el reggaetón retumba mientras las chicas miran a los chicos golpear las bolas. En el bar de la esquina cuatro obreros toman cerveza. En las calles muchos hombres enmaletados. A uno de ellos se le cae la bolsa que carga, parece agotado. Me le acerco y le pregunto, de dónde

* Nombre del comandante más reconocido de las guerrillas liberales de los Llanos que hubo en la época de la Violencia a mediados del siglo XX.

viene. Es un hombre alto, bien afeitado, de ojos agachados. Me dice que acaba de salir del campo petrolero Rubiales para tomar los siete días de descanso a los que tiene derecho, después de veintiún días de boleo pesado sin domingos para descansar.

En los últimos cinco años la población de Puerto Gaitán se ha duplicado, especialmente debido a la demanda laboral del campo petrolero Rubiales—así como a la de otros campos y a la de las empresas agroindustriales-, encargado de desbancar a los históricos campos de Caño limón y Cusiana, ambos en tierras Llaneras.¹ Rubiales produce 170 mil barriles diarios haciéndolo en el campo más importante del país. Fue descubierto por la Exxon en el año de 1982, pero su explotación nunca fue exitosa debido a los elevados costos que significaban la producción a partir de crudo pesado. Además, fue un constante objetivo militar de la guerrilla, por lo que nunca despertó mucho interés entre los inversionistas. Hacia finales de los noventa el Bloque Oriental de las Autodefensas —conocido como Autodefensas Campesinas del Meta y del Vichada (ACMV) dirigido por alias Guillermo Torres- obtuvo el control de los flujos comerciales en las vías de Puerto López y Puerto Gaitán, y brindó su seguridad a las tractomulas petroleras, ayudando para el incremento de la producción del campo.²

En el 2002 el campo fue comprado por el grupo Elliot, socio estratégico de Sinergy, una multinacional que para aquel entonces era la dueña de Meta Petroleum, empresa que entró a explotarlo en 2003. El empresario Germán Efromovich (declarado por el ex presidente Álvaro Uribe “Empresario del año” en 2010, por sus éxitos empresariales con Avianca) en ese entonces propietario de Meta Petroleum, hizo que en dos años el campo pasará a producir 8500 barriles diarios; un rápido incremento en la producción teniendo en cuenta que durante casi dos décadas Rubiales sólo llegaba a los 700 barriles diarios. Esto generó de inmediato el interés de diferentes compañías petroleras, entre ellas Petro Rubiales Energy, una multinacional canadiense que llegó en 2007 al país para comprar a Meta Petroleum y adquirir el campo. Un año más tarde ésta se fusionó con la también canadiense Pacific Stratus Energy y se creó Kappa Energy, comprada en 2009 por Pacific Rubiales Energy, la encargada actual de explotar el campo.³

A parte de los pozos de campo Rubiales, en Puerto Gaitán también están los pozos de Toro Sentado, Caracara sur y Jaguar, pertenecientes a Cepcolsa una compañía de la española Cepsa, y el campo de Ocelote perteneciente a Hocol de la francesa Maurel y Prom; sin contar los yacimientos recién descubiertos que pronto empezarán a explotar estas y otras compañías.

Al medio día la tierra naranja inicia su danza con el viento caliente. En las calles pocos se quedan para apreciar este fenómeno. Paso por el parque central. Una abuela sikuani de vestido amarillo acompañada por una niña, vende unas mochilas pequeñas en tejido de cumare^{*.4} Ahora le dice a un señor que le regale una moneda. Más allá una golondrina con cola de gala salta hacia las migas de hielo. A su lado un niño indígena unta sus labios de refresco de raspado, se deleita, casi como si fuera la primera vez que intimida con el frío. Su rostro coloreto, bello retrato.

El niño
refresca al hielo
con su sonrisa

Camino por El Popular, un barrio de migrantes que ha crecido aceleradamente en los últimos tres años. Muchas tiendas, hoteles, pollerías, alguna que otra venta de ropa, varios billares, puestos de telefonía celular, una farmacia, dos asaderos de carne a la llanera, muchos puestos de venta de material de construcción y varias casas en obra. Las motos transitan las calles rotas, sin pavimentar. Pienso en lo caro que es este pueblo; ya he recorrido varias cuadras y tan sólo he visto dos restaurantes en los que el almuerzo corriente cuesta 5 mil pesos, los demás están de 7 mil para arriba. Sigo caminando. Un poste de luz chispea y llama la atención de un señor canoso, bajito, que lleva de las riendas a una mula blanca y grita ¡tungos, tungos, tungos!^{**}. Ahora paso por una calle

* De la palma de cumare se extrae una fibra que se usa para realizar cestas, hamacas, redes de pesca y pulseras y bolsos que venden como artesanías. Esta palma es nativa de la Amazonía y la Orinoquía.

** Envueltos hechos con harina de arroz.

diseccionada: un tubo en su interior, un agua muy oscura discurriendo y mucho olor a mierda. A pesar de los cuantiosos recursos de regalías que recibe la alcaldía, de los cuales una parte debe ser para saneamiento básico, al pueblo hasta ahora están poniendo un sistema de acueducto y alcantarillado adecuado.

Puerto Gaitán no se parece al que imaginé antes de conocerlo. En ese entonces, esperaba que incluso el pueblo estuviera acorde a tanto embeleso. Fue en mayo de 2009 cuando me pasaron una publicidad del municipio: el magma burbujeante del atardecer en la llanura, los cristales amarillos del güerere zancón, la tarraya del pescador en el reflejo del río, los pies descalzos de la abuela amasando el casabe y las caras de inocencia bailando el joropo, me sedujeron. En el brochure, las palabras *Puerto Gaitán Paraíso Natural* precedían la bella imagen del lugar, haciéndolo más atractivo y sospechoso. Pero al pueblo no le queda la fantasía.

Hace algunos días marqué al número telefónico del brochure. Al otro lado del teléfono me respondió Alexander, con quien quedé de reunirme para hablar sobre *El Paraíso Natural*. Ahora me dirijo a su hotel-agencia Cabañas Tamarindo, en donde aparte de hospedaje ofrece cabalgatas ecológicas, etnoturismo y ecopaseos.

A lo lejos veo a Alexander, lee un libro mientras se balancea en una mecedora. Me acerco, nos saludamos y me invita a sentarme a su lado. Alexander, es el creador del libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural*, una monografía de textos y fotografías edénicas que crean el contenido vaporoso con el que exhibe al municipio: alucinantes ríos que en verano hacen blanquecinas playas, atardeceres y amaneceres con pinceladas de miles de colores, variedad de animales como el iris, indígenas milenarios, vaqueros bravíos, pescadores esperanzados, sabanas en abundancia y progreso, mucho progreso.

– Alexander, ¿cuénteme acerca del libro?

– Yo soy nacido y criado en esta región, y tuve la fortuna de irme a estudiar a Villavicencio. Cuando uno está lejos, uno extraña, siente esa pertenencia por las cosas. Resulta que esos viejos que lo vieron crecer a uno ya se estaban muriendo, se estaban

llevando la riqueza del conocimiento histórico del municipio, por lo que yo decidí hacer el ejercicio. Eso fue en la alcaldía de Jaime Ballesteros. Yo le dije a él que quería compilar la información histórica, étnica, cultural, todo ese tipo de cosas para plasmarla en un libro. Y me puse hacerlo. Salí prácticamente a conocer el municipio, porque yo era habitante de Puerto Gaitán, pero del casco urbano. Durante mucho tiempo trabajamos con los ancianos. Afortunadamente dimos con muy buenas personas e indiscutiblemente en la fotografía me ayudó la riqueza de los paisajes del municipio.

Me quedo pensando por un instante cuál sería la reacción de Luis Bastidas, de José Colina, de Héctor Riobueno o de Eladio Argüello –mencionados por Alexander como los fundadores de varias de las haciendas de Puerto Gaitán- si tuvieran en sus manos el libro. Probablemente se molestarían por los amplios apartados que hay sobre esos indios salvajes que ellos llamaban guahíbos* y que decían civilizar a través del trabajo. Esta desazón tal vez la calmarían imaginando a esos indios cada vez menos salvajes y más civilizados gracias al progreso que las compañías petroleras han traído al municipio, por lo menos es algo que podrían deducir del libro. Al respecto Alexander se muestra un poco nostálgico:

– Hermano es lamentable ver, si se puede aplicar el término, que la civilización tenga que llegar a contagiar cosas hermosas de gobierno, hermosas de sociedad, de jerarquía, que uno encuentra aún en algunos resguardos, como UNUMA o El Tigre que son los resguardos más distantes. Mire cómo una cosa, lamentablemente, trunca la otra. Uno dice que el petróleo trae bendiciones y oportunidades para muchos, pero eso mismo hace que tenga que chocar tan fuerte con la cultura, con la parte étnica, porque el indígena estaba acostumbrado a sembrar, a cazar y ya, era muy pocas veces las que pensaban en tener sus recursos, ahora eso prácticamente se ha perdido, porque todos aspiran a ganarse sus pesos en la compañía.

Aunque Alexander me expresa esta nostalgia, en el libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural* es difícil interpretarla. Los indígenas, los llaneros, la naturaleza y el progreso son los cuatro temas que le dan contenido al libro y en ningún texto ni fotografía éstos aparecen

* Es una denominación genérica que aún es muy utilizada en los Llanos para referirse a todos los indígenas que habitan la Orinoquía colombiana.

confrontados. A los indígenas los describe como nativos, con gastronomía, danzas, rituales, conocimientos y mitos ancestrales, y los ilustra plumados, alegres, con caras pintadas, trajes típicos y bellas artesanías. A los llaneros los muestra como hombres laboriosos, con entereza, trabajadores de llano y pescadores, destacando el Festival de la Cachama, el coleo, la música y el joropo como las tradiciones llaneras que aún se conservan en Gaitán. La naturaleza aparece en la diversidad de la flora y la fauna, así como en los atardeceres, los ríos, y los paisajes de sol y playa para unas buenas vacaciones. Y el progreso en el petróleo –visto como una bendición-, en las nuevas infraestructuras como el acueducto y algunos colegios rurales, y en la idea de prosperidad. Pero en ningún lugar aparece algún indígena o criollo* con el overol de la compañía, algún morichal sucio y contaminado, o algún texto que hable de los cambios en las poblaciones indígenas propiciados con las nuevas dinámicas económicas, como recién me han comentado. Estos silencios no sólo están en el libro, también en los folletos, brochures turísticos y en todos los medios a través de los cuales la alcaldía exhibe el municipio como *El Paraíso Natural*. Un poco de la ausencia de conflicto y de contradicción en la imagen paradisiaca del progreso: el éxito de la publicidad en la producción de realidad.

– ¿Y desde cuándo vienen utilizando la imagen de *Puerto Gaitán Paraíso Natural*?

– La idea nació en el periodo del 2002 al 2005 cuando Oscar Bolaños fue alcalde por primera vez. Él buscó esa frase compilatoria que le permitiera identificar directamente la realidad de lo que es Puerto Gaitán. Somos un municipio de una gran bendición hídrica, étnica, ganadera y agroindustrial.

A medida que avanza la conversación, Alexander coge confianza, ya me dice guevón. Alexander, treinta y cuatro, treinta y cinco años, cachetes gordos, cadena de oro muy delgada. Es comunicador y periodista, se ha dedicado a la publicidad y ha trabajado en la alcaldía de Puerto Gaitán desde hace un poco más de seis años. Continúa diciéndome que desde entonces han ido mejorando la imagen del *Paraíso Natural* para llamar la atención de

* Es como en los departamentos del Casanare, Arauca, Vichada y en el oriente del Meta denominan al campesino llanero.

turistas e inversionistas, y han ido apilando la oferta turística y agroindustrial del municipio:

– Mire, antes teníamos un solo evento, el Festival de la Cachama, que es un evento folclórico y cultural. Cuando Oscar Bolaños llegó por primera vez a la alcaldía, nosotros veníamos organizando en el costado derecho de la margen del río Manacacías un evento de verano para la gente del pueblo con vóley y fútbol playa. Él en su anhelo de ver crecer el municipio se comprometió a convertir esa actividad de recocha en un festival. Así nace el Manacacías Festival de Verano. Hoy estamos reuniendo treinta y cinco mil, cuarenta mil personas en la playa; el Festival de Verano es en este momento el atomizador más fuerte que tiene el municipio para la venta del Puerto Gaitán turístico.⁵ Asimismo, hemos ido apoyándonos en los medios de comunicación privados. Tenemos a Natalia París como la modelo imagen. Participamos en la feria de las Colonias, Expoartesánías, Anato, en todos los eventos que realiza Corferias que son la congregación del fuerte del turismo nacional y en cierta forma de Latinoamérica. Hemos crecido en actividades. Ya no sólo contamos con el Festival de Verano y el Festival de la Cachama, también contamos con el Concurso Nacional de Pesca y la gran Feria de la Altillanura colombiana. En estos dos eventos de participación masiva, el término me lo permita, se congregan los dueños del país. A esto se le suma que nosotros somos uno de los municipios más grandes en extensión. Hoy por hoy esa riqueza en extensión se ve reflejada y aprovechada por los agroindustriales nacionales y pronto por los internacionales; nosotros tenemos soya, sorgo, maíz, palma y pronto caña y más.

Entretanto me acuerdo de los funcionarios de la alcaldía con quienes he podido hablar, siendo enfáticos al explicarme que las últimas administraciones municipales –en especial la administración en curso de Oscar Bolaños que ha contado con cuantiosos recursos de regalías- han trabajado para que la agroindustria y el turismo sean economías de rápido crecimiento, de manera que acompañen la avanzada petrolera y puedan remplazarla cuando ésta haya agotado la última reserva de crudo en el municipio, en unos 30 años aproximadamente.⁶ Mientras lo hago busco una cartilla que me regalaron en una rendición de cuentas que la alcaldía ofreció para los habitantes del municipio, hace algunas semanas en un viaje anterior. Alexander me mira algo extrañado, pero continua con sus palabras. En

la portada de la cartilla la mirada ambiciosa de Oscar Bolaños precede un “¿Cómo vamos?” que hace alusión al carácter informativo de la reunión.

Abro. En la primera página me encuentro con una introducción escrita por él –por lo menos él es el que pone la firma- que inicia:

«Desde el registro de nuestro programa de gobierno, hoy plan desarrollo “Capacidad para el desarrollo” se trazó como visión ver al municipio en el 2030 como el principal centro turístico y agroindustrial de la Orinoquía, en donde se conserva la identidad llanera, el medio ambiente, la diversidad étnica y cultural y sus habitantes gozan de un alto nivel de vida (...)»

y termina:

«(...) con este informe no sólo estamos rindiendo cuentas a la comunidad en general como lo señala y exige nuestro marco normativo, sino también es el escenario para mostrar el municipio que estamos formando no sólo para los que actualmente vivimos en [él], sino para nuestro hijos y nietos, dándonos a conocer como un municipio de paz con inigualables riquezas y potenciales recursos que están hasta ahora en inicio de su explotación y que en un futuro no muy lejano harán de nuestro municipio el centro turístico y económico del país»

Según datos de la UMATA (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria), Puerto Gaitán cuenta con 165.000 cabezas de ganado criados y levantados en forma de ganadería extensiva y pastoreo rotativo, 10.000 hectáreas de maíz y soya, 135.000 hectáreas de palma aceitera, 7.000 hectáreas de arroz y 1.500 de caucho. Seguramente estos cultivos no representan un porcentaje considerable en sus 17.400 km cuadrados de extensión territorial. Sin embargo, para un municipio que tan sólo hacia finales de la década de 1990 y principios de 2000 estaba introduciendo pastos brachiaria para el mejoramiento de la ganadería, estas cifras resultan ser una clara señal de la acelerada transformación del uso del suelo y de la reciente presión sobre las sabanas, los bosques, los caños y la vida de estos ecosistemas.⁷ Además, tal y como Alexander recalca, Puerto Gaitán está empezando a ser, por lo menos contemplado, como un escenario para el desarrollo de empresas agroindustriales de España, Brasil, Alemania, China, entre otros, y ya cuenta con

importantes agroindustrias nacionales como La Fazenda de Aliar S.A. y los cultivos de palma aceitera de Sapuga S.A.

El escenario creado por la alcaldía para ofrecer al Puerto Gaitán agroindustrial es el Foro de la Altillanura. Allí se congregan empresarios, funcionarios del gobierno y demás “dueños del país”, así como científicos agropecuarios y embajadores, para reflexionar sobre las propuestas y experiencias productivas en las sabanas de Puerto Gaitán y del Vichada, y hacer negocios en tierras y tecnologías.

La intensión de la alcaldía de promover la inversión agroindustrial, hace parte de la apuesta iniciada en el gobierno de Álvaro Uribe y continuada por el de Juan Manuel Santos, de hacer de la Orinoquia –considerada por estos gobiernos como la última frontera agrícola del país- grandes extensiones de monocultivos para biocombustibles y alimentación, al estilo agroindustrial del Cerrado brasileño.⁸ La alcaldía de Oscar Bolaños se ha adherido a esta apuesta utilizando la idea de “Altillanura” –un concepto con el que la geografía y la ecología han conglomerado a los ecosistemas que se extienden entre el río Meta y el río Vichada- para la intervención productiva de esta región. Asimismo el gobierno nacional ha utilizado el de la “Orinoquía” para pensar el futuro económico de los departamentos de Arauca, Casanare, Meta y Vichada. La utilización de estas nociones no es un acto inocente. El gobierno nacional, así como la alcaldía de Puerto Gaitán, hablan de la conservación de la biodiversidad en áreas de importancia ambiental y ecológica para esta región, y además, plantean a los monocultivos de caucho, palma y maderables como una opción de reforestación y por lo tanto, como un sumidero para las emisiones de CO² y el restablecimiento del clima global. Según estos discursos las intervenciones productivas en la “Orinoquía” y la “Altillanura”, no hacen que estas regiones pierdan su importancia ambiental y por el contrario, en la medida en que entran al mercado global de emisiones de CO², hacen que mantengan su lugar como espacios ecológicos.

Creo que estos planteamientos hay que cuestionarlos. No se trata de cultivar árboles, sino de entender las relaciones ecosistémicas para aprovecharlas económicamente sin quebrantarlas. Pero con los monocultivos las sabanas desaparecerán e incrementará la

contaminación, lo que producirá una ruptura en las relaciones simbióticas entre las sabanas, los ríos y los caños, que constituyen una unidad compleja y biodiversa. Así pues, la vida de la llanura está amenazada. Además, no basta con conservar algunos rastrojos de bosque y de sabana, espacios cuyo fin es la escenificación de paisajes idílicos para el consumo turístico. El turismo y el ambientalismo están íntimamente articulados, y desafortunadamente sólo se necesita conservar espacios muy reducidos para escenificar a los paraísos, lo que no es una alternativa para los bosques, las sabanas, los ríos y los animales que los habitan.

– Mire, lo que yo le decía –continúa Alexander–, la plataforma turística que le va a quedar a Puerto Gaitán en cuanto infraestructura, es lo que le va a permitir ser destino turístico de Latinoamérica. Con un malecón el cual tiene diseños de uno de los mejores arquitectos del mundo, el maestro Simón Vélez, de casi dos kilómetros, en el cual usted puede llegar a contar con espacios para hoteles cinco estrellas, para restaurantes de tres comedores. Con la creación de un parque cimarrón* en uno de los sectores, aunque el término no aplica, marginales; uno de los parques más hermosos que va a tener la Orinoquía. En este frente donde pasa el caño trampolín, se va a crear un parque temático, un parque zoológico interactivo, donde usted pueda tener sus senderos ecológicos, pueda cruzar el caño e interactuar con los venados y los chigüiros. También está la construcción y puesta en marcha de un aeropuerto de características para aviones internacionales. Proyectos turísticos de empresas nacionales se están evidenciando; la promoción de la alcaldía ha permitido a esos empresarios venir a invertir en la parte del turismo que usted ve que es una cosa virgen. Puerto Gaitán es un municipio de muchísima proyección, de muchísimo crecimiento, es un municipio que le esperan no menos de veinte años de un boyante porvenir. Mire, todas las herramientas están dadas: agroindustria, turismo, petróleo.

Alexander habla con certeza y excitación de todo este quimérico mañana; un futuro sólo posible con inversión privada y sin garantías de igualdad social. Pienso que es

* En el Llano se utiliza para llamar a los toros, vacas o caballos serreros que no tienen dueño ni marca y que viven en libertad en la sabana asilvestrados.

lamentable que lo quieran hacer todo tan pomposo, cuando podrían ofrecer mejores oportunidades para los migrantes y nativos, y no restringir sus posibilidades a los trabajos pesados. Pero deben invertir en la apariencia para fomentar inversión privada, lo que en Puerto Gaitán se traduce en infraestructura para el turismo de masas, en los festivales, foros y en la imagen del *Paraíso Natural*. No importa que los campesinos y migrantes sean mano de obra en jornadas extenuantes y en los trabajos mal remunerados de las compañías petroleras, las agroindustrias, los hoteles y los restaurantes. No importa, porque en la sociedad de consumo y de la imagen se necesita vivir del espectáculo, y más en un espacio empoderado por terratenientes y mafiosos, que nunca dudan en hacerlo todo más exagerado. Por lo pronto los sueños de los habitantes del municipio siguen volátiles, mientras los conformen con tener trabajo –a los que lo tienen- así sea en la rusa o echando duro en la sabana. Vaya fórmula se ha ingeniado el gobierno para saciar las esperanzas de sus ciudadanos: lo importante es tener trabajo y no las condiciones en que se da éste.

– Alexander, ¿y aparte de paisajes, indígenas y cultura llanera qué más puede ofrecerle Puerto Gaitán al turista?

– Tranquilidad, absoluta tranquilidad. Acá ya no se evidencian problemas de orden público. Suceden cosas como en cualquier parte del mundo, como en cualquier parte del país, nosotros no somos ajenos a ese tipo de situaciones, suceden cosas.

Me quedo meditando estas palabras. Miró hacia la esquina de la calle que da con la cancha de fútbol. Justo enfrente de un letrero que anuncia que ahí se vende chimu^{*}, unos militares boinas rojos con armas que doblegan sus brazos posan serios, hasta que una mujer delgada, de piel brillante y falda hasta los muslos pasa conduciendo su moto y les desvía la mirada. Desde que llegué a Puerto Gaitán he escuchado hablar de cuerpos que han sido encontrados en el lechoso Manacacías, a quien inevitablemente le toca cargar con las penas de estos seres; en su mayoría muchachos que en ocasiones se fuman un porrito para pasarla suave. Dicen que estos asesinatos los cometen los boinas rojas; si no son ellos seguro es el sicariato paramilitar, el cual sigue ejerciendo desde la sombra, su macabro control social.

* Una pasta hecha a base de tabaco que despierta y quita el hambre, y que es usada sobre todo por los vaqueros para sus extenuantes jornadas de trabajo.

Ahí está el progreso necesitando de la violencia explícita para realizarse. Sólo así, con esta bizarra mezcla entre terror y seguridad, la modernidad impone su lógica y de paso “limpia” las impurezas.

Ahora el teléfono le suena. No contesta. Le vuelve a sonar, me pide perdón y contesta. Es un turista preguntando por su hotel. Alexander aprovecha para ofrecerle las posibilidades de turismo cercanas al pueblo, apenas para el fin de semana. Un día en los ríos Manacacías, Yucao y Meta, acompañados por *Lelio*, un pescador que conoce las historias del Llano, echando baño y mirando las toninas, y un día con *Jairo*, un artesano del resguardo Wacoyo, para conocer la forma de vida indígena:

– Si ve, ¿quién trata a un cliente así? Aquí nadie. Se le está trabajando a la infraestructura del turismo pero hay que trabajarle a la cultura del turismo. A eso si le queremos apuntar mucho, a preparar no solo a la gente de los hoteles, de los restaurantes, de las motos, del comercio en general, para que atienda al turismo, para que lo haga sentir complacido, si necesita lo que necesite que se le pueda conseguir, que se pueda orientar; ese paralelo a infraestructura es lo que queremos trabajar. Ya estamos trabajándole a eso. Nosotros logramos contactar al doctor Henri Murrain, que es uno de los coordinadores de la campaña de Antanas Mockus, que tiene una corporación Visionarios por Colombia. Llevo comunicándome con él como unos dos o tres meses, pero el hombre con la campaña me dijo que esperara a que acabara el proceso; el hombre si dios lo permite llegará al municipio a implementar un programa muy serio, muy serio de cultura ciudadana.

Hago cara de asombro con esto que me dice Alexander, quien ahora me dice que debe irse, que tiene un viaje a Villavicencio. Nos despedimos. Me quedo un rato pensando en estas últimas palabras y luego de meditarlo, me sorprende de haberme asombrado. La modernización de Puerto Gaitán no tendría sentido si no fuera un proyecto civilizador. El migrante pobre, el campesino llanero y el indígena aparecen como individuos que deben ser modernizados a través de la cultura ciudadana. Así la alcaldía buscará que deje de haber más marihuaneros, más indígenas mendigos, más llaneros atravesados, que “ensucien” toda la magnificencia producida con la imagen y los edificios. Mientras esto empieza, los

mecanismos de “limpieza” son la violencia y la exclusión, lo que no significa que vayan a dejar de serlo.

Camino por la calle principal, la misma del puente que cruza el Manacacías hacia el oriente. La calle está llena de polvo naranja que traen las tractomulas petroleras desde la sabana. A la derecha, unas cinco cuadras de camiones parqueados en seguidilla esperan a que pase la restricción. Cruzo un pequeño puente sobre el caño trampolín, seco, lleno de basura. Seguro que aquí ya no desovan las cachamas. Bajo por la principal y entró a una tienda. Una mujer, gafas de sol, 1.70, churca, jean apretado, de rostro muy bello, habla con la señora de la tienda y le explica que ella se viste de bombera, de policía, de colegiala, de coneja, de lo que los clientes pidan. Apenas termina la frase yo digo que si tiene el de chocolatina, me mira, se ríe y me dice que si yo lo quiero que claro. Nos reímos los tres. La tienda queda en la zona de los chongos –como se les conocen a los prostíbulos acá en Puerto Gaitán- a una cuadra del Manacacías; muy visitados por los ingenieros, obreros y camioneros. Como suele suceder en los pueblos petroleros, los cuerpos femeninos son violentados en la penumbra, algo normal en esta sociedad machista y precoz, capaz de saturarnos en deseos y transmutarlos en necesidades cada vez más cooptadas por el consumo. Si no es lavándole la ropa a los obreros de Rubiales, restregando el piso en las compañías o cocinando y sirviendo en algún restaurante, toca dándole placer a tanto solitario que hay por ahí. Si para los hombres es pesado el trabajo, para las mujeres es especializado y en este caso, pulposo.

Puerto Gaitán es un paraíso de contradicciones. No obstante en este escenario de marginación, de explotación, de desigualdad, se movilizan sueños, proyecciones y esperanzas: un aire de bienestar que no necesariamente se limita a las ambiciones del estado y las empresas capitalistas. Entre tanto movimiento no se puede predecir lo que están haciendo y pensando las personas que históricamente han ocupado posiciones poco privilegiadas.

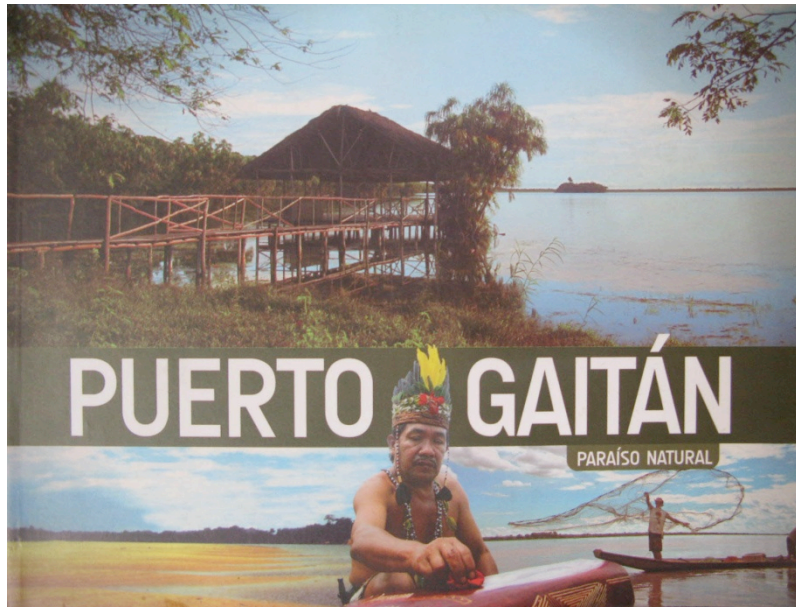
En el ocaso,

el zapote

embriaga al Manacacías

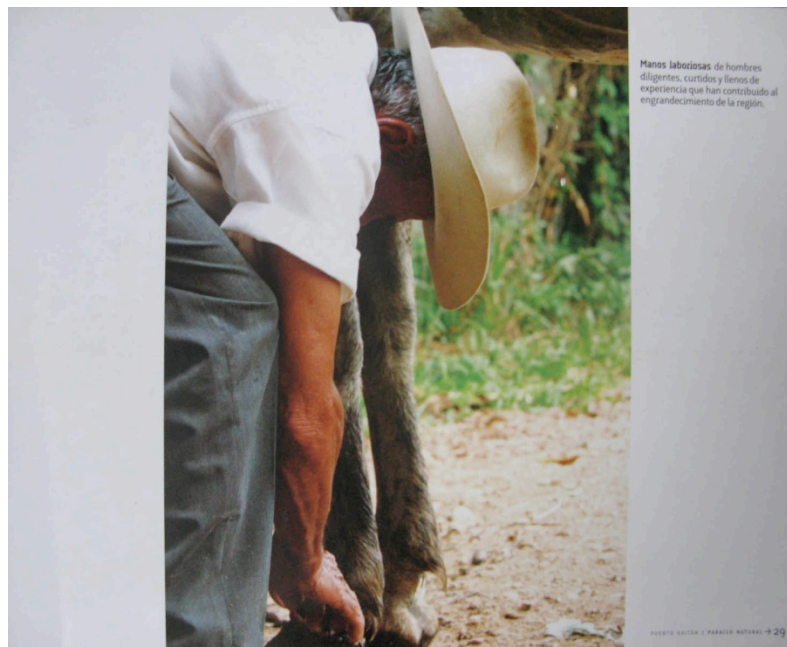
Notas

- ¹ Según el censo de 2005 realizado por el DANE, en ese entonces la población urbana de Puerto Gaitán era de 6.300 habitantes.
- ² Las Autodefensas Campesinas del Meta y del Vichada lideradas por José Baldomero Linares, alias Guillermo Torres, estuvieron en los municipios de Puerto López y Puerto Gaitán en el Meta, y de Cumaribo, Santa Rosalía y La primavera en el Vichada, logrando el control de esta zona hacia finales de los 90. En su versión libre a los tribunales de Justicia y Paz, alias Guillermo Torres reconoció que prestaba seguridad a las tractomulas que cargaban petróleo, por lo que es inevitable no relacionar al crecimiento de la producción de Rubiales con la consolidación del paramilitarismo en esta zona (Verdad Abierta, 2009). Si le interesa conocer sobre las acciones de este grupo armado, le recomiendo mirar en el sitio web www.verdadabierta.com y buscar por las siglas ACMV.
- ³ Para conocer más información sobre la historia de Campos Rubiales recomiendo mirar el reportaje de la edición de mayo-junio de la revista de Ecopetrol *Carta Petrolera* dedicado a Germán Efromovich (Ecopetrol, 2005) que tiene edición virtual y la historia corporativa que tiene la compañía Pacific Rubiales Energy en su sitio www.pacificrubiales.com
- ⁴ Es la etnia indígena con mayor población en los resguardos de Puerto Gaitán y del Vichada. Otras etnias con presencia en el municipio son los achagua, piapoco, sáliva y cuivas (Fierro 2007).
- ⁵ En la edición del Festival de Verano de 2011 realizada del 7 al 8 de enero reunieron a 65.000 espectadores, superando sorprendentemente en 20.000 la cifra de 2010.
- ⁶ En 2007 la alcaldía de Puerto Gaitán recibió un total de 26 mil 800 millones de pesos en regalías, en 2008 53 mil 24 millones y en 2009 38 mil millones (Alcaldía Puerto Gaitán, 2010).
- ⁷ En una conferencia sobre el impacto de los cambios sobre el uso de la tierra de la Orinoquía, el investigador Andrés Etter mostró unos mapas de cambio de paisaje por décadas, en donde la introducción de pastos brachiaria en Puerto Gaitán aparecía sólo hacia finales de los 90 y principios de 2000. La conferencia la realizó el día 28 de julio de 2010 en el Foro sobre la Orinoquía “Desarrollo y transición de una región que nos compete a todos” convocado por el Instituto de Estudios Rurales de la Pontificia Universidad Javeriana. Al respecto la bibliografía es muy reducida y creo que es importante que haya más investigación sobre los cambios de paisaje en la Orinoquía.
- ⁸ El Cerrado es un amplia ecoregión de sabana en Brasil. Allí se ha desarrollado un proyecto agroindustrial basado en grandes monocultivos de soya, maíz, algodón, caña de azúcar, naranjas, y agropecuarias para cría y levante de porcinos y ganado. Todo ha sido con tecnología brasileña. Es gracias a la producción del Cerrado que Brasil ocupa un lugar importante como despensa de alimentos y biocombustibles del mundo. Lo que el gobierno nacional quiere desarrollar en la Orinoquía es el mismo modelo brasileño, amplias extensiones de monocultivos para biocombustibles y alimentación, en el que predomine tecnologías nacionales y brasileñas. Recomiendo leer un artículo publicado por *Revista Semana* el 6 de noviembre de 2010 llamado «El cerrado colombiano» (Semana, 2010).



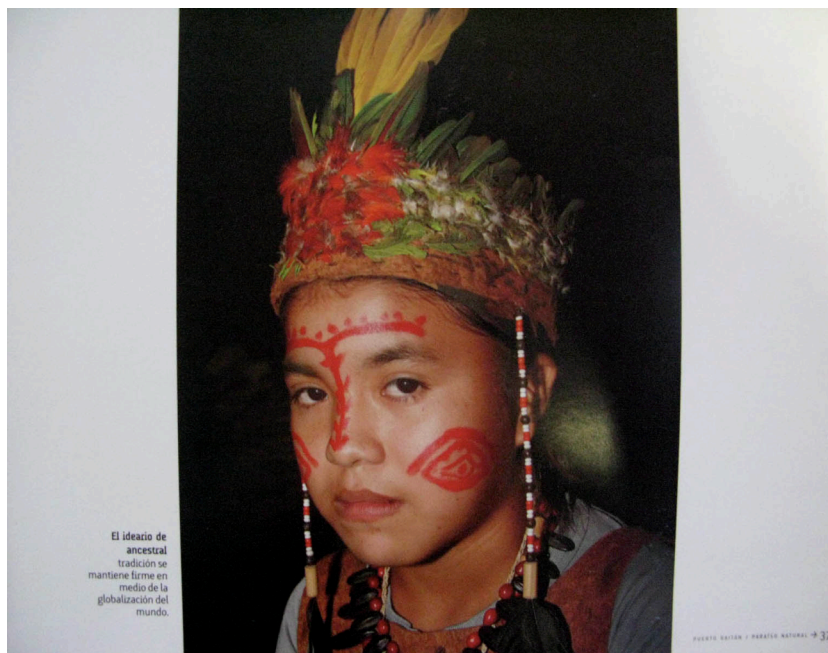
Las playas del Manacacías, el artesano sikuani y la tarraya del pescador preceden el slogan *Puerto Gaitán Paraíso Natural*

Imagen del libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural* (Fierro, 2007)

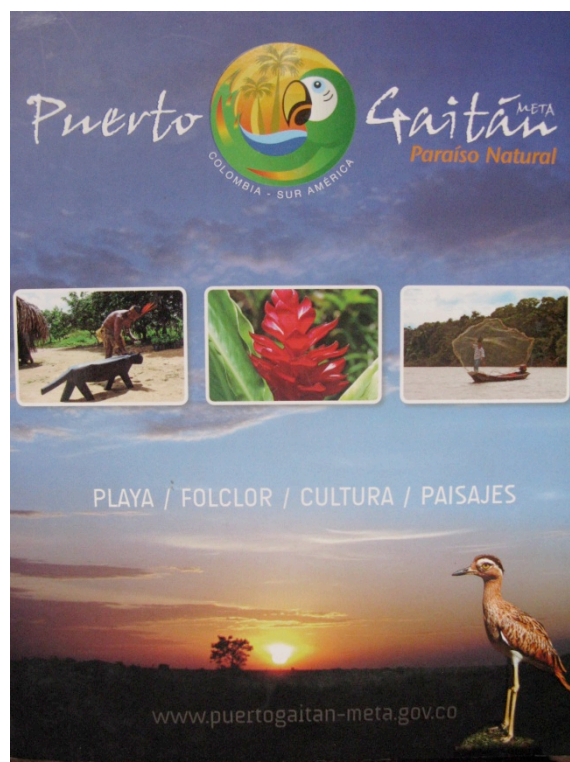


«Manos laboriosas de hombres diligentes, curtidos y llenos de experiencia que han contribuido al engrandecimiento de la región» (Fierro, 2007)

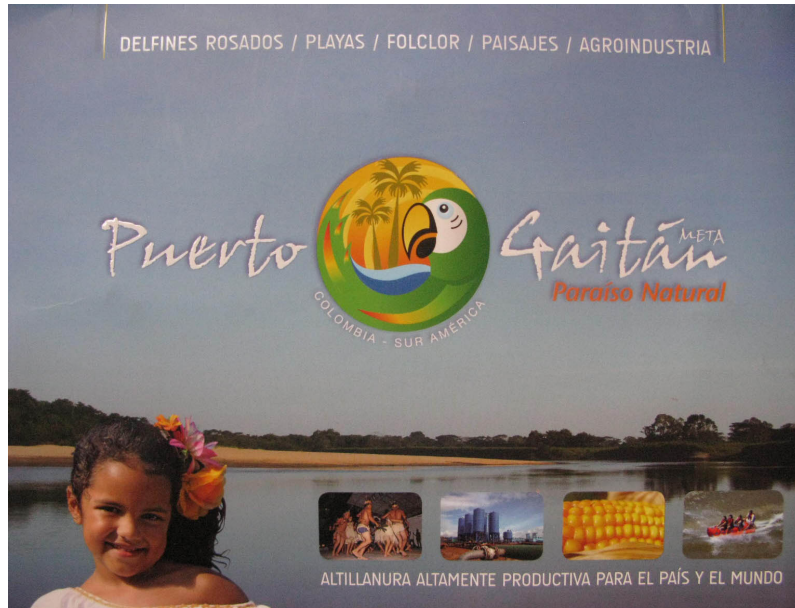
El llanero trabajador en *El Paraíso Natural*
Imagen del libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural* (Fierro, 2007)



«El ideario de ancestral tradición se mantiene firme en medio de la globalización del mundo» (Fierro, 2007)
 Plumado y colorido, así aparece el sikuaní en *El Paraíso Natural*.
 Imagen libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural*



El magma burbujeante del atardecer en la llanura, el güerere zancón y las palabras playa, folclor, cultura y paisajes haciendo *El Paraíso Natural*.
 Imagen brochure turístico (Alcaldía municipal 2009)



La inocencia de la “llaneridad”, las playas del río Manacacías, las danzas sikuanis y la agroindustria en la imagen de *El Paraíso Natural*.
 Imagen brochure turístico (Alcaldía municipal 2010)



La modelo Natalia Paris como imagen del *Paraíso natural* en la portada de la revista *Magazín Medios* que circula en el departamento del Meta.
 Imagen revista *Magazín Medios* (2009)

Hace calor. Afuera el horizonte se desvanece, diluye al cielo en la tierra. La temperatura debe ser de unos 39 °C. A mi lado, una niña que carga un talego de mañoco me mira con detenimiento y me sonríe en silencio por varios minutos. Voy en un bus de flota La Macarena que va repleto. Su apretado vientre transita sin esfuerzo por las trochas y lodazales de la sabana y lo haría así hasta San Miguel, un pequeño pueblo de una sola calle, muy alargada, que se descubre a orillas del río Meta.

Pasamos por el Km 14, es Walabo 1. Debo bajarme. Me levanto y empiezo hacerme espacio entre la gente que va de pie, procurando no pisar los huevos y las cajas con pollos. Me bajo al frente de unas casas a medio levantar. Sobre la carretera, sobre la arena naranja, hace calor.

Walabo 1 pertenece al resguardo indígena Wacoyo, cuyo nombre deriva de las iniciales de sus primeros tres asentamientos: Walabo, Corosito y Yopalito. Las 8050 hectáreas del resguardo fueron tituladas el 2 de octubre de 1974 por el Ministerio de Agricultura,¹ como fruto de la lucha que libraron los chamanes y líderes Rafael Yépez, José Antonio Casol a y Alejandro Moreno.² 36 años después cuenta con 13 comunidades, Chaparral, Guamito, Walabo 1, Yuluwa, Corosito, Walabo 2, Manguito, Yopalito, La Hermosa, San Benito, Berlín, Macurita y Barlovento,³ y con una población de 1230 habitantes que en su mayoría son indígenas sikuani y en menor cantidad, indígenas de otras etnias y alguno que otro “hombre blanco”.⁴ Entre los 9 resguardos del municipio, Wacoyo es de los más pequeños y tal vez, el que más se ha relacionado con las instituciones del estado, las petroleras, los

* Es la forma en que lo indígenas del resguardo Wacoyo denominan a todos los no indígenas.

terratenientes, las Ongs y las agroindustrias. El resguardo inicia a tan sólo 12 km del casco urbano sobre la vía a Puerto Carreño, colinda con la estación de Toro Sentado de Cepcolsa, con varias fincas ganaderas y con la agropecuaria Aliar S.A, de la que se habla como “la marranera de Álvaro Uribe”.

Paso la carretera y me adentro a la comunidad. Parece solitaria, no se escucha ninguna radio, ninguna voz, ningún insecto, ningún pájaro. Una mujer de espalda gruesa y ojos grandes ligeramente rasgados, porta un vestido fucsia en el que afloran sus senos. La veo mientras cuelga un jean mojado en un alambre de púas. Saludo, me responde algo tímida. Sigo. Frente a una casa de techo de zinc y paredes de lona verde y plástico negro, un colchón toma el sol recostado en un asiento, parece disfrutarlo. Ahora me adentro en la sombra de unos yarumos y llego a casa, apenas para la siesta. Por los alrededores de la casa, unos niños revolotean, runrunean, gritan alegres, espían por los agujeros de la lona, juegan con la tierra, se montan a los palos. Los percibo ensoñado: trepan por lianas hacia el cielo y dejan caer mangos que discurren silenciosos. Al rato suena un agudo grito que interrumpe mis visiones. Es Jairo Yépez regañando a los niños; necesita silencio mientras trabaja.

Salgo al patio de la casa, allí se encuentra Jairo: cuarenta y seis años, pantalón remangado, espalda recta, bigote grueso, hermosos ojos verdes, sombrero llanero, voz aguda. Maneja la peinilla con destreza. Tira uno, dos, tres machetazos y saca pedazos de madera lo suficientemente pequeños como para conservar la forma de la tortuga que esculpe. Ahora zanja el hueco interior que define como butaco al tronco de una pieza que trabaja. A pesar de estar en la sombra, suda. Trabaja con constancia, concentrado, como si no hubiera absolutamente nada más a su alrededor.

A lo largo de la semana Jairo se ha dedicado a trabajar en las artesanías. Hoy lo acompañan Fermín cepillando y su hijo Chucho dibujando los tapis*. Tienen harto camello para estos días. La compañía petrolera Pacific Rubiales le dio un contrato a Jairo para la elaboración de 1000 tapis y canoas de 50 cm de largo, que piensa regalarles a sus

* Bancos elaborados en una sola pieza de madera que se soporta en dos patas paralelas. Normalmente tiene 30 o 40 cm de alto.

empleados en el día de la familia. Jairo distribuyó el trabajo entre algunos líderes y artesanos del resguardo y cada uno de estos contrató a otros artesanos, por lo que hay unas treinta personas trabajando con este contrato, por algunos días. Por su puesto, Jairo al ser el contratista, se gana una buena parte; es la ventaja que tiene por ser el artesano de Wacoyo más reconocido entre las instituciones y empresas de Puerto Gaitán.

A pesar de llevar menos de un decenio haciendo artesanías, Jairo ya se ha relacionado con personalidades como Lina de Uribe, y sus tapis ya decoran alguna de las casas de Madonna. Hace algunos años la empresaria y diseñadora Marcela Echavarría, socia de la prestigiosa marca de accesorios de lujo con sede en Nueva York *Surevolution*, le compró artesanías a Jairo por 700.000 pesos y las vendió allá en 1.700 dólares.⁵ Parece que unas de las compradoras de los butacos fue Madonna. La historia con doña Lina, me cuenta Jairo, es otra:

– En un viaje que hice como en 2006 a Expoartesanías Lina Moreno, la primera dama nos visitó ahí donde teníamos nuestras artesanías en el pabellón de etnias indígenas. Ramiro y yo le regalamos unas artesanías. En agradecimiento la primera dama nos invitó al Palacio de Nariño. No se imagina la seguridad de ese lugar. Eso yo entré a una cabina y me hablaron, empuje, empuje, y yo no veía quien me hablaba; claro es que me estaban viendo por cámara. Luego entramos y un soldado nos acompañó hasta donde doña Lina. Resulta que ella había citado también al secretario de salud del Meta y al alcalde Jaime Ballesteros. El alcalde se sorprendió, que yo que hacía ahí, y yo le contesté riendo, por mi es que a usted lo llamaron acá.

En “agradecimiento” a los tapis que Lina Moreno recibió de Jairo y de Ramiro, el municipio de Puerto Gaitán contó durante una semana con la visita de una brigada médica de 25 expertos enviada por la Presidencia de la República, que según Jairo fue aprovechada por el 50% de los habitantes del municipio. Esa es la labor social que en los países “en vía de desarrollo” han adoptado las Primeras damas: nadie mejor que una mujer para representar la (más) cara dulce y generosa del humanitarismo estatal.

Un muchacho le dice a otro en lengua sikuani –Guala guachema- y se ríe. Guala se ha hecho un arete en su oreja por lo que ahora lo joden diciéndole marica: la masculinidad y la moda masculina, todavía distante en estos espacios.

Jairo vive en una casa de tres construcciones. La del medio, donde duerme con su esposa Araceli y sus dos hijos menores, está techada en palma real y se sostiene de unos horcones que de a poco son invadidos por las termitas. El cuarto tiene paredes de una lona verde que lo separan de la sala en donde posan dos chinchorros y varias artesanías ya terminadas, y sobre unas repisas, un televisor de unas 6 pulgadas –pocos en el resguardo tienen uno- y un equipo de sonido. Enseguida se encuentra la cocina: un fogón de leña, techo en palma y zinc, un recipiente de agua para lavar y otro para tomar, muchos pocillos y algunos platos de plástico.

Al otro costado de la casa central se encuentra una casa de techo de zinc, paredes de madera y suelo de concreto; es donde viven sus hijos más grandes. Allí guindo mi hamaca, en un cuarto que advierte a la bandola, al arpa, a un par de capachos y a dos cuatros, que hacen allí, con prudencia, su fiesta silenciosa. Muy cerca de la esquina cuelga, lleno de polvo y algo torcido, el diploma que reconoce a Jairo como maestro artesano, otorgado por el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo y Artesanías de Colombia en el 2005. Lo obtuvo junto a su compañero Ramiro, al ser seleccionados entre los 5 mejores de 830 artesanos que compitieron ese año:

– El reconocimiento de Artesanías de Colombia fue maravilloso. Reconoce que nosotros somos los que trabajamos la madera y hacemos los diseños.

Me dirá Jairo –pero también resulta que por unas artesanías nuestras nos pagaron 5.000 dólares y Artesanías de Colombia se los cogió. Dijeron que nos iban a poner empresa, pero pura mierda, nos hizo un catálogo, unas tarjetas y nos dio para pagar comida pa’ una feria y se acabo la plata. Desde entonces yo dije ¡me voy a organizar!

El ocaso se hace tenue en la oscuridad. Dejo de leer y me reúno en el recinto principal de la casa para ver televisión junto Araceli, sus hijos menores Jaime, Noli y Tatiana, y varios niños de la comunidad. Nuestras caras se hacen espejos del diminuto televisor de tonos grises, de imagen inestable y bullosa, que se esfuerza para no desfallecer ante la escasa energía solar que ha acumulado la batería.⁶ Miramos absorbidos, incluso en los momentos en los que la imagen es tan sólo una explosión de chispas grises. En un instante, el televisor superando a la televisión.

Ahora Jairo se sienta a mi lado. Me ofrece un peche que acepto complacido. Empezamos a dialogar. Se queja de su brazo izquierdo. Me dice que desde hace varias semanas se siente adolorido, lo que le ha atrasado un poco el trabajo. Mañana piensa visitar a todos los que tiene trabajando con el contrato de la “Pacífico Rubiales”. Además tendrá una reunión en las lagunas de la reforestación para mirar cómo va el crecimiento de los yamus y las cachamas que están sembrando como parte del programa de Jóvenes rurales emprendedores del Sena.

Hace más de un mes, la agropecuaria La Fazenda de Aliar S.A. en asociación con el Sena, ofreció a la comunidad del resguardo un curso sobre cómo hacer piscícolas para la producción y comercialización de pescado. El curso fue presentado a unas cuarenta personas en el colegio Kuwei con el nombre de *Emprendedores rurales en producción y comercialización en cachama*, por el zootecnista del Sena Ricardo Murillo. La intención con el curso, tal y como explicó el zootecnista, es formar una pequeña empresa productiva como una opción para la seguridad alimentaria del resguardo, de manera que ayude en la disminución de los problemas de mal nutrición. Murillo mencionó el caso de una niña que murió hace dos días en Walabo 1, dijo que por desnutrición y explicó que estos proyectos son para que cosas así no vuelvan a suceder. Días después supe de otra explicación a la muerte de la niña. En menos de un mes han muerto tres personas en esa familia –la niña entre ellas-, dicen que alguien las mandó a rezar.

Es cierto que la alimentación en muchas familias no es la más adecuada. Hay casos en que es únicamente a base de harina de yuca, plátano y tal vez maíz, pero no se debe presumir que todas las muertes dentro del resguardo son a causa de la desnutrición, cuando hay explicaciones que incluso sobrepasan las evidencias materiales, como el rezo chamánico. No obstante, esta situación es aprovechada por las instituciones del estado y las empresas capitalistas para entrar, con la etiqueta de la “responsabilidad social” y la “seguridad alimentaria” y hacer sus intervenciones.

– Sergio, ¿qué cuesta un televisor a color un poco más grande que ese?- me pregunta Jairo y me dice que quiere tener un televisor a color, en el que Araceli y sus hijos puedan mirar mejor.

– Por ahí unos 200 mil- le respondo.

Aprovecho la humareda para hablar con Jairo sobre su vida de veinte años atrás. Me cuenta que antes de ser artesano, trabajó sembrando arroz, plátano, maíz y yuca a orillas de río Meta. Me dice que era una labor dura, de mucho sufrimiento, que no es como su trabajo actual, que se parece más a estar en una oficina sentado. A orillas del río Meta le tocaba “joder” en el fango y en varias ocasiones deshierbar. De ese entonces a hoy hay mucha diferencia:

– No hay comparación entre lo que hay hoy y lo que había hace 20, 25 años. No había turismo, no había ayuda, no había empleo. Sólo se comía lo que uno cosechaba. El pan de nosotros es el casabe^{*}, el mañoco^{**}, el pescado, cacería había en abundancia, pero hoy ya no lo hay. Después hubo empleo pero a usted le pagaban por ahí una pichinga.

* Una arepa típica en la gastronomía de las poblaciones de la Orinoquía y de la Amazonía, hecha con harina de yuca amarga o dulce.

** Harina granulada de yuca amarga o dulce que sirve para darle sabor a los caldos o para hacer una bebida que llaman yukuta.

Me cuenta que había harto trabajo en las vegas*, sembrando y deshierbando. Los patrones eran en su mayoría colonos vegueros que llegaban y apropiaban de las parcelas en la costa y las islas del río Meta para cultivar arroz. Era entonces poco al que empleaban en los hatos para vaquero, campo volante o cuidandero de ganado. Jairo también me explica que para aquel entonces no se trabajaba la artesanía porque nadie la compraba, si acaso por ahí un negociante le cambiaba un butaco por una libra de café o por panela, entonces no tenía sentido. Pero hoy no es así:

– Hoy en día hay harto empleo, están las petroleras, están las empresas marraneras, están las empresas de palma, están las empresas de la carretera, están los contratistas. Hoy en día hay muchos contratistas en el resguardo, en las veredas, entonces hay un cambio grandísimo.

Hace una pausa, le dice a Araceli algo en lengua sikuni y prende otro peche. Seguimos conversando. Le pregunto acerca de cómo empezó con las artesanías. Me cuenta que en uno de esos días de jornaleo cayó; un intenso dolor en su espalda lo desplomó a él y al bulto de arroz que cargaba. Ese día lo acompañaba su hijo Chucho, pequeño en aquel entonces –nunca había visto ni he vuelto a ver a mi papá así de mal- me dirá. Duró dos años en cama, hasta que un día de 2003 lo visitó su amigo Ramiro a invitarlo hacer unos butacos para llevar a Corferias en Bogotá:

– Le dije bueno, está bien. Resulta que una señora vino al resguardo a mostrarle el camino de cómo exhibir los butacos, una tal Luz Helena Chois. Él se acordó que existían los bancos rituales de madera, entonces él elaboró uno e hizo un trueque con ella, lo cambió por una grabadora. Ella lo llevó a Bogotá y gustó harto, entonces le dijo que siguiera trabajando la madera. Ahí empezó la vaina. Ramiro me invitó a trabajar; los dos fuimos los que iniciamos con la artesanía. Hice once butacos, ahí con dificultad mis hijos me ayudaron a dibujar. Y bueno de ahí principie a gestionar, conseguí dos carros. Un carro de Hupecol, que hoy en día es Cepcolsa. La alcaldía me dio el otro carro.

* Zonas inundables del río Meta.

Para haber sido su primera vez en Corferias le fue muy bien. Cada una de las artesanías la vendió a 150.000 pesos, es decir, se ganó poco más de millón y medio en un trabajo que hizo en una semana. Nunca en la costa del río Meta había ganado tanto en tan poco tiempo:

–Me dije no, por acá está el sustento pa’ mi familia; yo no tenía grabadora, no tenía radio, no teníamos nada. Con eso compramos eso y la ropa que nos hacía falta. Así empecé.

Jairo se detiene, luce cansado. Se hace tarde, van a empezar las novelas de la noche. Se para de la silla, prende otro pielroja y va con su linterna al monte de al lado de su casa. Dura un rato por allá; alcanzo a distinguir la luz entre los árboles. Vuelve, al parecer no encontró nada extraño. Se adentra a su cuarto.

Permanezco un rato más sentado. Pienso en los cambios recientes en la vida de Jairo. Hace 15 años el dinero no significaba mucho para él, ni para la mayoría de indígenas, quienes eran contratados, pero no con regularidad, en las haciendas ganaderas, en las vegas del Meta –en donde los colonos sembraban arroz – y en los cultivos de coca que durante la década de 1990 e inicios de 2000 hubo en zonas cercanas. No obstante, en los últimos seis años esta situación ha cambiado. Con el trabajo asalariado ofrecido por las petroleras, las agroindustrias, las constructoras, la alcaldía y la demanda de artesanías, el dinero ha entrado a ser indispensable en la vida cotidiana de los sikuani. Con el dinero aparecieron nuevos bienes materiales para estas personas: el equipo de sonido, el celular, la moto, el televisor, entre otros objetos deseados de los que antes no tenían necesidad.

Por su parte, la artesanía como mercancía para el consumo de masas en la modernidad, es un fenómeno de no más de 20 años. No estoy queriendo decir que los indígenas no tenían una cultura material que manufacturaban, sólo estoy sugiriendo que la mercantilización con la etiqueta de “artesanía” de ciertos objetos de la cultura material indígena, como los tapis, es tan nuevo como la inclusión de los indígenas en el derecho, el mercado y la política por parte del estado y la empresa, que en Colombia se declaró con la constitución multicultural del 1991. Es un fenómeno curioso. Los habitantes de ciudad consumen las artesanías considerándolas objetos auténticos de los indígenas, mientras los indígenas se hacen a los objetos auténticos de la vida moderna.

Me quedo pensando también como para los indígenas la elaboración de artesanías aparece como un nuevo trabajo. En el caso de Jairo, ser artesano es la opción para una vida más cómoda y menos desgastante que la de jornalero u obrero, y la puerta de entrada al mundo empresarial, que con los años va conociendo. Este proceso de hacerse artesano ha incluido la formación de nuevos roles, como el hábito que desde entonces Jairo fue adquiriendo de “gestionar” para obtener ciertos beneficios de las empresas capitalistas y de la alcaldía.

Ahora veo a Araceli apagar el televisor y entrar en su cuarto. Me quedo sólo. La osa mayor resplandece sobre la casa. La noche en el silencio, se hace diáfana.

En casa de Jairo suelo iniciar los días a las 6 de la mañana. A esa hora el aroma a café interrumpe mis sueños. Hoy me he levantando un poco más tarde, lo sé porque veo a Jexen y Nidia con el uniforme del colegio tomando el desayuno, a Noli correr por la casa con su cuaderno en la mano y a Tatiana reunida con una de sus amigas de curso. Pronto los dos muchachos partirán al colegio Kuwei y las dos pequeñas a la escuela de Walabo 1. Me tomo el café de la mañana en silencio.

A mi lado, en un chinchorro, se encuentra Chucho algo pensativo. De repente se para, se adentra en la pieza donde está mi hamaca y saca una bandola. Chucho es un amante del folclor llanero, un muy buen bandolista. Desde pequeño se ha dedicado a este instrumento con el que acostumbra distraer al día. Lo aprendió a tocar porque estudió en Puerto Gaitán durante algunos años, cuando ya existían las clases de folclor. No obstante luego tuvo que seguir aprendiendo por cuenta propia porque pasó a estudiar al colegio Kuwei en el resguardo, que a diferencia de hoy, no daban clases de música llanera. Ahora trata de aprovecharlas a pesar de ya estar graduado.⁷ De pequeño Chucho se presentó por primera vez ante el público del Festival de la Cachama, hace unos días estuvo en Agrofuturo en la ciudad de Medellín y ahora se prepara para ir a la Feria de las Colonias en Bogotá, como

parte de las exhibiciones folclóricas que la alcaldía municipal llevará. Y, de nuevo distrae al día.

Como caravana española

marchan

sus dedos embriagados

Mientras desayunamos llega en su moto Don Antonio, un señor que acostumbra a venir tres o cuatro veces por semana a casa de Jairo para ofrecer algún tipo de carne de marisca^{*}, generalmente chigüire o pescado. Jairo consulta con Araceli y compra unos yamus para el almuerzo. Ésta es una de las únicas formas en que se puede conseguir aún carne de monte en el resguardo e inevitablemente hay que tener dinero para hacerlo.

Al rato Jairo se prepara para ir a la reunión en la reforestación. Le pregunto si puedo acompañarlo, me dice que sí pero me aclara que se va a llevar la cicla. Tocó caminar.

Salgo y tomo una trocha hacia el oriente. Camino contemplando la inmensidad. Pienso en la sabana, en su movimiento insondable, tan imperceptible, tan solitario, tan incomprensible para los señores gobernantes de nuestro país, como don Álvaro Uribe, que ve estas tierras como un llano estéril y baldío. Al lado del camino una hectárea recién sembrada de yuca, más allá, en una mata de chaparro, un pajarito rojo picoteando las plumas de sus alas. Cruzo un broche y camino junto a una arboleda adolescente y cuadrículada, es la reforestación: un área de 46 hectáreas de árboles jóvenes, de especies que no son nativas de los bosques de galería. Fue sembrada por Cepcolsa con el fin de compensar las áreas de intervención petrolera. Cerca de la reforestación, justo en donde inicia el río Muco, se encuentran unas hermosas lagunas de agua oscura que en sus bordes permiten la levitación de los moriches^{**}. Allí, en un cauce que todavía permite el desove de las cachamas, están las jaulas para los peces.

* Carne de monte cazada.

** Una palma nativa de la Orinoquía y la Amazonía, que forma humedales de agua pura.

Llego a una casa grande de tejas de zinc, medio cubierta por paredes de madera a los lados. Jairo y otros siete se encuentran esperando a que Churara termine de curar con pendare una canoa pequeña que les servirá para movilizarse dentro de las lagunas. Ésta es de las primeras reuniones oficiales de la asociación Bakatsolowa najäe, que cuenta con 14 socios –en su mayoría pertenecientes a la comunidad de Walabo 1- y que se ha formado como parte de los talleres del Sena y Aliar S.A.

Rubio, el actual capitán de la comunidad de Walabo 1 y gobernador de Wacoyo durante cuatro periodos hasta el año pasado comenta que consiguió un proyecto para poner galpones en cuatro comunidades. De paso también menciona que el Ministerio de Medio Ambiente está regalando unos 700.000 palos para reforestar y que le dijeron que les podían dar 9.000 a ellos.

– Eso de los galpones es bueno- dice uno de los presentes.

– Si, yo le voy de una a los pollos. Eso nos ponemos y levantamos eso rápido con unos buenos palos y queda. Y lo de los árboles está bueno para ponerlos al lado de las lagunas. Bien ordenaditos queda bacano - agrega otro.

Ahora Ricardo Murillo nos muestra el diseño digital del zocriadero de chigüire que piensan realizar en el resguardo, un nuevo proyecto que desarrollará el Sena con ayuda de Aliar.S.A y la alcaldía municipal. –Les muestro el diseño tal y como lo vamos a mostrar al alcalde, así es como a él le gustan que le muestren los proyectos- dice el zootecnista. En el diseño se mira a unos chigüires quietos, dentro de una laguna quieta, rodeada de palmas de moriche quietas. El plano se mueve hasta que llega a un encerrado –ahí van a estar los chigüires. El encerrado termina en un embudo, en donde van a pesar y seleccionar a los animales:

–Después que lo mire y lo avale el alcalde, lo traemos acá para que Rubio firme y sale, dice Miguel García de Aliar S.A. Haber durado por cuatro años como gobernador hace a Rubio el líder de Wacoyo más reconocido por las instituciones que desarrollan proyectos en el resguardo. Y aunque ya no es gobernador, aprovecha su condición para firmar proyectos

que beneficien a sus familiares y amigos, cosa que no le importa a las instituciones, que en últimas sólo esperan tener los papeles y las fotos como la evidencia de su “responsabilidad social”, así digan que sus proyectos van dirigidos a toda la comunidad.⁸ Mientras tanto, los líderes de Wacoyo se disputan el poder y la posibilidad de tener a un gobernador – o capitán mayor del resguardo- que beneficie a su comunidad o familia, lo que se traduce en una disputa por tener la posibilidad de ser abarcados por los proyectos y ayudas institucionales. Estos proyectos, además, para que sean avalados y firmados, incluyen las acostumbradas “colaboraciones generosas”.

Ahora Murillo les comenta de un evento que se llevará en El Hachón, Meta, en donde se reunirán las veinticinco asociaciones que han surgido como parte del programa *Jóvenes rurales emprendedores* del Sena. Allí cada grupo presentará sus proyectos a los demás:

–La idea es que ustedes conozcan y traigan esos proyectos acá para que los desarrollen en el resguardo- explica Ricardo.

Ahora hay alboroto en los presentes.

–Que vaya mi comadre.

–No que vaya chimboloco.

–Miren es muy importante que vayan. Hoy de las cosas más importantes es hacer contactos y ustedes deben aprovechar ese evento para hacerlos. Hay proyectos de cultivos orgánicos de orellanas que eso sabe como a carne, son unos hongos muy ricos. Hay proyectos de cultivos de cacao y bueno de un montón de asuntos más. A mí me interesa mucho que lo aprovechen y aprendan de la experiencia.

Un hombre de cabello a ras y acento golpeado al que llaman Perilla interrumpe. Dice que no tiene claridad acerca de las horas que han cumplido del curso y que además cambian mucho los días de reunión, porque a veces no vienen, y cuando vienen los han puesto a ver videos y a hacer pocas cosas prácticas –si es para eso los invito de noche a mi casa y nos ponemos a ver películas hasta las doce- dice jocosamente. En varias de las reuniones pasadas han tenido que aguantarse videos largos en los que les explican desde un lenguaje técnico cuales son los pasos y estándares para hacer productiva una piscina de pescados,

sugerencias casi que inocuas para ellos, que en su mayoría se distraían o se dormían. En estos escenarios la pedagogía multimedia no es una opción, menos con un lenguaje tan experto, tan poco cotidiano.⁹ El lenguaje, como siempre tan útil para confundir y más el lenguaje educado, civilizado, tan útil para definir la ignorancia, inferiorizar y marcar la diferencia. Ese día efectivamente hubo quejas –queremos cosas prácticas- dijo un asistente al finalizar. Pero al parecer volvieron a traer videos.

Ricardo les dice que no se preocupen por las horas, que ya todos pasaron el curso. Les explica que todavía faltan unas clases, pero que son prácticas. Les va a enseñar cómo hacer una buena alimentación para los peces a base de maíz, soya y yuca. Dice que La Fazenda de Aliar S.A. va ayudar con el maíz y la soya. Miguel García aclara que él va a intentar pedir por ahí unos veinte bultos, pero que seguramente no se los dan, si acaso unos tres de cada uno y hasta ahí la ayuda. Después, a seguir comprando el bulto de concentrado a 70.000 pesos que sólo dura 12 días, vaya rentica.

Acuerdan que se reunirán los sábados sin falta. De inmediato Ricardo se pone una pantaloneta y nos vamos para las lagunas. Pasamos por un camino de lodo pisado hasta llegar a la orilla del Muco. A pesar del tono borrascoso de la tempestad, la laguna resplandece cristalina y nos permite mirarla en el reflejo de los simétricos y delicados moriches. Jairo, Ferney y Ricardo se lanzan al agua y con delicadeza traen a la orilla la primera jaula de peces. El ingeniero sale, coge una báscula digital que traía consigo y ordena que le empiecen a pasar los peces. Los de la primera jaula tienen un promedio de 50 gramos. –Esos son los yamus que se trajeron hace quince días, se nota porque todavía están muy pequeños- dice el zootecnista. Así hacen con las cuatro jaulas de peces, tres con yamus y una con cachamas. Los peces más grandes están en un promedio de 100gr, lo que no está mal para el primer mes. Al final todos quedamos contentos de ver el crecimiento de los peces. Todavía falta por ahí unas dos semanas para hacer el primer intercambio de jaulas y poner en las que queden vacías, los nuevos alevinos.

Una vez hecho el pesaje, Miguel García nos muestra un artículo que salió publicado en *Llano siete días* del diario *El Tiempo* en donde se menciona la labor del Sena y de Aliar

S.A. Además de los errores en las cifras de la población del resguardo (según el artículo de 9.000 personas) y del número de alevinos cultivados (según el artículo 900, cuando hasta ahora no hay sino un poco menos de 200), el artículo destaca las palabras de Olga Ahumada, asesora de emprendimiento del Centro agroindustrial del Sena:

«La idea (...) es incentivar la producción de proteína animal de primera calidad para la seguridad alimentaria de esta comunidad y que los excedentes de producción se destinen al mercado local, con miras a crear una granja etnoturística del resguardo Wacoyo, donde los turistas serán atendidos directamente por indígenas de esta comunidad».¹⁰

Tanta gula y elegancia en las palabras, pero sólo para la apariencia. El alcance de los programas de “responsabilidad social”, en este caso con énfasis en la seguridad alimentaria –hoy en día la libertad es tan escasa que hasta la comida necesita ser asegurada- es realmente muy limitado. La “responsabilidad social” es un maquillaje con el que las empresas se embellecen y de paso reducen sus impuestos. Además, es un mecanismo útil para gobernar a las poblaciones locales: por un lado introducen algunas de sus ideologías, como la idea de hacer empresa, y por otro lado, generan fuertes divisiones sociales.

Los sikuani de Wacoyo viven, como la mayoría de indígenas del país, en condiciones de pobreza. Muchas familias aún pasan sus días con una comida diaria, sin trabajo estable, con algún pequeño cultivo de yuca del que sacan el casabe y el mañoco, si acaso con plátano y sin ningún tipo de carne, debido a la escasez de animales. Lo curioso es que estos programas de “responsabilidad social” no están dirigidos para solucionar estos casos críticos. Por el contrario, terminan sirviendo a los líderes, que aunque también viven en condiciones difíciles, tienen una posición social y económica un poco más amable, al menos comen mejor. Son ellos precisamente los que ponen a la gente del resguardo a su favor y en contra de otros, buscando tener la oportunidad de relacionarse con las instituciones públicas y privadas. Seducidos por el dinero que les dejan los proyectos, se disputan el poder y generan fuertes divisiones y jerarquías.

En el 2010 en Wacoyo cambiaron en tres ocasiones al gobernador, lo que hace manifiesta estas nuevas disputas entre los líderes por el dinero. Esto los hace más débiles ante estas empresas que los conciben como una unidad homogénea, y al no estar organizados como tal sacarán poco provecho de la filantropía empresarial.

En la noche la luna se oculta

En la canción de las luciérnagas
permanece
el brillo del bosque

Han pasado dos días desde la reunión sobre los pescados. Jairo se la ha pasado recogiendo y arreglando las artesanías para el contrato con la “Pacífico Rubiales”. En este instante organiza las artesanías en el suelo del cuarto donde guindo y las rocía de laca brillante. Está arreglando todo para la visita de un ingeniero de Ecopetrol que viene a mirar su trabajo y de paso, tal vez le compre algo. Ya mandó a una de sus hijas a barrer todo la basura que hay alrededor de la casa para que la queme. Hay que tener el lugar limpio para la visita.

Minutos más tarde aparece un hombre acuerpado, ojos claros, pelo castaño, camisa polo. Su nombre es Richard lo puedo constatar en la tarjeta que me acaba de entregar. Es el encargado de la unidad de imagen corporativa de Ecopetrol para los Llanos. Viene acompañado de una mujer de pelo castaño que desde que llegó no ha dejado de sonreír y de un señor que le conduce la Toyota Hilux roja en la que apareció. Ecopetrol anda buscando proveedores que sean de zonas de incidencia de la compañía, porque tiene pensando abrir una tienda de artesanías y souvenirs en Bogotá. Richard es el encargado de recorrer el departamento del Meta en busca de proveedores.

- ¿Si ha encontrado buenas artesanías?
- No mucho, la gente es muy perezosa, me dice Richard en voz baja. Esto es como lo mejor que he visto.

Toma fotos a los butacos, no todos parecen gustarle. Jairo a su lado derecho, empieza hablarle del lugar que tienen los tapis en la cultura material y simbólica de los sikuni. Le dice que son usados en el rezo del pescado, un ritual que se celebra con la primera menstruación de la mujer. Le explica que un chamán se sienta en una hamaca frente a la joven que se encuentra en el butaco y la reza durante toda la noche. La joven cada vez que se cansa hace ejercicio para despertar. Mientras tanto los invitados toman chicha y socializan. Ahora le dice que cada una de las figuras talladas en los tapis tiene un significado:

- Nosotros remedamos el rastro de los animales, las estrellas, el movimiento del agua, los árboles.

Jairo y Richard se sientan frente a frente a charlar. Richard le dice que va mandar las fotos a Bogotá y que allá miran si las artesanías les gustan. Le pregunta que costaría cada artesanía al por mayor. Jairo le dice que 60.000 y Richard hace cara de no creerlo. Jairo rectifica y dice que lo más barato que los deja es a 50.000, ese es el precio al que le van a comprar en la “Pacífico Rubiales”. Hace una pausa y cambia de tema:

- De todas maneras yo quiero saber si ustedes nos van ayudar con una reforestación en caso que nosotros participemos en el proyecto.

- ¿Pacífico no les ayuda?

- No, acá la compañía es Cepsolsa.

- Esas ayudas de Cepsolsa también van por parte de Ecopetrol. De todas maneras yo creo posible que, en caso que usted participe en el proyecto, nosotros podamos apoyar en la reforestación de la materia prima con la que trabaja, porque acá pueden llegar y decirle que está talando árboles.

- Bien, porque además la reforestación de Cepsolsa no se ha hecho completa y yo estoy interesado en que la reforestación sea con plantas nativas- dice Jairo con firmeza.

La madera para la elaboración de los butacos es de los árboles nativos de machaco y saladillo. La primera, una madera blanca, liviana y suave, es la que más trabajan. La segunda también llamada cedro llanero, roja, pesada y dura, se utiliza menos, sobre todo por la dificultad en su manipulación. Ésta es una madera muy bella, especialmente cuando su color rojo se torna de un elegante escarlata al ser pintado de achiote. Para Jairo la escasez de madera es uno de los problemas que deben empezar a solucionar los artesanos. Según él, los rastrojos, los pequeños bosques que aún hay en el resguardo, se están dejando crecer, pero si no recogen semillas, si no siembran, es probable que los bosques se acaben. Los primeros días que viví con Jairo, lo acompañé cerca al monte a recolectar semillas de machaco, negras y redondas. Una vez recolectadas, Jairo las esparció en el suelo para dejarlas secar. Así hizo durante tres días, muy en la mañana las ponía al sol, en la tarde las recogía y las devolvía a una vasija. Al cabo de un tiempo las tiró en el monte que ha venido cultivando al lado de su casa.

Sin madera para las artesanías el negocio se vendría a pique, Jairo lo tiene claro. Cepcolsa, la alcaldía, el ICBF entre otras instituciones con las que Jairo se ha relacionado, tienen un discurso ambientalista del que ha aprendido, pero no sólo para tomar una actitud más ecológica, sino también para saber exigir a estas empresas según su interés, en este caso una reforestación con plantas nativas con las que pueda hacer sus artesanías.¹¹

En la tarde los árboles danzan como queriéndose desnudar pero las hojas no caen. El invierno no se atreve, quiere entrar pero aún no sabe cómo hacerlo.

En el viento
los rostros acarician
la paciencia del invierno

La tarde viste café debajo del techo de la cocina, un híbrido de palma real y zinc. Recuerdo con claridad cuando esta cocina no existía aún. Justo donde ahora está la mesa comedor, ponía una silla para tomar el sol y leer; de paso escuchaba los susurros de las

miradas en la pared. Me divertía enviándoles ojeadas espontáneas y escuchando sus traviesas risas. Hace un poco más de una semana Jairo empezó a levantar ésta casa. Me dijo que Araceli ya estaba cansada de caminar hasta la otra cocina, más pequeña y oscura que ésta. Para traer las hojas de palma y hacer el techado, Jairo contrató a cuatro hombres, que levantaron la casa como en tres días. Esto de pagar trabajadores no es algo que muchos en Wacoyo puedan hacer. Apenas para mantener su posición de líder. Una forma nueva de trabajo a destajo dentro del resguardo.

Me fumo un peche con Jairo. Me cuenta que esta mañana escuchó una noticia. Parece que por irregularidades en las cuentas de los recursos de regalías le van a cortar el “chorro” a la alcaldía, me dice. Le digo que no sería raro, que es probable que más de uno en la alcaldía de Puerto Gaitán sea corrupto, y que de hecho por ahí andan diciendo que el alcalde se queda con un 10% de cada una de las contrataciones que permite. Me responde que lo cierto es que el alcalde Oscar Bolaños está en España, anda con una nueva mujer, tiene un zoológico, tiene un hotel que utiliza como parqueadero de mulas, y además ha comprado tierras en el municipio y en Casanare. Ahora dice que de todas maneras el alcalde le ha comprado artesanías y le ha hecho buena publicidad, lo que le agradece.

–Jairo, ¿cómo le va con Coopalomeko?

–Tengo pensado que nos reunamos pronto para hablar de varios temas que he pensando.

Coopalomeko es una cooperativa conformada por unos treinta artesanos del resguardo. Surgió en un taller que les ofreció Hupecol de cooperativismo y esta misma empresa ahora bajo la firma de Cepcolsa, les dio una capacitación en formación empresarial. De Coopalomeko no miro mucho todavía, aparte de la publicidad y los catálogos que reparte Jairo con el nombre de la cooperativa, para mostrar su trabajo. Para Jairo son varios obstáculos los que tienen como asociación. Al que más suele referirse es al del incumplimiento de Cepcolsa con los proyectos que él negoció a cambio del taller sobre formación empresarial y de la realización de un documental sobre la vida y las costumbres de los sikuni. El taller ya se realizó y el documental ya se filmó con colaboración de los

indígenas, y a pesar de ello Cepcolsa se ha demorado en cumplir las exigencias de Jairo: la realización de un nuevo catálogo, el apoyo en la elaboración de la página web de la cooperativa y la construcción de una casa en el resguardo o en el pueblo que sirva de tienda para vender las artesanías producidas. A todo esto se le suma un nuevo requerimiento que ha Jairo se le ha ocurrido: apoyo en ferias artesanales que se realicen en el exterior. Cuando habla del tema lo hace con enfado, y también con profunda esperanza, no quiere ver truncadas sus proyecciones empresariales. Cree firmemente que un catálogo actualizado, una página web –para mostrarle el trabajo a los “gringos”, que pagan en dólares- y una tienda, son necesarios para crecer en el negocio de las artesanías.

Otro de los obstáculos, dice Jairo, es que no hay una estandarización de precios para las artesanías:

– Hay mucha gente que les gusta las artesanías y buscan. El decir de ellos es, por lo menos, llega un señor “Véndame una canoíta ¿cuánto vale? – vale ochenta. Muy caro” ¿por qué? porque van a otras comunidades a comprar una cosa mal hecha por ahí en treinta mil en veinte mil pesos, entonces eso también daña la proyección que uno lleva por delante

La solución para él está en la tienda artesanal. Si hay tienda todos los socios de la cooperativa pueden almacenar el trabajo allí, y de la venta de estas se puede sacar un porcentaje para comprarle las artesanías a otros artesanos del resguardo, de manera que se logre monopolizar la venta y estandarizar el precio del producto. Para esto se debe exigir la realización de artesanías calificadas –seguro que ellos tienen que enseñarse a hacer una artesanía bien hecha- dice.

Jairo lleva ocho años viajando a Bogotá, relacionándose con empresarios, con funcionarios de la alcaldía y recibiendo capacitaciones. Así ha conocido el mundo de las artesanías. Ha aprendido que deben cambiar sus diseños con el tiempo y que debe innovar con nuevas figuras, dibujos y productos, como lo ha hecho con los nuevos tapices de 30 cm, los pilones y los jaguares amarillos. Y a pesar de la innovación estética, sabe que no debe cambiar la imagen que se tiene del tapiz como un objeto cultural de los sikuani porque ahí, en la diferencia étnica, está el valor aurático del producto. También ha aprendido, a través

del sentimiento de la estafa –como le sucedió con Artesanías de Colombia-, que es mejor ser el vendedor directo de las artesanías, sin terceros que puedan sacarle tajada a su trabajo, e incluso espera ser un intermediario de otros artesanos del resguardo.

Para desarrollar sus proyectos ha aprendido a negociar ayudas con las empresas, ya que no cuenta con el capital necesario para invertir. De estas empresas ha obtenido el transporte de las artesanías, y la elaboración de publicidad y catálogos, que resultan útiles para mostrar su trabajo cada vez que viaje a Bogotá o se tope con algún turista en el pueblo. Jairo ha entrado en la lógica que las empresas capitalistas le enseñaron, pero a la vez, está aprovechando esta relación de “ayuda” para negociarles. Sin embargo, al depender de estas instituciones, camina al tiempo que ellos y la burocracia dispongan. Por lo pronto, hace su fama de artesano en las ediciones de Expoartesanías y con la publicidad que desde la alcaldía municipal hacen de su trabajo, con profunda esperanza en el futuro.

Chucho llega en la nueva moto que compró Jairo, una Pulsar. Ahora va de nuevo de salida. Le pregunto qué si lo puedo acompañar y me responde que sí.

En el atardecer, cabalgamos en la nueva bestia de la sabana.

Notas

- ¹ Esta fecha es la que Nina de Friedemann (1989) sugiere en el capítulo «Guahíbos maestros de la supervivencia» en el libro *Herederos del Jaguar y la Anaconda*.
- ² Rafael Yépez, Alejandro Moreno y José Antonio Casulúa le disputaron las tierras al colono venezolano Héctor Riobueno quien fundó el hato Santa Fe en en las estribaciones del cerro Walabo, un espacio en el que varias familias sikuaní acostumbraban a vivir por temporadas (era una población acostumbrada al semi-nomadismo). Jairo me contó (tenía dos o tres años en ese entonces) que este colono les destruía los ranchos, les dañaba los cultivos, los utilizaba en trabajos extenuantes y les pagaban por ahí con una panela. Fue su padre Rafael quien estableció una lucha directa con el colono, dando la orden de flechar a todas las vacas que los indígenas se toparan por sus tierras, e incluso en alguna ocasión peleándose a golpes con él. Con los años estos líderes hicieron varios viajes a Bogotá y gestionaron la titulación del resguardo.
- ³ Las últimas cuatro son comunidades tienen menos de un año de haberse formado.
- ⁴ Los indígenas de otras etnias que habitan en Wacoyo son curripacos y piapocos provenientes de otras partes de Puerto Gaitán, de Vichada y de Guaviare. Por su parte, los criollos y demás no indígenas que viven en el resguardo es porque se han casado con algún(a) indígena.
- ⁵ La marca juega con las palabras revolución-evolución-sur queriendo hacer explícita su misión “humanitaria” de comercio justo para aliviar la pobreza en los países de desarrollo, “haciendo honor” a las artesanías, a la mano de obra y a los recursos naturales (Surevolution 2010). Recomiendo mirar la página web de la marca www.surevolution.com
- ⁶ Este TV está conectado a una batería que se recarga con energía solar durante el día. Hace ya varios años la alcaldía municipal instaló en cada una de las casas del resguardo una planta solar; hoy en día son escasos los que no la han vendido aún. Esta es tal vez la única casa donde no se utiliza planta de gasolina para ver televisión.
- ⁷ Como parte de las nuevas políticas culturales de la alcaldía, ahora en el colegio Kuwei dictan clases de danza de joropo e interpretación de instrumentos llaneros. En la tarima de la “llaneridad” del Festival de la Cachama de 2010 se presentaron el grupo de danza y de música llanera del resguardo Wacoyo, que surgieron de estas clases que dictan en Kuwei.
- ⁸ Es recurrente ver a los funcionarios de las empresas que desarrollan programas de “responsabilidad social” en Wacoyo, tomando fotos en los talleres y cursos.
- ⁹ Con términos como pH del agua, concentrado al 36%, ambiente controlado, piscinas acondicionadas, entre otros.
- ¹⁰ Obtenido del resumen «SENA Capacita A Indígenas del Meta en Seguridad Alimentaria y Piscicultura» (El tiempo 2010).
- ¹¹ En *Vicente* describo el caso del ICBF.

Vicente

Me devuelvo en cicla hacia la comunidad de Chaparral, ubicada en el extremo occidental del resguardo, muy cerca a un cultivo de unas 500 hectáreas de soya, aún verde. Mi cuerpo sobre la cicla vela la luz en las espigas del pasto mientras el calor evapora a los chiriguales*, lunares en el firmamento azul. Al fondo el río Meta aparece y desaparece entre el monte y la sabana que en invierno le permiten anegarse. A mi paso por la comunidad de Guamito unos niños en calzones juegan, me miran, no me saludan. Al rato, a lo lejos, un conjunto de unas 8 casas esparcidas sobre el camino. Es Chaparral.

Me hospedo en donde Vicente y Margarita, en una casa amplia con un lozano techo de palma de moriche, en el que los medios días se refugian del sol. Del techo cuelgan unos caparazones de caracol de río, un rosario, dos celulares, unas ollas. En la pared unos cuernos de búfalo, un cuadro de un Cristo lacerado y una estampa grande de la virgen. Cerca a la estufa de gas que en ocasiones utilizan, a menos de medio metro del suelo, una losa circular hecha con greda de río; es el pedar en el que las mujeres asan el casabe.

Vicente vaga tranquilo por su casa, un rato en el chinchorro, otro rato pensativo sobre un tapi sin dibujo, mirando el horizonte bajo la sombra de lo guamos. Pasa las horas esperando que lo visite algún enfermo que requiera de su rezo o que lo llamen desde Arauca o Casanare, en donde tiene varios amigos y pacientes. Mientras espera se dedica a la contemplación, al pensamiento y de vez en cuando a mirar sus plantas y visitar sus conucos, uno en el monte, otro en la sabana.

* Halcones.

Como es costumbre a esta hora de la mañana, suena la emisora del ejército nacional. Dicen que hoy se celebra en el país el día de la biodiversidad y pasan una parte del discurso del –entonces- presidente Álvaro Uribe, quien destaca a la “patria” como la primera en el mundo en orquídeas y mariposas, y una de las más ricas en reptiles. En la fugacidad del día fijan y celebran lo que dejará de ser.

Las sabanas y los bosques que se extienden desde la cordillera oriental de Colombia hasta el río Orinoco, aún están llenos de orquídeas, mariposas, reptiles y vida de todo tipo. Pero con el proyecto agroindustrial que el gobierno tiene pensando para la Orinoquía, del que Uribe ha sido promotor, las sabanas y los bosques nativos serán remplazados por arboledas monótonas altamente productivas, de cañerías tóxicas a las que se adaptará poca vida. En unos años tendremos que pagarle a las agroindustrias la entrada para hacer un tour ecológico entre cauchos o palmas y si tenemos suerte, podremos encontrar una orquídea o ver algún güio*. Los terratenientes y empresarios capitalistas hacen el espectáculo desde el estado en nombre de la conservación ambiental y del respeto por la diversidad cultural, al tiempo que buscan tierra –especialmente en los países del hemisferio sur en donde dicen que aún hay territorios “baldíos”- para incrementar el capital, sin mayor respeto por la vida.

Afortunadamente todavía hay algunos chamanes como Vicente, que con su trabajo místico con la naturaleza elaboran discursos críticos a esta reciente explotación capitalista en sus territorios.

Al cabo de un rato aparece Margarita, organiza la cocina y empieza a hacer el almuerzo, que debe tener listo a las 12 en punto, hora en la que llegan algunos de los obreros que trabajan en la construcción de la nueva escuela de Chaparral: un proyecto de la alcaldía. Desde hace un poco más de un mes Margarita se dedica a preparar más desayunos y almuerzos de lo normal, para venderles a los obreros. Los cobra a cinco mil cada uno. Así ha encontrado una forma de aliviar la escasez de dinero, apenas para hacer el mercadito semanal, que en el pueblo sale bastante caro. Además de la comida, ofrece hospedaje. En su

* Anaconda.

casa duermen todos los días a excepción de los domingos, tres obreros, que le pagan a quince la noche y la comida diaria.

Margarita me ofrece un tinto, se sienta a mi lado y me acompaña a tomármelo mientras fuma un mustang. Tiene cabellera rubia, larga y rizada, porta un vestido azul celeste que cae delicado en sus muslos, le contorna las asentaderas y me hace conocer su belleza juvenil. Margarita no es indígena. Está en el resguardo por Vicente, con quien se vino hace 30 años desde Arauca. Anda preocupada por su hija Sandra que al parecer está a punto de dar a luz, y cuando lo dice sonrío y me deja ver una calza de amalgama. Me sigue contando que en el centro médico de Puerto Gaitán dijeron que la iban a remitir, no se conoce por qué, parece que tendrá un parto complicado, y a pesar de eso no se sabe nada todavía de si se va a Bogotá o a Villavicencio.

La conversación es interrumpida por la llegada de Juan quien ha traído un cachicamo* que encontró en la sabana. Le digo que si le puedo tomar una foto. Me dice que no quiere fotos. De inmediato, uno de los nietos de Margarita toma al animal de la cola y me dice que él si quiere una foto.

Puntuales, aparecen seis hombres de trajes polvorientos y camisas sudorosas. De entrada hay una sopita de zanahoria, habichuela y plátano, y de plato fuerte arroz, yuca y un pedazo de cachicamo frito, una carne jugosa, de buen sabor, cebada por la naturaleza.

– Mockus es el candidato que debe ganar, Uribe nos ha jodido a los pobres- dice don Alfonso, de barbas blancas, respondiendo a los demás obreros.

– No, si ese Mockus queda, la guerrilla se vuelve alborotar- le contestan.

– Bueno que se alborote, con la guerrilla habrá otra vez trabajo con la coca- vuelve a renegar don Alfonso.

* Armadillo.

La tarde empieza hacerse oscura. Miro un cortinaje de agua acercándose desde el Casanare cuando veo a Vicente bajar hacia el monte. De inmediato cojo mi impermeable y lo sigo. Vicente, pronunciación complicada y espaciosa, bigote ralo y algo canoso, sombrero negro, camisa de cuadros, postura recta, mucho silencio, varias sonrisas. Camina por la sabana sin detenerse. Mira hacia los montes de la izquierda y deja de hacerlo volviendo a sus pasos sin agachar la cabeza. Voy detrás de él, silencioso. Pasamos un broche y entramos a un pedazo de selva que al instante se abre a un lote pequeño de arbustos enanos y palos de carbón no hace mucho quemados. Empezamos a sentir los mosquitos. Vicente me dice que debería quedarme aquí porque más adelante hay más, yo le respondo que no tengo problema con eso. De nuevo nos internamos en una selva que después de unos minutos da paso a un lote de plantas medianas de todo tipo. Este es el conuco, me dice. Yo lo miro sorprendido, me esperaba un pedazo de monte más bajo con frutales y con otras plantas de pan coger. En este conuco sólo distingo la yuca. Rápidamente empieza a tirarlas y sacarlas. Mientras lo hace me distraigo mirando unas setas naranjas que brillan en un tronco caído. Ahora corta los palos de las yucas que sacó, me hace señas para que le ayude a cargarlos y me los da. Caminamos un poco más por el conuco. Vicente mira detenidamente por los lugares que pasa, mientras recoge leña. Después de unos quince minutos nos vamos, cada uno con su respectiva carga.

Con la titulación del resguardo en 1974, varios de los sikuani nacidos en este territorio que aún se movilizaban por las sabanas y bosques de Puerto Gaitán y de Vichada –lo que siempre les resultó útil para resistir las diferentes colonizaciones-,¹ dejaron por completo el semi-nomadismo.² En ese entonces, cuando se establecían en un lugar, los sikuani acostumbraban a cazar, pescar y cultivar el conuco, por lo que fue la forma de autosubsistencia que mantuvieron en el resguardo. A medida que los colonos fueron ampliando la frontera agrícola, tierras que de a poco los terratenientes utilizaron con ganadería, y luego también con coca y algo de arroz y palma; esta economía de subsistencia empezó a coexistir con el jornal, aunque siguió siendo predominante debido a la escasez de trabajo para la mayoría de indígenas. Es probable que en esta articulación de economías, debido al carácter individual del trabajo asalariado, los indígenas sikuani de Wacoyo fueran

abandonando el Unuma, la forma de trabajo colectivo que funcionaba cuando levantaban las casas y cultivaban el conuco.

Para este momento estas actividades económicas han perdido importancia. El resguardo ha resultado ser muy reducido para cazar, pescar y cultivar, debido al acelerado aumento de la población y en consecuencia, al agotamiento de los recursos del territorio. Además, con la consolidación del trabajo asalariado en Wacoyo, propiciado por las recientes intervenciones del estado y las empresas capitalistas, los hombres, a quienes les corresponde desarrollar estas actividades tradicionales, al ser contratados, las abandonan. Ya no tiene tiempo para producir o buscar comida, pero si dinero para comprarla, aunque no siempre.

Aunque la importancia de cultivar ha disminuido, quienes aún cultivan, lo hacen en las sabanas, con cal y después de haber mecanizado*. Pero hace diez años no era así: lo hacían en algún pedazo de bosque, que primero talaban y luego quemaban para abonar el terreno, como aún hace Vicente. Este cambio ocurrió en mayor proporción, por la intervención en del ICBF, y en menor, por la de la Fundación Desarrollo y Paz.

Desde 2004, los funcionarios del ICBF encargados de las comunidades indígenas de esta zona del Meta, realizaron en Wacoyo y otros resguardos, un programa de cultivo y producción en la sabana. La intención con el programa fue proteger los pocos bosques, que con el incremento de la población, se han deteriorando. Los funcionarios consideraron que con mayor población, los sikuani necesitarían más hectáreas de bosque para talar, quemar y cultivar. Además, le dejarían menos tiempo de recuperación al terreno, lo que gastaría rápidamente los suelos y acabaría definitivamente los bosques. Con el proyecto también intentaron recuperar la autosostenibilidad alimentaria que los sikuani habían ido abandonando con la dependencia en el trabajo asalariado, que a pesar de haberse consolidado, es temporal para la mayoría de indígenas.³ Por su parte, la Fundación Desarrollo y Paz, con financiación de la Unión Europea, también desarrolló un programa de

* Arar la tierra con maquinaria.

conucos integrales, en el que trabajaron la transición de cultivos en el bosque con tala y quema a cultivos en la sabana, y con él que dieron gallinas y marranos a varias familias. Aún hay familias que conservan sus gallinas y sus marranos, pero muchas ya vendieron a estos animales.

En asociación con la granja La Cosmopolitana, una finca agroecológica ubicada en Restrepo, Meta, los funcionarios del ICBF iniciaron en 2004 el programa con una prueba piloto de agricultura orgánica en la sabana con los estudiantes del SAT.⁴ Un año después reunieron a las comunidades del resguardo y les explicaron la idea de desarrollar sistemas de producción limpia en la sabana. Según me comentó Jaime Hernández, un antropólogo que en aquel entonces trabajaba para el ICBF; a muchos de los presentes en la reunión les pareció descabellado, no creían que la sabana pudiera ser cultivable. En ese año se vincularon 15 familias, entre ellas la de Jairo y empezaron con cultivos únicamente de yuca, con la idea de transitar a policultivos. Pero a diferencia de las experiencias piloto que trabajaron con los muchachos, en las que utilizaron fuentes de abono orgánico como la mucuna, para estos primeros cultivos contrataron mecanización y utilizaron cal, lo que inevitablemente generó desde el principio dependencia en la maquinaria y el abono correctivo.

En el 2006 el proyecto aumentó a 25 familias, con las cuales estaban logrando una producción muy buena de yuca amarga, lo que permitió al ICBF mostrar que la sabana es cultivable. De esta forma iniciaron un cambio en el sistema productivo que tenían estas poblaciones indígenas. Pero en los dos años siguientes el proyecto se vino a pique. Gracias al dinero aportado por Hupecol, empresa que se vinculó al proyecto, pasaron a tener 120 familias y no 40 cómo estaba pronosticado en el proceso que previamente habían establecido en el ICBF. Jaime, con quien tuve la oportunidad de hablar al respecto, me explicó que la idea desde un principio era ir enganchando a la gente en la medida en que ellos se fueran interesando y nunca meterlos para llenar cupos, que fue lo que término sucediendo con la introducción de capital petrolero. Fue fácil convencer a la gente, mecanización al lado de la casa, cal gratis, sólo quedaba esparcir unas semillas y sale. Sin

embargo muchos no sembraron porque todos los beneficiados aún no consideraban a la sabana como un espacio productivo.

A mediados de 2008 el ICBF empezó a planear un nuevo proyecto con la intención de volver a establecer el proceso que habían planteado en un principio, aliándose a todas las instituciones que intervenían en el resguardo. La idea era que, las 25 familias que habían iniciado ~~la~~ ~~apricía~~ ~~gaca~~ ~~SA~~ s (Sistemas Agroforestales Sucesionales), un tipo de cultivo que permite integrar abonos orgánicos, frutales, maderables y pan coger; y de este modo pasar a tener policultivos no dependientes de mecanización ni cal. También, se pensó en vincular a todas las 203 familias restantes –todo el resguardo- y con ellas iniciar el proceso como se empezó con las primeras. Para este megaproyecto el ICBF y La Cosmopolitana se comprometieron con el acompañamiento y capacitación, la alcaldía con dar la cal, el abono orgánico y la roca fosfórica, Cepcolsa también con dar la cal y La Fazenda, teniendo en cuenta que tienen la maquinaria, con la mecanización. Las semillas las ponían los indígenas. Todos cumplieron con su parte, excepto La Fazenda, que vino a mecanizar hasta el mes de diciembre de 2009, cuando las semillas estaban listas para ser cultivadas en junio. Además, en diciembre sólo hicieron dos pasadas y según el plan tenían que realizar cuatro, las cuales vinieron a completar en marzo de 2010. Estos arados, al menos, fueron aprovechados por algunos como Vicente, quien ahora está expectante por su cultivo de yuca amarga y maíz en la sabana.

Aunque el proyecto no funcionó como lo tenían planeado, Jaime destaca un cambio en el paisaje del resguardo:

–Cuando nosotros empezamos a trabajar este proyecto, tú los patios los veías todos iguales, pelados y limpios alrededor, no había ni una mata, por ahí un papayo. Ahora tú ves muchos patios con su plátano, frutales, con algunas cosas que han ido sembrando. Eso ya es una cosa que uno dice ¡mire!

La lluvia pasa, me da hambre. Me han hablado que en la última casa de Chaparral hay muchos árboles de mango, no debe ser muy lejos de acá. Salgo. Después de unos metros

veo la construcción del nuevo colegio, una casa de ladrillo, alargada, con techo de zinc azul y rejas en las ventanas de los salones. Dos obreros fuman cigarrillo al lado de la mezcladora. Sigo por el camino. Paso por el frente de varios ranchos y llego a una maravillosa arboleda de mangos que hacen una linda entrada. Los de palo delgado, que llaman injertos, dan unos frutos medianos y amarillos, y los otros, más viejos y grandes, dan unos mangos rojos y desmesurados. Este patio es tal vez el caso más exitoso del proyecto del ICBF; un paisaje atípico dentro del resguardo. Gloria, la mujer de casa, me dice que puedo coger todos los mangos que quiera, que eso hay veces que caen tantos, que muchos se pudren. Cojo unos cuatro de los grandotes y me quedo un rato disfrutando de la sombra de la arboleda.

Pienso que el programa del ICBF es tal vez el más interesante e inteligente de los proyectos desarrollados en el resguardo Wacoyo. Los funcionarios del ICBF se tomaron el tiempo para reflexionar en profundidad por los conflictos del resguardo y entendieron que la alimentación de los indígenas se estaba deteriorando debido al daño ecológico y al crecimiento de la población asalariada; complejidad que no les interesa a otras instituciones. Por supuesto hubo deficiencias. Por ejemplo, los cultivos en sabana que algunos indígenas aún tienen son en su mayoría de yuca, debido a que la transición a policultivos nunca se dio, lo que parece haberse naturalizado. –Los parienticos sólo piensan en sembrar yuca, sí, sólo yuca y nada más- así me lo hizo saber Fredy, un criollo que vive en el resguardo con una de las hijas de Vicente y Margarita, refiriéndose a esta preferencia de los sikuni de Wacoyo por sembrar hectáreas de sólo yuca.

Seguramente las cosas hubieran sido diferentes sí el ICBF hubiera seguido el proceso que sus funcionarios trazaron desde un principio, claro, si no se hubieran vinculado otras instituciones como Cepcolsa o La Fazenda, que tienen esa tendencia de los “resultados inmediatos”. Es de destacar que una institución del estado haya intentado incentivar economías de autosubsistencia, como alternativa económica y política, en tanto opción para la alimentación, la conservación ambiental, la recreación social y la resistencia a las formas de explotación y marginación del mismo estado y las empresas capitalistas. Me parece que hay que insistir con este tipo de propuestas.

- ¿Usted es de Bogotá?
- Si.
- ¿Y cómo es Bogotá?
- Bogotá tiene muchos carros, motos, calles llenas de personas, mucha contaminación, edificios.
- Y qué le gusta más, ¿acá o allá?
- A mí me gusta más acá, el campo.
- ¿Y le gustaría vivir en un lugar así?
- Si.
- Cómo es la vida, a muchos acá nos gustaría vivir en la ciudad.

En el ocaso Vicente juega a bajar guamos con sus nietos. Ahora pasan unos pollos muy amarillos, y les dice –pollito, pollito, pollito.

- Vicente, ¿cómo vivía hace treinta años, cuando volvió al resguardo?
- Vivíamos como nos enseñaron nuestros abuelos. En esa época no había tanta contaminación, era bueno. En agosto trabajaba, sembraba el maíz, yuca, plátano. Y volvía a trabajar otra vez en febrero, sembraba yuca. Tres comidas. De trabajar, mío, mío. Entonces ya no le trabajaba al blanco. También sembraba caña, patilla, ahuyama, pirinoi, arroz. Pescaba, mariscaba para mantener a mi abuelita que me crió. Desde que llegué me amañé y cogí la costumbre de no trabajarle a nadie.
- ¿Cómo era la marisca dentro del resguardo?
- Había, por ahí en lagunitas, matábamos chigüiro, lapa, picure, cachicamo, pero se acabó.
- ¿Y por qué se acabó?
- Mucha gente. Ponga cuidado. Es que va alguien mariscando aquí, al rato pasa otro, al otro día va otro, al otro día va otro, entonces que animal va a pasar, se acaba. Mientras uno saque, saque, saque y no meta, se acaba todo. Ahora usted va pa' allá a esa laguna no mira

nada, nada, nada, nada, claaariiiiita. Porque si va allá a ese monte que se mira, encuentra pescado. Pero son tierras ya de los blancos, son tierras ajenas, si le dan permiso va, si no le dan permiso no.

A las 7 de la noche Vicente se adentra a dormir. Margarita se queda un tiempo más hablando con don Alfonso, mientras sus hijas parten a donde la vecina para ver un rato de televisión.

Antes de dormir, me quedo acostado en la hamaca pensando en Vicente, en la vida dura que ha llevado, en su apuesta por la tradición. Vicente nació hace sesenta años a orillas del río Meta, a unos pocos kilómetros de acá. Desde los nueve inició su estudio sobre la curación de enfermedades a través del conocimiento que le brinda las plantas sagradas del yopo y el caapi –mejor conocido como el yagé, que en la tradición chamánica de las etnias de la Orinoquía no se ingiere como bebida. Pasó una parte de su vida como vaquero en el hato Santa Fe, tierras que hoy le pertenecen al resguardo. El hato le pertenecía a Héctor Riobueno, un colono venezolano que maltrataba y utilizaba a los indígenas como mano de obra muy barata y además, les quemaba los conucos y los ranchos. Un ejemplo de la violencia colonizadora y de la expropiación de las tierras indígenas, como parte de la expansión del capitalismo y del estado-nación.

Luego, Vicente se fue a trabajar a hatos de Casanare y Arauca, a ganarse el jornal trabajando llano: poniendo alambrado, curando vacas engusanadas, y arriando y cuidando ganado. El trabajo era pesado y además recibía muchos maltratos, algunas de las razones por las que decidió no volver a trabajarle al “blanco”. Desde que volvió a la comunidad Vicente se ha dedicado a seguir sus estudios en el conocimiento chamánico, y a llevar una vida sencilla y tradicional, cultivando, mariscando, levantando ranchos, curando enfermos, criando a sus hijos. Una vida que cada vez es más difícil de mantener. Con el crecimiento de la población del resguardo y de la contaminación, propiciada por las petroleras y agroindustrias, los bosques se han deteriorado y los animales han huido, por lo que no se

puede cazar. En el resguardo las opciones de vida se han restringido al trabajo en las compañías y a las ayudas institucionales.

Vicente se consigue el dinero curando gente, pero no tiene pacientes todo el tiempo, porque la mayoría de indígenas ya no usan la medicina tradicional. Los clientes de Vicente son de Arauca y Casanare, y no son precisamente indígenas. Por eso trata de tener yuca, maíz y plátano. También en ocasiones va a las lagunas a pescar y cuenta con varios familiares que de vez en cuando van fuera del resguardo, a las haciendas del Casanare en donde dejan mariscar y le traen carne de chigüiro, lapa, cachicamo o venado. Además anda criando un marrano y tiene varios patos, que en caso de necesidad resultan ser un buen alimento. La de Vicente es una apuesta osada, una resistencia justa a la colonización de la consciencia.

En un sólo momento el cielo es tan rojo, tan azul, tan verde y la selva se estremece tanto. En un sólo momento, el sol que llega, la neblina naranja, las siluetas de la vida torneando el espacio.

Ya encontré una razón para madrugar.

Recojo el toldillo y la hamaca. Cojo mi cepillo y me voy a un tanque que ayer recogió agua lluvia. Allí Vicente, don Alfonso y yo cogemos agua para lavarnos los dientes. Margarita me ofrece un tinto, y ahora Erika, Petra y Jorge saludan y bajan hacia el caño para bañarse. El aire frío de la sabana se desvanece en el fresco humor de la aurora.

Al rato, en la noticias, dicen que acaban de liberar en la Operación Camaleón a 4 soldados que llevaban 12 años secuestrados, a falta de una semana para la segunda vuelta de las elecciones presidenciales.

—Gracias a Dios están libres. Llevaban mucho tiempo allá metidos en la selva, no es justo, dice Margarita celebrando la liberación.

Hoy Vicente salió temprano para traer algo de caapi, lo fue a conseguir donde un hermano en Manguito. Aquí en casa tiene sembrado el bejuco, pero está pequeño, por lo que no quiere empezar a arrancarlo aún. El yopo sí lo consigue en su jardín, en donde tiene varios árboles frondosos, de hojas delicadas y primigenias, que equilibran el peso de las vainas que le cuelgan; –buen yopo- me dice. Las semillas de este árbol las fermenta con plátano, luego las mezcla con limadura de caracol y las pulveriza, obteniendo un polvo rojizo que esnifa a través de unos tubos que apenas caben en su nariz. El DMT, el compuesto activo del yopo y el yagé, es una de las moléculas alucinógenas más potentes que se puedan encontrar en vida silvestre. El polvo se esnifa al rato de haber mascado algo de caapi, del que se ingiere la corteza, de sabor amargo y duradero; sólo así se obtiene un efecto eficaz de la planta. Apenas Vicente llega, reúne leña fuera de casa y la organiza para formar una hoguera. Ahora la prende y mientras espera a que el fuego se acomode, corta en varios pedazos un bejuco largote, al que le quita con un cuchillo la capa más superficial. En la hoguera asa los bejucos. Una vez calientes y algo quemados, los golpea para quitarles la corteza que luego deja secando al sol. –Estas plantas pertenecen a nuestra cultura de hace muchos años- me dice Vicente –eso es uuuuuuuu, viejo, viejo- y sonrío.

Casi todos los días Vicente masca su caapi y su yopo, se concentra y entra en el mundo de los espirituales de la naturaleza. Lo hace para conocer los anawi –como los sikuani llaman a los espíritus que causan la enfermedad- y de paso saber si él puede curarla. El otro día lo vi preparándose para recibir a una mujer enferma, no supe con exactitud de qué. Vicente pasó un buen rato apartado, seguramente mascando caapi y sorbiendo yopo, actividades de su cotidianidad que lleva de forma muy íntima y secreta. Cuando llegó la mujer la invitó a pasar a su cuarto. Yo estaba acostado en un chichorro leyendo. De pronto empecé a escuchar una bella melodía en lengua sikuani, que iba y venía, cambiaba, iba y venía; desde el cuarto Vicente dialogaba con los espirituales. Fueron cinco minutos de música, música que sana. La escuchaba leve, me estremecía. Durante cinco minutos, algo en el espacio fue tan diferente.

En la canción
la semilla de yopo
hila la espiral

Al rato salieron. Vicente consiguió una botella llena de agua y volvió a entrar al cuarto en donde la rezó rápidamente. Cuando salió le dijo a la señora de manera cariñosa y sonriente que se untará el agua en la parte afectada, que estuviera tranquila, que tuviera confianza que ella se iba a curar. No le cobro mucho, seguramente no tiene mucho dinero. –A los pobres- me dijo en alguna ocasión –les cobro menos, yo no cobro para hacerme rico, cobraré para necesidad de la casa, para mis hijos, para mis cosas.

El chamanismo y el uso la medicina tradicional se ha debilitado entre los sikuni, pero ha resultado ser muy llamativo para algunos antropólogos y lingüistas. A este resguardo han venido algunos practicantes y tesis de lingüística y antropología de universidades como los Andes, la Pedagógica y la Distrital. Sus intereses están en las costumbres cotidianas, los mitos, las historias orales, el ritual del rezo de pescado y las formas de educación, por lo que los médicos tradicionales se han relacionado bastante con estos investigadores.⁵ Aunque no han resultado ser los únicos, ni los mejores informantes, debido a que su conocimiento es secreto e íntimo y son tan sólo algunas pocas cosas las que pueden decir.

El mecanismo que algunos investigadores han encontrado es hacerse aprendiz de chamanismo. Unas semanas atrás, el capitán de Yopalito quién es chamán, me preguntó que si conocía a un muchacho de la universidad de Antioquia, un antropólogo. Le dije que no. Me contó que él estaba enseñándole sobre el uso de las plantas de yopo y el caapi. Hace poco fui a visitar al abuelo José Antonio Casolua, el único aún vivo de los tres líderes que obtuvieron la titulación del resguardo. El abuelo es tal vez el médico más anciano y más sabio de esta parte del Llano, lo que hace que sus servicios curativos sean muy solicitados en Puerto Gaitán. En su casa se encontraba un profesor universitario, un señor muy amable

que viajó desde Bogotá con su hijo para estar unos tres días con el abuelo y poder seguir su aprendizaje en el conocimiento chamánico, que inició hace unos quince años. Días atrás, también supe de la historia de William Torres, un lingüista de la universidad Distrital, del que dicen que se ha convertido en un médico sikuaní y que incluso ya tiene unas malokas para curar gente en Bogotá y Pasto. Esta historia es famosa en el resguardo y la ponen como ejemplo de rapto del conocimiento indígena por parte del “hombre blanco”.

– Vicente, ¿usted enseñaría a un “blanco”?

– No. No sabe el idioma. Los chamanes tienen que ser indígenas, propios, que sepan cómo es que pensamos nosotros.

Empieza hacer calor, mucho calor. Me doy cuenta que apesto, llevo cuatro días sin bañarme. En el anonimato me es más sencillo desprenderme de la higiene. Me cargo de un jabón, una toalla y bajo de la sabana. Luego de un pequeño tramo de pasto me interno en la espesura de la selva que es levemente traspasada por el sol: en el suelo se dibuja el tigre. Camino descalzo entre senderos de hormigas, lianas en espiral y brisas que se deslizan deteniendo las hojas. En la sombra la vida cobra sentido. Bajo unos escalones. A la vuelta aparece un pequeño riachuelo que desciende dejando atrás una corta cascada. Dos mujeres, una alta, flaca, de cara alargada y ojos amorosos, la otra muy joven, un poco más acuerpada, de labios gruesos y manos agitadas; lavan sus ropas y las de los niños y hombres de casa.

Apenas las veo pienso que tengo que esperar, me giro e intento devolverme. Una de ellas, la flaca, me llama y muy amablemente me dice que me puedo bañar, que ellas de paso descansan sus brazos. Suben y se retiran del camino. El caño queda solo para mí, me desnudo y me adentro en el manantial de espuma. Cuatro días discurren silenciosos a través de la espesura y complementan un paisaje lleno de empaques de jabón y comida, botellas de plástico y burbujas marrones que hacen al cauce más lento. En este caño, todos los días sacan agua –generalmente los soleados y sin lluvia-, varios de los habitantes de Chaparral, que de paso lavan la ropa y se bañan.⁶ Para sacar el agua que utilizan para comer y beber,

actividad que se hace preferiblemente al inicio del día, introducen un galón en el agua evitando tocar el suelo del caño para no alborotar la tierra, obteniendo así el líquido en una presentación medianamente cristalina. Cuando hace verano –durante cinco meses al año– toca caminar todos los días al caño y subir la ladera con uno o dos galones de agua cada vez que se necesite, lo que resulta bastante extenuante.

Uno de los problemas más agudos para los indígenas del resguardo es la ausencia de agua potable, debido a la inevitable contaminación de los caños. A esto se suma la negligencia institucional que se origina entre contratistas y alcaldía, entorpeciendo la finalización de los sistemas de agua potable y saneamiento básico que desde hace dos años empezaron a construir en todo el resguardo; dos años de expectativas aún incumplidas. Días atrás me encontré viniendo del pueblo a un obrero que trabaja poniendo baños en la comunidad de Corosito. Le pregunté por qué demoran tanto en la instalación de los baños. Me dijo que el proceso ha sido muy lento porque en el pueblo tardan en mandar los materiales y que de hecho en este momento esperan la pintura. En la casa de Jairo así como en la de Vicente, los baños ya están instalados y la torre de agua lista, sólo faltan los inodoros y el agua, que sacarán de pozos subterráneos. A falta de agua, el cagadero resulta ser una zona cercana en cada una de las casas, el bañadero los caños que nacen en los bosques, y la construcción un pedazo de bloque y concreto que estorba.

El inicio de la noche suele coincidir con el desagradable olor que emanan los porcinos de La Fazenda, que dicen es “la marranera de Uribe”. Pensé que la considerable distancia que hay entre Chaparral y la zona agroindustrial era suficiente barrera para el olor, pero pensé mal. Aquí como en Walabo 1, esta hora huele a mierda:

– El olor de La Fazenda, eso está mal.

Me dirá Vicente –Ponga cuidado. Cuando ese olor era constante, a los niños les dio infecciones, malestares, dolor de estómago, toz, dolor de cabeza, enfermedades hablando la verdad, gripa constante. Antes a usted le daba gripa, pero no era tan constante. Además, eso de vez en cuando se alborotan los moscos. Eso está mal, eso es contaminación. Si hablaran allá, que este pueblo, este caserío grande donde se están formando niños, sí dura por ahí

unos diez quince años así, nosotros nos podemos acabar, se mueren los niños y los ancianos. Ya han muerto dos o tres ancianos de diarrea a raíz de eso. Toca buscar una manera, pasarle un documento para que se den cuenta que están haciéndonos maldades.

En alguna ocasión pude hablar con don Clemente –también médico tradicional-, sobre esta complicada situación con la agropecuaria Aliar S.A. Me dijo que esta empresa llegó sin avisarles nada, que nunca les explicaron que es lo que iban hacer al lado del resguardo. Con el tiempo apareció el olor, que a lo largo de dos años fue muy fuerte. Debido a las quejas presentadas por el resguardo, Aliar S.A. puso unas barreras; no obstante el olor sigue llegando. A esto hay que sumarle que muchos de los desperdicios producidos por la agropecuaria y los fungicidas utilizados, son arrastrados por la lluvia a los caños y al río Meta. Para don Clemente esta situación es muy triste:

– El río va a estar contaminado, el pescado, el venado, el chigüiro, todos los que viven del agua van a estar contaminados, quedan sufriendo. Eso para mí es preocupante, no es mío, pero usted sabe, lo que es la naturaleza hay que estimar, hay que querer, porque después, así mismo uno haga el río nunca va recuperar lo que estaba.

Al día siguiente Vicente como siempre. Mascando cappi y sorbiendo yopo, solo y tranquilo, como más acostumbra a estar, bajo la sombra de los guamos. Me quedo a la distancia, observándolo.

Días atrás estuvimos en una reunión en el colegio Kuwei. No duramos mucho allí. Asistimos porque nos dijeron que iban a hablar sobre la propuesta que la alcaldía, la Secretaría de Agricultura del Meta, Sapuga S.A. y Cepcolsa tienen para los indígenas de Wacoyo de sembrar 2500 hectáreas de palma aceitera para biocombustibles, como una opción para el futuro de los indígenas. En la reunión no se tocó el tema. Vicente quería saber sobre el proyecto. Yo lo animé a que se enterará, al hablarle de los problemas ambientales que un proyecto así puede traer para el territorio del resguardo. Aparte de unos pocos comentarios sobre el proyecto, no supe más. Lo cierto es que piensan destinar un poco menos de la tercera parte del resguardo en cultivo, es decir, la mayoría del área de

sabana, teniendo en cuenta que la zona de bosque no es llana. Les ofrecen capacitaciones, un aporte financiero y posibilidades de crédito para los gastos de la producción, que sólo dará sus primeros resultados siete años después, tiempo que gasta la palma aceitera en dar fruto en estas sabanas. Los indígenas serán los administradores y trabajadores en las palmas, y serán supervisados por la palmicultora Sapuga S.A., quien además procesará en sus plantas la producción del resguardo.

Ojalá los indígenas no lo acepten. Siento que un proyecto así sería devastador. Los cuidados de un cultivo de palma en la sabana son bien especiales, y con el tipo de capacitaciones que las empresas capitalistas están acostumbradas a realizar, los indígenas no aprenderán todos los requerimientos para el crecimiento adecuado de la palma, por lo que podrían fracasar y endeudarse más, y hacerse más dependientes de las empresas que los apoyan. Estos conflictos generarían más división social entre las comunidades y sus líderes. Con este proyecto los indígenas pasarán a ser mano de obra barata dentro de su propio territorio. A lo que se suma que los fertilizantes utilizados bajarían hasta los caños y bosques y terminarían de contaminar estos importantes recursos, que ya son bien escasos. Además no hay que desconocer los cambios que este nuevo paisaje podría generar, por ejemplo, una nueva organización social basada en la distribución del trabajo en los cultivos. En estas épocas de crisis energética, el estado y las empresas han encontrado formas muy perversas para perpetuar el capital.

Además de esa reunión, en el tiempo que compartimos, Vicente no asistió a otras reuniones. No le interesa mucho la política. Ese día de la supuesta reunión por lo de las palmas fue especial, estaba interesado en escuchar, pero no más. Alguna vez quise saber su opinión acerca de la alcaldía y los programas de “responsabilidad social” de las empresas como La Fazenda, y me dijo que él no me podía hablar al respecto porque no conocía mucho, que su conocimiento es otro, el del los espirituales, la naturaleza, pero que no puede hablar de la gente y del trabajo de estas instituciones porque no conoce, aunque sí de sus efectos en el espacio. Vicente es un tipo que a medida que crece en su conocimiento místico se emancipa, pero sin ignorar las problemáticas más agudas que le tocan, la

contaminación, la corrupción, la enfermedad y la pérdida de la vida en los bosques. Vicente vive en el entorno que el yopo y el caapi le develan, ahí, en otro plano de la realidad.

Ahora cruzo algunas palabras con él, le digo que hoy voy a conocer la estación de Jaguar y le pido prestada la cicla. Me dice que me la lleve, nos deseamos un buen tarde y parto.

Km 7. Los soldados me miran pero no hacen cara de extrañamiento, ya me reconocen. El puesto militar del Alto de Neblinas hasta hace unos años era un puesto control paramilitar. La diferencia entre unos y otros, sólo está en un prefijo. Las Autodefensas Unidas de Meta y de Vichada controlaban desde aquí el toque de queda que impusieron en su régimen, entre 6 de la tarde y 6 de la mañana, momento en el que transportaban la coca. Me contaron que el que no respetara el toque, “ahí quedaba pa’ siempre”.

Un soldado me ofrece rino, una crema sacada del semen de toro, me dice que es más efectiva que el viagra. No tengo en mi billetera los 20.000 pesos que me pide. Me tomo una cerveza en una de las tiendas del Alto mientras espero al sociólogo Daniel Ballen, uno de los encargados de la responsabilidad social de Cepcolsa. Hace unos quince días me lo crucé en una reunión que realizó en el colegio Kuwei, en la que estaban presentes unos cincuenta indígenas interesados por los cupos como patieros –obreros- que tiene Cepcolsa para la población del resguardo. Ballen dijo que la intención es que la ayuda de Cepcolsa sea justa en la repartición de las plazas que ofrecen –el 33% de los puestos ofrecidos a esta zona de Puerto Gaitán, según la geografía de la empresa conformada también por las comunidades de desplazados de Santa Bárbara y Guasipati, es para Wacoyo-, de manera que una vez cumplido el periodo de trabajo, normalmente de tres meses, la persona no vuelva a ser llamada hasta que todos los demás hayan tenido su oportunidad. De todas formas nunca falta el que, por vivo, repite. Ballen pidió listas de personas por comunidad y aclaró que en los trabajos que son en sísmicas o taladros, los turnos se cumplen una vez ubicado el sitio del pozo o terminada la perforación, lo que a veces dura mucho menos de tres meses. Mientras hablaba, Wilson, su chofer, tomaba fotos de la reunión, como para que quedara

constancia, es la manía de las instituciones para demostrar que hacen trabajo social. Al final Ballen repartió mantecadas y gaseosas, los indígenas aplaudieron; después de unos minutos los que estaban más atrás se desesperaron y empezaron a gritar por miedo a que no alcanzara para ellos. Yo aproveché la reunión para presentarme y buscar la posibilidad de conocer alguna de las tres estaciones de Cepcolsa. Ballen dijo que esperara su llamada, que él me podía llevar a Jaguar.

Pasan uno, dos, tres, cuatro y unos diez camiones más que vienen y van cargados de crudo, a su paso una polvareda roja disminuye la visibilidad. Al rato llega Ballen, cachetes gordos, ojos verdes como sus brackets, risueño; aparece en una Hilux verde conducida por Wilson, un hombre alto, delgado, serio, con gafas oscuras, de camisa azul como la de su jefe. Me subo. Suena una salsa romántica, Daniel Ballen dice mirando a Wilson que la canción le recuerda a una no sé quién, que hace no se cuánto le cayó y que se la pudo acostar. Ahora me pregunta que si he, me hace un gesto rápido con los puños cerrados y jala los brazos doblados hacia atrás, con alguna guahiba. Le digo que no. Me responde que más de una de las mujeres del resguardo ha terminado embarazada por algún muchacho de ciudad como yo. Le digo que es de esperarse, que la maña de la masculinidad es la arrechera y me mira raro. De pronto me quedo pensando por qué para los chicos de ciudad, así como para el propio Ballen, lo indígena resulta un tema de sexualidad. Inevitablemente la diferencia es sexualizada, y sin duda está ha sido una de las formas de dominación –¿penetración?– de lo indígena. Ahora me distraigo con la profunda llanura, que de un momento a otro empieza a ser un inmenso cultivo de palmas aceiteras muy pequeñas, pertenecientes a Sapuga S.A, la empresa palmicultora más grande de esta parte del Meta.

Quince minutos después desviamos hacia el oriente, al final de la trocha está la estación de Jaguar. Antes de entrar me pongo mi chaqueta impermeable que es la única prenda que tengo de mangas largas, uno de los requerimientos de seguridad industrial para obreros e ingenieros. Gracias al desinterés del vigilante pude entrar sin botas, gafas y casco. Dejamos a Ballen en la oficina y damos una vuelta por la estación. Jaguar es un conjunto de piscinas y tanques cilíndricos de 8 metros de alto, en el que se separa el crudo proveniente de los 24 pozos de la estación, de minerales y tierra, para enviarlo posteriormente hasta un

sistema de bombeo que lo empuja por un oleoducto que va a Maní, Casanare. La tierra separada y la tierra obtenida en bioremediación –una zona de la estación donde separan la tierra y el agua contaminada de crudo en derrames por accidentes- es utilizada para abonar las reforestaciones que Cepcolsa ha hecho como parte de su responsabilidad social y ambiental. El agua obtenida en estos procesos de separación la “purifican” y la devuelven a los caños del llano. ¿Es que acaso se puede obtener agua potable derivada del petróleo, que difícilmente altere la vida de los ecosistemas de la sabana? En alguna ocasión hablamos con Vicente sobre la contaminación del petróleo. Me contó que por aquellas épocas en que trabajaba en tierras casanareñas, vio como los peces, el ganado y varios animales del monte se morían cuando bebían de las aguas del río Charate, contaminado al estar en una zona de incidencia de un oleoducto. Dudo, entonces, que estas aguas “bioremediadas” no tengan algún tipo de impacto.

En aquella ocasión Vicente me habla con seriedad sobre la “destapación” de la tierra:

–Aquí esta tierra es una cosa que dejó nuestro señor, naturaleza. Y eso que están sacando, la sangre que dejó eso subterráneo; ese aceite de la tierra, eso es para tener más energía. Van a sacar esa sangre y va a quedar vacío. Hace quince veinte años donde no ha llegado esa gente, no sentíamos como estamos sintiendo hoy en día, producto de ese gas, es un gas que bota, es una cosa natural que está enterrado, que destapa mucha contaminación. En nuestra tierra, donde era sano, hoy en día está contaminado afuera como aguas, por culpa de esa destapación. Eso he visto yo que así es. Y calor. Porque hace quince años, veinte años pongámosle, ese calor que sentía no es igual hoy en día, es que hace quince años no más cuando no había destapado tantos pozos, hacía calor sí y no era tan picante. Hoy en día es que no aguanta un sol, yo creo que usted lo ha sentido también. Entonces eso es lo que yo pienso, estamos hablando de una cosa seria, de una cosa que no es de nosotros, es de espiritual de naturaleza. Para ellos, los que vienen a sacarlo, como sólo han estudiado para eso, para ellos solamente es plata, pero no están pensando en el golpe que trae a largo tiempo. Pongámosle, unos quince veinte años se acaba esto, queda como el desierto, porque se acaba y de pronto explota o hay derrumbes, porque cosa que tenía energía puede derrumbar. Esto es lo que yo he visto en mi estudio, lo que yo en las concentraciones,

estudiando la atmósfera, el mundo donde están los espirituales y la tierra, he visto. La tierra es ser vivo y le están quitando la fuerza.

Vicente me ha ayudado agudizar mi mirada sobre el conflicto por los recursos naturales. Las empresas capitalistas en articulación con la alcaldía están haciendo que cada vez más los indígenas necesiten de sus ayudas: acaban los recursos, deshacen la economía de subsistencia de los indígenas y al tiempo, desarrollan programas de “responsabilidad social” y proyectos productivos. Ellos mismos se encargan de crear las condiciones para sus intervenciones, así hacen que la articulación de la población de Wacoyo al capitalismo y la modernidad esté asegurada, por supuesto, ocupando el lugar marginal e inferior que históricamente han tenido.

A diferencia de la experiencia que tuve en Walabo 1, aquí en Chaparral, con Vicente, encontré perspectivas mucho más críticas sobre la explotación petrolera y agroindustrial. Su trabajo místico con los espirituales deriva en una poética ambientalista que desafortunadamente, con el decaimiento del uso de la medicina tradicional y la pérdida de autoridad de los chamanes, no tiene incidencia entre los indígenas.⁷ Pero Vicente, con algunos otros chamanes, encarna a partir de sus prácticas y sus discursos chamánicos esta visión crítica y problemática de su espacio, y de la intervención que en él está ejerciendo el “hombre blanco”.

Esta narrativa ambientalista emerge en el conocimiento y la experiencia chamánica, y en la apertura de la percepción física y metafísica con el uso ritual y cotidiano del yopo y el caapi. Esta poética no plantea una lucha concreta ni una oposición práctica y directa hacia las agroindustrias o las petroleras, pero inevitablemente está estableciendo una resistencia hacia los nuevos modos de producción.

Ahora le pregunto a Vicente por su futuro, por sus sueños. Se ríe un rato antes de contestarme.

– Ya que están prometiéndome tanta ayuda, yo quisiera como que me ayudarán también. Con un político que mi hija conoce, como que se va a lanzar a la alcaldía, de pronto. Por ahí para hacer un negocio es por paciencia, pero si se no para un consumo sí, porque si uno no cría animalito no hay nada que comer. Mi pensado es tener una finca, que se va a llamar el Guamo de Vicente y criar animalito. Y se ríe.

Así como están las cosas la ayuda es de los pocos caminos que tienen para tener comida al futuro. Sin bosques y sin cacería hay que criar animales; y sin plata hay que bregar a que den en algún lado para tener la comidita. Tal vez por esto de la crítica no se plantea como una oposición práctica y, aunque Vicente no guste trabajar para el “blanco”, sabe que una ayuda vendría bien: el estado y el capital produciendo necesidades, antes inexistentes.

De noche, desde el patio de la casa de Vicente

El horizonte

fluye como magma

en una hilera de camiones

Notas

- ¹ En el primer capítulo del libro *Historia de Orocué* (1997) «Achaguas, guahibos y sálivas», Roberto Franco García destaca el nomadismo de los guahibos como la forma de resistencia más exitosa hasta el siglo XIX, cuando se fundaron varios hatos en el bajo Casanare y el Vichada. Durante ese siglo estas bandas cazadoras y recolectoras se refugiaron en las selvas y sabanas del Vichada y de la zona más oriental del Meta, que sólo empezaron a ser colonizadas en las primeras décadas del XX, y con intensidad, en la segunda mitad de este siglo. Desde esta perspectiva, el nomadismo fue una forma de resistencia que aisló a estos indígenas durante todo el siglo XIX y quienes sólo hacia finales de ese siglo empezarían a tener mayores relaciones con el “hombre blanco”. Fue en estas relaciones y en las relaciones interétnicas con los piapocos, achaguas y sáliva, que los guahíbos, en especial los que vivían por temporadas en las orillas de los grandes ríos fueron adoptando la horticultura (Gomez 1991).
- ² En alguna ocasión don Clemente, un chaman de la comunidad de Chaparral, me comentó que él alcanzó a vivir cuando eran semi nómadas. Me contó que se movilizaban por algunos meses o un año, cazando, recolectando y pescando, hasta que llegaban de nuevo a un lugar en el que antes se había asentado. El conocimiento de la geografía y de los recursos naturales por parte de estas poblaciones semi nómadas era muy preciso, lo que fue una ventaja frente a las colonizaciones.
- ³ Por ejemplo, en empresas como Cepcolsa, la oferta laboral para el resguardo es limitada, por lo que definen un periodo de tiempo de trabajo por indígena, normalmente de 3 meses.
- ⁴ El SAT (Sistema de Aprendizaje Tutorial) era administrado por las hermanas de la Consolata, quienes en aquel entonces se encargaban de la educación del resguardo.
- ⁵ Algunos trabajos producidos sobre los indígenas de Wacoyo por egresados de la Universidad Pedagógica y de la Universidad de los Andes en Imbrecht y Galván 2009, Jiménez 2008 y Piñeros 2008.
- ⁶ En invierno, para evitar la molestia de cargar el agua desde los caños, que están en los bosques y quedan distanciados de las casas que están en la sabana; se utiliza el agua lluvia.
- ⁷ Con la emergencia de los líderes políticos (gobernadores, capitanes y representantes al concejo del municipio), la autoridad tradicional de los chamanes perdió su lugar.



Jairo finaliza un tapi aplicándole tintura.



Jairo junto a Lina Moreno de Uribe cuando era primera dama, en Expoartesanas 2006.



Cultivo de yuca amarga en la sabana en el resguardo Wacoyo.



Por la sabana Vicente lleva del conuco yuca y leña.



Vicente asando caapi.



Maicon sostiene en sus manos un cachicamo recién mariscado.



Lelio posa con un Amarillo de 20 libras que acabamos de pescar.



Lelio poniendo un malla en una orilla del río Meta.



Alberto sobre Macoy antes de la tarde de coleo criollo en Guadalupe.



Alberto ordeñando muy de mañana.

Lelio

Esperaba por unos mapas en la Casa de la Cultura, en donde ahora funciona la alcaldía. Él se encontraba allí, en el rincón, estaba sentado, tenía sus alpargatas negras, un pantalón remangado y cogía entre sus manos un casco pequeño para moto. Uno de los funcionarios de turismo lo señaló, me dijo que era Lelio Carvajal, el pescador de la copla, que hablará con él que seguro me podía ayudar. Me le acerqué, cruzamos algunas palabras, me dio su número y me dijo, con una sonrisa noble, que cuando quisiera ir por el río lo llamara.

Ahora me encuentro en su canoa. Vamos hacia las bocas del Manacacías, como llaman a la desembocadura de este río en el caudaloso Meta. Allí pasaremos varias noches poniendo calandios y mallas para la pesca. Lelio fuma un cigarrillo con su mano derecha y sostiene el manubrio del Yamaha 20 con su mano izquierda. Mira serio hacia adelante cobijado por el movimiento. Los chiriguales y los gavilanes vuelan sobre el río, lo cruzan y mecen las copas los árboles. Las nubes, como queriendo dejar de ser nubes, se hacen largas y anchas, no se arremojan, le dejan con respeto un espacio al sol. Lelio se acerca a la orilla y toma un pequeño cauce que nos lleva hacia el derechazo. Cuando el río crece hace brazos que acortan el tiempo de los navegantes. El bosque merma y se mete en el agua tomando su baño de invierno. Lo traspasamos, de tanto en tanto agacho la cabeza para no ser golpeado por las ramas de los árboles, que a esta altura se retuercen, se sobregiran, forman complejos y saturados movimientos que llenan de misterio las aguas. De repente, al fondo, de nuevo el Manacacías, justo a pocos metros de abandonarse en el Meta para hacerse grande, ancho, turbulento y espumoso.

Tomamos el Meta corriente a favor. Después de quince minutos paramos en la orilla noroccidental, justo donde han encallado una gran cantidad de palos. Lelio prepara un

nailon, le pone un anzuelo pequeño, lo carna con un gusano y lo mete en la palicera. Pocos minutos después jala y saca un pescado pequeño, baboso, de cola larga, al que llama cuchilla. Lo hace de nuevo unas cinco veces. A medida que va sacando los pescados los va poniendo en un recipiente que tiene varios agujeros en su costado y agua a la mitad. Ahora me mira y me dice –no cualquiera sabe sacar calocha*. Cerca de la palicera, en un árbol al que tan sólo se le ve la mitad, Lelio tiene un nailon amarrado. Nos acercamos al árbol, jala el nailon, saca un anzuelo grande que rápidamente carna con un pez cuchilla y dice en voz alta – anzuelo tráeme un lechón.

Cruzamos el río. Una serie de palos de cuatro metros de distancia entre cada uno, sobresalen en la orilla. Lelio apaga el motor y empieza a canaletear. En cada uno de estos palos tiene amarrado un nailon con su respectivo anzuelo, de calibre más pequeño al anterior. Para en el primer palo, coge un pez cuchilla y lo corta en tres. Ahora toma uno de los pedazos de pescado y lo inserta en el primer anzuelo. Así hace con los seis palos a los que, una vez carnados, les habla para que atrapen un pescado esta noche. –Bueno esto es lo de hoy a ver cómo nos va- me dice mientras maniobra río abajo. El horizonte se abre a un atardecer ardiente, que quema las copas de los yarumos y hace aparecer a las garzas solitarias, las bandadas de loros y un centenar de libélulas casi invisibles. Vamos, en nuestra pequeñez, fundiéndonos en la vastedad del río y la selva.

Llegamos a la ranchería de Mono Guerra, un colono que lleva viviendo cincuenta años a orillas del Meta. Esta ranchería, como las demás, se eleva un metro y medio del suelo, lo suficiente para que el río no la anegue en invierno. Nos bajamos de la canoa. Yo me quedo un rato, al lado de un totumo, mirando los últimos rayos de luz sobre el río. De abajo viene un barco, aún no lo veo pero su presencia ya es ensordecedora. Es un barco de carga, cálculo que lleva unas doscientas cabezas de ganado. En la ranchería nos encontramos a tres aserradores de Guadalupe. Muy amablemente nos ofrecen de su comida, un poco de arroz y pescado que disfruto a luz de la vela. Nos cuentan que están cortando unos caimos, que van a utilizar para las varetas** de un corral. Al rato dos de ellos se paran, guindan sus

* Peces para carnada.

** Palos de madera que cercan los corrales y las mangas de coleo.

hamacas y se preparan para salir a postear una lapa. –El hombre le va a ser frente a los zancudos, como puro criollo- dice Lelio de forma amistosa.¹

Lelio nació en Orocué hace unos 45 años. De niño hacía pullas pequeñas que utilizaba para flechar pescados en los caños. También jodía harto con el ganado, jineteando caballos y toreando mautes* –porque para los antiguos uno tenía que aprender por ley. Estudió hasta quinto de primaria cuando echó a poner la vaina más dura. Su adolescencia la pasó trabajando llano en varias fincas de Orocué, en Cabiona, El Piñal, entre otras, recogiendo vacas y mautes a varios finados. A los 17 años dejó su tierra para trabajar en Carimagua, cuando era, según me contó, un centro de investigación de extranjeros.² Allí aprendió sobre las semillas de los pastos brachiaria, que seleccionaban para exportación y para el mejoramiento de la ganadería extensiva del Llano. Hasta que un día por un ataque guerrillero tuvo que salir de allí. En ese entonces, por el conflicto armado, no había mucha ganadería en esta parte del llano, por lo que terminó en San Miguel recogiendo y organizando pescado.

Cuenta que llegó a Puerto Gaitán en el noventa, con una pala, una pica y una muda de ropa, y echó a trabajar en la construcción del acueducto. Se vino porque había escuchado que en Gaitán estaba bueno el trabajo. En ese entonces el pueblo se limitaba a un conjunto de casas que rodeaban el parque Guadalupe Salcedo. Recuerdo a Lelio diciéndome que esto era pequeñito, que donde él vive ahora era un estero, que más allá era sabana y que cuando pasaba por ahí miraba los patos güirirí. Trabajó unos dos años en construcción. Un día de esos se hizo conocer por un administrador, que le vio, según cuenta, “sangre llanera”. Lo pusieron a enlazar unas vacas y, a pesar que llevaba varios años sin montar a caballo y sin lanzar una gaza, no peló el nailon. Desde entonces trabajó llano los fines de semana en una hacienda cercana al pueblo.

En los días de pesca, Lelio suele acostarse temprano. Guidamos nuestras hamacas y antes de dormir, ya entrados en el toldillo, compartimos un último y silencioso cigarrillo.

* Becerros machos de un año o un poco más, que pueden llegar a pesar unos 250 kg.

–Don Sergio, ¡a levantarse!- escucho una voz gruesa, entre sueños. Al rato me doy cuenta que es Lelio quien me habla.

Deben ser más de la cinco, es hora de ir a revisar las mallas y los anzuelos. Me paro rápido, organizo el toldillo y la hamaca y voy a la canoa, donde Lelio me espera mientras se lava los dientes. Hace frío. El Meta discurre, no ha parado a dormir. Me lo hace saber una mata de plátano y un tronco de medio metro de ancho que se dejan llevar lentamente por el cauce. Lelio me dice que el invierno ya debe estar haciendo estragos arriba. Cruzamos el río, apaga el motor y canaletea hasta una entrada en donde tiene puestas un par de mallas. Mete el canalete en el agua, hace un movimiento de palanca y saca la primera. Ni un pescado. Hace lo mismo con la otra. Nada. –Blanqueados por acá- dice un poco serio. Ahora vamos hacia los anzuelos. Ya de lejos los mira y no parece muy esperanzado, ninguno de los nailons se mueve. Y sí, los revisa y nada.

Vamos de nuevo a la ranchería, allí Lelio toma un par de cosas y partimos hacia el pueblo. De subida pasamos por el árbol donde ayer Lelio dejó un anzuelo con un cuchilla, pero tampoco parece haber nada. Seguimos adelante, cuando de pronto se mueve el nailon estrepitosamente y asoma el lomo de un pescado. Nos devolvemos, para la canoa enfrente del árbol, jala un poquito y sí – acá hay un bicho, es un bicho grande, dice con alegría. Termina de jalar y saca del agua a un monstruo acuático de veinte libras al que llama amarillo*. Es de bigotes largos, ojos grises, cuero grueso y amarillento y tiene unas branquias más largas que mis dedos –Aquí estuvo lo de hoy; así es la pesca, nos íbamos a ir sin revisar ese anzuelo, pero ese salió como diciéndonos llévenme. En Gaitán le pagan a 4.000 la libra, por lo que con el Amarillo van 80.000 pesos, apenas pal' diario.

* Otras especies que se pueden encontrar en el río Meta son: blanco, sapuara, bagre rayado, bagre tigre, palometa, yaque, yamu, valentón, dorada, etc.

– Lelio, ¿cómo empezó a pescar en el Manacacías?

– Un día hablando me invitaron aquí por el Manacacías arriba a pescar, y yo como era con ganas de conocer los ríos pa’ escudriñarlos y pescar, entonces les dije que claro. Conocí hasta por allá al Melúa en ese viaje. Todo eso lo anduvimos, ya comencé a conocer los ríos, a dialogar con los pescadores de acá. Entre diálogos decidí caerle al río otra vez, entonces volví a pescar. Ahí comencé a pescar, a pescar, pero a canalete, yo me compré una canoíta de remo y a volar canalete, y así dure pescando varios años. Al tiempo me fui con un socio que tenía motor y duramos pescando harto tiempo. A ese amigo que fue socio de pesca, le llegaban en verano turistas; en esa época ya echaban a llegar turistas pero regaditos así. Entonces me invitaron un día como cocinero a cocinarles la comida a los turistas y fui. Esos turistas como me vieron pinta de criollo, que me gustaba la pesca y la vaina, al año siguiente me hablaron para que los acompañara a pescar, ya no a cocinar. Pero yo no tenía ni motor ni canoa ni nada. Dije no yo tengo que ponerme a trabajar, ahorrar para comprar el motorcito. Me puse y pesqué por allá en las bocas del Manacacías como un mes, mandado pescado sin venir a arreglarlo, sólo mandaba el pescado para acumular plástica. Y así me compré el primer motor. Quede debiendo como unos doscientos mil. Ya echó a llegar turistas y con ese motor trabajé con ellos y así empezaron a conocerme.

– ¿De dónde?, ¿a qué venían a Gaitán?

– Turistas que les gusta la pesca, puros pescadores deportivos de Medellín, Armenia, Bogotá. Y pagaban muy bien el día. En esa época, con el motor, pagaban 60 mil pesos el día, libres. Eso fui y trabajé diez días, y traje plata para acabar de pagar el motor. Entonces seguí dialogando con el turismo, pero con el tiempo ya echó a llegar menos. Hubo una época pesada, como en del 2000 al 2005, cuando hubo ese conflicto de paras. Se dañó el orden público y Puerto Gaitán estuvo muerto esos años.

Antes del boom desarrollista, en Puerto Gaitán no existía una estructura de prestación y consumo de servicios turísticos, lo que no resultó ser un requisito para que turistas, en especial, familias de clase media alta interesadas en la pesca deportiva encontrarán en la geografía de este municipio un escenario para su entretenimiento ocioso. En ese entonces Lelio ya navegaba el Manacacías, el Meta y el Yucao. Dedicándose a la pesca artesanal

conoció la opción de trabajar como guía del río para turistas. Pero fue algo efímero que sólo hasta ahora empieza a consolidarse.

El turismo masivo en Puerto Gaitán es un fenómeno reciente. Los cuantiosos recursos de regalías petroleras, que aumentan cada año, han sido utilizados desde la alcaldía, en parte, en la producción de una infraestructura turística que tiene su punto de partida en la imagen de *El Paraíso Natural*, y sus actos más concretos en el crecimiento de la oferta hotelera, los restaurantes, la pavimentación total de la vía Puerto López-Puerto Gaitán – ahora con la intención de hacerla doble calzada-, la planeación y puesta en marcha de ambiciosos proyectos como el del malecón turístico, el crecimiento de la demanda turística, en especial, en la época de vacaciones de final e inicio de año cuando se realiza el Festival de Verano, entre otros.³ Si bien el atomizador de turistas de Puerto Gaitán es este festival, en la época vacacional de final e inicio de año, las playas del río Manacacías, el avistamiento de toninas* y el sol veraniego del llano –que aparecen en los folletos y brochures turísticos como parte de los atractivos del Paraíso Natural- resultan ser buenos planes para los turistas. En esta época vacacional Lelio deja la pesca y se dedica a transportar turistas a las bocas del Manacacías para mostrarles las toninas, y de pasó ofrecerles una tarde de baño en las playas de este río y el Yucao. En los dos últimos años esto ha resultado ser un negocio familiar. Justo en las bocas, la cuñada de Lelio monta una tienda en donde ofrece comida y cerveza para los visitantes, por lo que siempre que lleva turistas les hace la parada.

En la tarde, tomamos de nuevo el río rumbo a las bocas. Nos acompaña una pareja de bogotanos que están de turismo en el pueblo, del que conocieron en la feria de las colonias que recién ha pasado. Contactaron a Lelio gracias a un funcionario de la alcaldía, desde donde acostumbran recomendarlo como guía del río. Cuando conoció a Oscar Bolaños en su primera administración (2002-2005), siendo presidente de la asociación de pescadores de Puerto Gaitán –Asopesga-, Lelio empezó a tener mucho contacto con la alcaldía. Según cuenta, el alcalde lo vio con ganas de luchar y progresar, por lo que siempre que conocía de alguien que quería ir al río lo buscaba; lo que terminó volviéndose una costumbre entre los

* Delfines de agua dulce.

funcionarios de sus administraciones, quienes además lo reconocen como un hombre típico de la llanura de Puerto Gaitán. Recuerdo como Sandra, la encargada de turismo en la administración de Oscar Bolaños, me habló de Lelio; lo describió como un gran patrimonio del municipio, un hombre netamente criollo que se crió en el río, un cuentero de leyendas y aventuras, lleno de costumbre y tradición llanera. A partir de su relación con la alcaldía, Lelio ha establecido otros contactos. Uno de ellos es una agencia de viajes en Villavicencio, que ocasiones le manda grupos de turistas a quienes atiende por 150.000 a 250.000 pesos el día, según las horas en el río.

Lelio conduce la canoa sin hablar mucho con los bogotanos, quienes observan a los martín pescador jugando en las orillas, planeando a grandes velocidades sobre las aguas y en ocasiones zambulléndose. 20 minutos observando el dosel de la selva, viendo las garzas, escuchando los araguatos*, mirando a las golondrinas y a los tijereteos formando en su cardumen celestial. Llegamos a las bocas del Manacacías. Lelio levanta un poco la cabeza, me dice que probablemente a esta hora del día las toninas estén en las bocas del Yucao, a menos de cinco minutos de aquí. Vamos hasta allí, apaga el motor y nos quedamos un rato a la deriva del cauce. Miramos para todos lados esperando ver algún movimiento en el agua, pero nada. Lelio pone sus manos algo arqueadas en ambos lados de la nariz y la boca, y empieza a producir un sonido agudo y nasal; es su llamado a los delfines para que aparezcan ante los turistas. Pasan un par de minutos y de pronto escuchamos una fuerte respiración cerca a la canoa. En el agua se alcanza a mirar el lomo gris de uno de los cetáceos. ¡Guuaaoo! gritan los bogotanos, admirados, felices. Alrededor nuestro empiezan salir otros delfines, uno de ellos es una cría, muy juguetona, que salta y salta cerca a la canoa y nos divierte. Duramos unos diez minutos allí asombrados con la magia de estos seres fluviales. Estos animales son tal vez el “producto” –por usar el término del lenguaje turístico- más llamativo en el paquete del *Paraíso Natural* y el Puerto Gaitán turístico. En la alcaldía de Puerto Gaitán tienen la idea de adiestrarlos para que los turistas nunca pierdan el viaje a las bocas del Manacacías, ya que tan sólo se pueden observar en momentos muy precisos durante el día.

* Monos aulladores.

De vuelta por el río, Lelio nos cuenta sobre el Mohán:

– Él es el amo de los pescados que existen en el río. A muchos se les presenta como un hombre, un hombrecito barbadito. Donde cae hace sonar el agua como si fuera grandísimo, si hay un pescador que él no quiere que pesque en ese sitio, va y le desarma un calandio o va y se lo recoge y se lo deja amarrado a la pata del palo. Así también hace con la malla. Hay unos que lo han visto botarse de las ramas arriba, él se mira chiquitico pero cuando cae suena el estruendo del agua prruunn, grande.

Cuando habla no exagera su acento, pero tampoco lo disimula, ni siquiera para intentar un trato más elegante con los turistas, como suelen enseñarles a los guías, meseros y botones. En su experiencia con los funcionarios de la alcaldía, muchos de otras partes del Meta, y con los turistas, ha aprendido que –a las personas les gusta que uno hable así, como criollo-. Su condición de nacido en la llanura, lo que lo ha acostumbrado a tener un acento golpeado y a escuchar y conocer las historias del llano; ha resultado ser de mucha utilidad en el manejo de los turistas e incluso, en su relación con el alcalde y los funcionarios de sus administraciones. El lenguaje se ha fijado como una característica de la diferencia cultural, y Lelio por experiencia a conocido que ese lenguaje que lo distingue como criollo, resulta ser muy llamativo para los turistas, que al haber sido seducidos con la imagen de *El Paraíso Natural* vienen esperando interactuar con los “nativos”. Ahí está la diferencia cultural siéndole útil a Lelio.

Lelio cobra a los turistas 120.000 por paseo. La tarifa normal para ir y mirar las toninas está entre 80.000 y 90.000 pesos, pero Lelio, por ser un narrador de historias, por tener un motor 20, por lo tanto ir despacio y dejar apreciar el río y la selva, y por ser uno de los pocos motoristas del pueblo que conoce la rutina de las toninas, y además saber llamarlas, cobra más. Es lo justo. En alguna otra ocasión llevábamos a otros turistas. Cuando llegamos a las bocas había dos voladoras. Llevaban como 15 minutos buscando a los delfines, ya se iban a ir. Uno de los motoristas se acercó y le pregunto a Lelio donde estaban las toninas, él le respondió que esperara. Al rato aparecieron los cetáceos en donde habíamos parado la canoa, los otros motoristas se acercaron y se quedaron unos dos o tres minutos más y se

fueron. Nosotros nos quedamos mucho tiempo más. Lelio ha aprendido que un mejor servicio es más caro.

– La gente acá bregando con acabarlas y los turistas con querer mirarlas. Como son las cosas.

Dice un pelado, 15 años, rubio, que anda por estos días con su padre pescando por el Meta y el Yucao. Lelio me explica que antes, en ocasiones, los pescadores mataban a las toninas cuando les rompían las mallas. Además, se molestaban mucho con estos animales porque siempre les quitaban las carnadas de los anzuelos. Pero ahora la población de cetáceos ha crecido gracias a la normatividad que evita que maten a estos animales y la visibilización que ahora tiene por ser un “producto” para el turismo.

–Y sí, las toninas son muy dañinas pero a mí me han dado mucha plata. Me dice ahora sonriendo.

Hoy en la mañana Lelio ha hablado con uno de sus hermanos de Orocué, también pescador, y se ha enterado que por allá está pasando una subienda de sapuaras y sardinas. Calcula que en unos cinco días pasarán por acá, por lo que desde ya vamos a ir a coger puestos para atrapar estos pescados. De paso, espera que en estos días sigan cayendo los bagres, como hoy que cogimos uno de seis libras, y los blancos, de los que también nos llevamos varios. Pero la vaina está dura. Llevo acompañando a Lelio una semana en el río y hemos tenido jornadas muy difíciles, de mucha lluvia, mucho frío y sin pescado. Así es la pesca, dura y en ocasiones frustrante. Alberto, otro amigo criollo, también se dedicó un tiempo a la pesca, de hecho por algunos meses tuvo a Lelio –a quien llama zancudo- como compañero de pesca. Él que es todo un obrero del Llano, me ha dicho en repetidas ocasiones que la pesca es un trabajo pesado.

Por lo pronto, Lelio tiene esperanza en el turismo, en varios proyectos que tiene con la alcaldía, en la venta de sus cd's y en la posibilidad de salir elegido como concejal del

municipio en las próximas elecciones. Ya lo ha intentado en dos ocasiones. En las elecciones de 2007 obtuvo 81 votos, estando a tan sólo 15 de obtener la curul. La idea se la dio Oscar Bolaños en su primera alcaldía y desde entonces lo ha intentado, me cuenta que para demostrar que él no sólo sabe de pesca y del río, y que su inteligencia, aunque no tiene estudio, vale mucho, por lo que puede manejar proyectos en beneficio de la comunidad: –Yo no sólo pienso en vivir toda la vida del río, espero poder tan solo pescar más leve, pa’ no tener que aguantar en el invierno tanto zancudo- me dice con esperanza en el futuro.

–Ya está mermando. Dice Lelio mientras mira al Manacacías. La pesca se va a poner buuuueena.

Embarcamos en la gasolinera del río, donde acostumbra a parquear su canoa. Mientras llenamos el tanque con ACPM, llega también a tanquear un Yate: sillas de cuero blanco, 2 motores –un 150 y un 90 fuera de borda-, 3 cañas de pescar Carpenter, parabrisas, timón de brillo planteado. Tres bogotanos, uno con gafas Ray-Ban, otro con arete, los tres con cadenas de oro y ropas muy limpias, hablan algunas sonsadas en inglés, se ríen. En la proa tres niños con chaleco, 7, 12, 14 años, miran aburridos la nada, como queriendo no estar con sus padres.

– ¿Le gustaría tener un barco así? Le pregunto a Lelio mientras vemos al yate desaparecer en el río.

– Alguna vez el alcalde me dijo que me ayudaba a tener uno así. Pero pues eso es muy caro, tendría que pagarlo todo él. Pero ponga cuidado que yo voy a componer una falquita para el turismo, con unas sillas rimax replegables, un televisor para pasarles videos de la llanura y unas buenas varillas, que si la persona quiere guindar su hamaca lo pueda hacer. La voy hacer para la temporada que viene.

Y otra vez el río, el viento en el rostro, el celeste de la tarde sabanera y las aves, cuantos colores de plumas, cuantas estrategias de vuelo.

Y entre tanto

El cielo
teje la brisa
en la mariposa

La primera parada es la ranchería de su amigo Leiton, de quien fue socio de pesca durante un tiempo. En el rancho de palo vive un hombre anciano, aún muy trabajador, al que Lelio le llama Chorote. Es de los lados de San Martín, pero vive por acá desde la década del ochenta cuando vino a sembrar arroz a las islas del Meta. Lelio toma un chinchorro, una malla alargada que se toma de los extremos para coger calocha en las lagunas que va dejando el río o en las orillas. Se acerca a la orilla, lo bota y rápidamente lo trae de nuevo hacia él. En la malla quedan varios pescaditos pequeños que resultan ser buena carnada.

Nos montamos en la canoa y al río. La luz se hace tenue, no demora la noche. En la orilla noroccidental del Meta, justo enfrente de las bocas del Manacacías paramos. Pone unos cinco anzuelos carnados con pedazos de pescado. Mientras clava los palos en el lodo de la orilla fumamos cada uno medio tabaco, intentado espantar con el humo a los cientos de zancudos que acechan. Ahora nos dirigimos a un barranco altísimo que se encuentra en la otra orilla, unos 200 metros más delante de la desembocadura del Manacacías. En la mitad del abismo un árbol de yopo levita evitando el vértigo. Muy cerca de unas mallas que Leiton ha puesto a quien Lelio le había avisado de la subienda de sapuaras, pone las suyas. Me dice que por esta parte les gusta pasar a las sapuaras y que además la mejor forma de pescarlas es con malla. Aprovecha un par de palos que están clavados en el barranco para extenderlas. En uno de los extremos de las mallas amarra varias piedras pesadas, en el otro pone varias botellas de plástico vacías, de manera que estas la hagan flotar. Deja allí dos mallas de unos cuatro metros de largo cada una y subimos a canaleta por la misma orilla. En una entrada del río llena de árboles inundados pone un calandio, un cable de unos seis metros del que cuelgan unos ocho nailons con su respectivo anzuelo. Carna cada anzuelo.

El cielo se desvanece en un azul oscuro, en el río sólo se distinguen la sombras.

Nos devolvemos a la ranchería. Para cruzar de orilla Lelio prende y apaga en varias ocasiones su linterna, haciendo evidente nuestra presencia en caso de que algún barco o voladora ande navegando el río. Llegamos y tomamos un tinto que nos ofrece Chorote. Mientras lo degustamos, Lelio me dice que mañana debemos pasar por la ranchería de su hermano Gabriel a quien, por ahora, le puso a sembrar unos 250 palos de majagüillo, que debe entregar para un contrato. Los van a utilizar para arborizar los parques y avenidas del pueblo. El contrato es directamente con el alcalde y consiste en hacer semilleros de unos 1000 majagüillos y unos 2000 cedros llaneros o saladillos, otra especie nativa de la Orinoquia. Algunos de estos árboles serán para el hotel que el alcalde Oscar Bolaños tiene en la entrada del pueblo, que por ahora lo utiliza como parqueadero de camiones, pero que pronto pondrá en funcionamiento.

Mientras Lelio me habla recuerdo que, según las monografías que existen sobre Puerto Gaitán, los primeros colonos que llegaron a estas tierras, en la segunda década del siglo XX, fundaron el pueblo con el nombre de Majagüillal, en honor al majagüillo, un árbol maderable que se encontraba a orillas del Manacacías.⁴ Ahora, como parte de la política de embellecimiento del casco urbano y de escenificación de *El Paraíso Natural*, van hacer reforestaciones con una especie que revive la historia del municipio, un gesto sublime de memoria que nos recuerda que la colonización de los Llanos aún está en marcha.

La colonización campesina, que en Puerto Gaitán tuvo intensidad a partir de la década del 60, redujo los bosques, formó grandes extensiones de sabana y desplazó a los indígenas hacia el oriente del municipio y hacia el Vichada. Estas bienhechurías pasaron a ser propiedad de terratenientes, esmeralderos particularmente, quienes seguramente las legalizaron para producir carne con ganadería extensiva, el único modo de producción que hasta hace dos décadas se concebía para estas tierras.⁵ La utilización de las vegas del río Meta para cultivos de arroz, fue en Gaitán un proceso de colonización más reciente (finales de la década del 80, década del 90), que no trascendió a grandes producciones, como si sucedió con la colonización de la coca. A finales del XX Puerto Gaitán era un municipio

marginal, disputado por paramilitares y guerrilleros, en el que confluía el latifundio ganadero con el narcotráfico y con alguno que otro cultivo de arroz y palma.

En los primeros años del siglo XXI coinciden el mejoramiento de la producción de Rubiales, el incremento de la ganadería, el desplazamiento de la población campesina y la consolidación de las autodefensas. En 2004, como parte de la política de “seguridad democrática” del gobierno de Álvaro Uribe, este grupo armado se desmovilizaría, permitiendo la presencia del ejército y en consecuencia, la progresiva movilización de los cultivos de coca hacia las márgenes de Gaitán.⁶ Desde mediados de década, dadas las condiciones, la alcaldía empieza a hacer visible a su municipio para el estado y las empresas nacionales y multinacionales, ofreciendo a sus tierras para la agroindustria, apenas en estos momentos de crisis energética y alimentaria. Si este proyecto agroindustrial no fracasa, la colonización agraria en el municipio estará consumada.

Ahora aprovecho y le pregunto a Lelio un poco más por otros proyectos que viene gestionando. Me cuenta que quiere poner a funcionar un proyecto que tiene en mente desde hace ocho años, cuando fue presidente de Asopesga. La idea es poder financiar con recursos públicos el repoblamiento del río Manacacías y Meta. Lelio me explica que desde octubre, en la época seca, el río merma dejando muchas lagunas en las zonas anegadas durante el invierno; allí quedan infinidad de peces en crecimiento. A medida que el verano seca las lagunas los peces se van muriendo. Lelio propone que la alcaldía pueda pagar los instrumentos y el trabajo de los pescadores que se dediquen a sacar de las lagunas los peces que queden, para devolverlos al río, y así repoblarlo. Según sus cálculos, si logran sacar 5000 bagres y los sueltan, que de esos 5000 bagres se críen 500, que de esos 500 que lleguen al desove 100, 100 bagres desovando botan como unos 7.000 alevinos. La idea resulta ser muy interesante teniendo cuenta que por diferentes razones ecológicas, como la contaminación, el crecimiento de la actividad pesquera en Puerto Gaitán y en otras partes del río Meta, entre otros, ha disminuido la población de peces.

Ahora Lelio me explica que ese conocimiento lo ha obtenido en todos estos años de tanto que lleva en los ríos y también de unos talleres que recibió del INPA (Instituto Nacional de Pesca y Acuicultura). Cuando era presidente de la asociación de pescadores asistió a los talleres que esta institución les ofreció como parte del proceso de normalización de la veda que hay en mayo y junio, durante el desove de varias especies de pescado. Con esos talleres, me explica –aprendimos sobre el desove de las cachamas y así abrimos la mente para que no pensáramos en sólo acabar el pescado. En ese entonces propuso el proyecto a los clubes Pispesca y Los llaneros y al Inpa, pero no logró la financiación. Pero ahora que viene trabajando de a ratos con la alcaldía espera que le puedan avalar el proyecto y que de una se establezca para los años venideros, de modo que a Puerto Gaitán, no se le acabe el pescado.

También me menciona un proyecto que viene realizando desde el año pasado con la alcaldía. Lelio aprovecha justo cuando empieza a mermar el río para sacar tierra negra de las orillas del Meta y preparar un abono orgánico. A la tierra le echa gallinaza, aserrín, cal y bosta de ganado en cantidad, lo revuelve y espera un mes a que quede listo. El abono lo utilizan en la alcaldía para las arborizaciones de las zonas verdes del casco urbano. De este proyecto espera que le queden unos 10 millones.

–Gracias a dios el alcalde no nos ha abandonado, me dice, pero claro también porque yo he insistido y he hecho presencia en la alcaldía, porque para mí la idea es bregar a salir adelante, echado mano a todo mogote, como dice el cuento. Por algún lado, si dios quiere llegan las cosas.

Nos acostamos arrullados por los enérgicos sonidos de la selva, habitada por infinidad de insectos que brillan en coro. Duró un rato en la hamaca, pensando que me gusta lo que Lelio viene haciendo. Por azares conoció a Oscar Bolaños, con quien ha trabajado en muchos camellos pequeños, sembrando grama y jardines durante seis meses en el hotel-parqueadero del que es dueño y en los parques del pueblo. A medida que afianza su relación con el alcalde, coge confianza para hacer propuestas y realizar proyectos, muchos de los cuales se le ocurren de esta relación; no en vano le vende abono a la alcaldía, porque

ha conocido por experiencia que es algo que les interesa. Así Lelio no quiera vivir siempre del río, todos estos proyectos surgen de su conocimiento ecológico de los cauces que navega en su cotidianidad. El río se ha vuelto, en todo sentido, su recurso de vida.

En la mañana siguiente la pesca no resulta tan mala. De los nailons que dejó carnados sacó tres yaques –un pescado fino- me dice. En las mallas de Lelio no cayó nada, pero en una de las de Leiton sí cayó una sapuara. –Si ve, ya de a pocos empiezan a llegar, los pescadores no preveen nada, yo si de pura inteligencia lo hago- me dice sintiéndose orgulloso por la ayuda que le ha brindado a su amigo de pesca. Después de haber revisado todos los puestos nos vamos a la ranchería de su hermano, ubicada en las bocas del Yucao, un río de aguas oscuras.

El rancho, paredes y techo de zinc. Adentro cuelgan una hamaca, un radio, algunos platos, muchos cachivaches. Al lado tiene un armazón de palo en donde realiza las canoas. Allí también tiene el pendare, una brea negra que funciona como pegante y es sacada de un árbol que recibe el mismo nombre. Le ayudo a Lelio y a su hermano a pasar a la canoa 100 bolsas con majagüillos y nos vamos. Pasamos por otra ranchería en donde vamos a recoger el encargado de la hacienda Las delicias. Allí también se sube una chica rubia de Aguazul Casanare, que anda de vacaciones por estos lados.

- Don Lelio, si es cantante ¿por qué sigue jodiendo en el río?- le pregunta la mona.
- Porque con cantar no se tiene todo solucionado, hay que seguir luchando el calao- responde.
- Ahora le pregunto – ¿Pero Lelio usted le ha ayudado mucho lo del Cd?.
- Claro, yo recuperé muy rápido lo del Cd Imagínese que como a los dos días de haberlo sacado, yo ya tenía dos millones en ventas.
- ¿Y por qué le dio por sacar un disco?- continuó.
- En la época en que empezó a llegar turismo, yo ya tenía acciones de aclamar. Entonces cuando nos quedábamos allá en las playas yo les cantaba, les aclamaba y ellos

decían, huy ¿por qué no graba?, con esos poemas tan buenos. Entonces luché el calao a ver si podía grabar, pero nada. Esa vez yo tomaba mucho licor y no prosperaba nada, eso influyó harto. Pero hace un año gracias a Dios pude grabar el primer cd. y también me ha ido bien por ese lado, entonces ahora vendo cd's, le canto al llano y al turismo también lo nombro ahí.

'Sigo siendo pescador' es el nombre del disco de Lelio. En la carátula aparece montando a caballo a pie limpio y en la contraportada cogiendo un pez inmenso de unas tres arrobas. El dinero para esta grabación la obtuvo en su mayoría de los trabajos con Oscar Bolaños, por lo que menciona en los agradecimientos de su disco. Por estos días Lelio anda grabando el video de su primer sencillo, que ha financiado con el dinero que se gana en una presentación que hizo en Orocué. Lelio se presentó en el último Festival de la Cachama, donde pude verlo cantar por primera vez, con la copla "El poema es combinado":

«Soy nacido en el Güirripa y en Orocué bautizado, desde la edad de doce años, luchaba con el ganado, montaba potro cerrero. La llanura me ha enseñado a ser llanero completo y pescador afamado»

Cantaba serio, algo tímido. No le sonó muy bien, tal vez fueron los nervios. Lo cierto es que era uno de los pocos que a esa altura del festival tenía cordura, tal vez porque aún tenía que ayudar como jurado a escoger la reina.

Y como olvidar el Festival de la Cachama, uno de los festivales de folclor llanero más importantes. Tres días de desorden, mucho aguardiente llanero y maravillosos fuegos pirotécnicos hicieron la llaneridad. Bueno, hay que ser justos, en realidad hubo más. Muchos aprovecharon para ganar algo de plata. Que los envueltos, los perros calientes, las empanadas, el chorizo y la arepita, los loros exóticos, la melcocha, el tiro al blanco, monte a caballo, tírese en el tobogán, un minuto en la barca, lleve el sombrero, el poncho, todo lo que quiera a diez mil.

—Parientico venga se toma una chicha—

En las mañanas y los inicios de las tardes, los que aún podían seguirla y los pocos interesados, aprovechaban para mirar las presentaciones folclóricas, que el desfile y la competencia de academias de joropo, las vaquitas y el toro en la feria técnica ganadera, que la competencia de canotaje y las reinas en el río tirando la tarraya. Las tarde se pasaban en la manga de coleo; esa hora ya era de locura. En la presentación de Darío Gómez, dos heridos embestidos por las vacas que se salieron del corral. En la noche, gente por todos lados, los que no se miran en las mañanas, multitudes. La del sábado, presentación en traje de baño de las candidatas y mucha fiesta, a cargo de los grandes de la música llanera, que de la farra hasta se subían borrachos, o por lo menos eso contaron del Cholo Valderrama. Y en la del domingo, la presentadora y modelo Cristina Hurtado, que ni siquiera improvisaba y leía como si nada del papel diciendo el nombre de la ganadora:

–Y la reina de la Cachama es...es...es... la señorita... ¡la señorita Puerto Gaitán!- Y euforia en el público – ¡eesoooo, de algo debe valer todo ese petróleo!-

A diferencia del Festival de Verano, el Festival de la Cachama se empezó a realizar hace 23 años. Esta era la fiesta más importante para los habitantes de Puerto Gaitán. Ahora, como parte de las estrategias de la alcaldía para posicionar al municipio como un lugar importante de la Orinoquía, el Festival de la Cachama está pasando a ser uno de los festivales llaneros más reconocidos de la región. Traen a los artistas llaneros más famosos como al Cholo Valderrama y a Walter Silva, ganadores del Grammy latino; realizan un reinado invitando a la mayoría de municipios de Meta, Casanare, Arauca y Vichada, así como las mejores academias de joropo y música llanera.⁷ La alcaldía, además, publicita a este festival dentro de los productos de *El Paraíso Natural*, haciéndolo un espacio en donde los turistas consumen, a través del espectáculo y la imagen, a lo llanero y a lo indígena, (teniendo en cuenta que a los sikuaní, especialmente los de Wacoyo, los visibilizan con este festival con sus grupos de danza y música llanera).

Este una de los mecanismos con que Puerto Gaitán se posiciona en el imaginario de la región y en el mapa de la diferencia cultural de la nación colombiana. Pareciera ser, entonces, que resulta eficaz naturalizar la representación de la diferencia cultural en los

inconscientes alcoholizados y festivos: una razón más para entender a la fiesta como un acto cultural por excelencia.

Algunos días después visito a Lelio en su casa de Gaitán. Apenas llego lo encuentro escribiendo una copla y me cuenta que cuando la casa queda sola, se sienta a escribir, que sólo así se puede concentrar. Lelio ya tiene seis temas para el próximo año, en el que espera grabar un disco más variado, con coplas, pasajes y periqueras. Como parte de la financiación de este nuevo disco está componiendo una canción en donde narra la historia de un señor, un tal Jaime, en la que canta como el hombre salió adelante. Por la canción le va a pagar 500.000 pesos, monto que también va a recibir de un político, para que lo mencione en los agradecimientos. Lelio es un tipo muy inteligente, versátil que no desaprovecha para nada el tiempo. Aún pesca todas las semanas, pero ya no es la única forma que tiene para ganarse la vida. Para él las cosas han mejorado un 50%, –aún tengo mucho para trabajar, dice. Y si, los proyectos, el concejo, muchos otros Cd's, el turismo. Ahí está Lelio, luchando el calao.

Ahora se sienta enfrente de un telar y empieza a cruzar los hilos que su hermano ha dejado para tejerle un chinchorro a su nieto. En su boca un tabaco, del que sale y sale humo. Lo miro por varios minutos. De pronto, decide que debe hacer una llamada y coge su celular. Se habla con alguien de la alcaldía, le pregunta por unos proyectos. Apenas cuelga me dice que debe irse, se para, coge un casco de moto y sale para la alcaldía.

Al rato me dirijo hacia la finca Bramadero. Tomo una mula que se dirige hacia la Cristalina –al pozo de Ocelote- para que me lleve hasta el Alto de Neblinas. La conduce un hombre barrigón, de nariz aguiluda, sombrero blanco, que me dice que es del Quindío. En la cabina varias fotos de su esposa y sus hijitas.

– ¿Y usted que hace por acá muchacho?

– Ando haciendo un estudio, le digo, y le comento que he vivido en el resguardo con los indígenas y en fincas ganaderas.

– A esos indígenas no los quieren mucho por acá. Me dice. Son perezosos, reciben ayuda del gobierno y se chupan esa plata bebiendo. Además son malos, conocen la naturaleza pero usted sabe que eso también sirve para maldades, para hacer hechizos. Las mujeres encantan a los hombres, eso dicen. Y bueno, el vaquero también se ha vuelto perezoso, ahora el ganado se mueve con moto.

Notas

- ¹ Según Lelio, el criollo es el nacido en el llano, que sabe lidiar con la ganadería, matar una res, enlazar una vaca, naricearla, montársele a un caballo que corcovee, poner una suelta, que botalonee un caballo. –El criollo, criollo, es el que ha tenido todos los sufrimientos de la vida-me dijo en una ocasión. Este criollo, como me explicó Alberto, se caracteriza por portar sombrero de cuero, andar a pie pelado y cargar su cuchillo en la cintura.
- ² Carimagua fue un centro de investigación agropecuario de Corpoica, en donde se experimentó con pastos brachiaria para ganadería, acacias, pinos, eucaliptos, caña de azúcar, caucho, palma aceitera, entre otras semillas para monocultivos. El año pasado estas tierras fueron adjudicadas a población desplazada, y durante este año han ido siendo pobladas progresivamente. La idea es que las familias que habiten en este terreno recibían asesorías para aprovechar estas tierras con proyectos productivos, un modelo de desarrollo que piensan implementar para toda la región de la Orinoquía y del que Carimagua sería un proyecto pionero. Al respecto hay un artículo del diario El Espectador (2011b) reciente denominado «“Carimagua, piloto de desarrollo agrícola”:Incoder».
- ³ El malecón turístico es un proyecto de 48 mil millones pesos, un ejemplo de la desmesurada inversión de la alcaldía para infraestructura turística.
- ⁴ La más reciente, elaborada por José Fierro (2007), se encuentra en el libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural*. También está la versión de Orlando Artunduaga López (1990) en el texto *Monografía de Puerto Gaitán: Puerto Gaitán Perla del Manacacías*.
- ⁵ Acerca de la colonización campesina de los Llanos orientales en los siglos XIX y XX recomiendo mirar a Domínguez y Gómez (1988) y Rausch (1999). Para casos específicos sobre colonización únicamente del siglo XX a Barbosa (1988), sobre el piedemonte y las sabanas del Casanare a De la Pedraja (1984) y sobre piedemonte metense a García (2003), entre otros. Es importante destacar que estos estudios sobre colonización de los Llanos orientales no abarcan con exactitud a la colonización del oriente del departamento de Meta en donde realicé este trabajo, ni tampoco a muchas áreas del departamento de Vichada. Es un trabajo histórico que está por realizarse.
- ⁶ Hacia los municipios de Planas y Puerto Trujillo.
- ⁷ De hecho, en el festival pasado las academias del Casanare dejaron muy claro, con giros sincronizados y enérgicos zapateos, que tienen mucho tiempo trabajándole a la “llaneridad” y que Puerto Gaitán, aunque está invirtiendo en folclor, es un municipio que no tiene tradición en las academias de baile. Es importante reconocer que el folclor llanero se ha institucionalizado con las Casas de la Cultura y las academias de baile y música llanera ya que es en los grupos de joropo y las bandas musicales donde se materializa la “llaneridad”.

Alberto

Una niña de 10, otro de 8, un chico de 15 y otro de 13, juegan en frente de la casa. Los grandes tiran lazo a los pequeños. El menor aprieta su mentón contra el pecho y corre de un lado para otro lanzando cabezazos. El mayor lo esquiva una, dos, tres veces, hasta que recibe un fuerte golpe en el estómago. Se para rápidamente, hace una gaza y lanza el nailon al niño que sigue echando cabeza para todos los lados y que ahora queda enlazado –venga toro, venga toro, que lo cogí- dice el grande jalándolo. Al juego lo llaman “trabajo de llano” y consiste en eso, dos hacen de toros y los otros dos hacen de vaqueros, los primeros echan cabezazos para evitar ser enlazados, cada vez que los otros entran en un cuadrado imaginario, que dicen es el corral. Ahora Danilo, el pequeño, cae bruscamente y se echa a llorar –ya no quiero jugar más-- dice y termina el juego.

Al rato llega Alberto en Macoy, su caballo máspreciado. Tiene pelaje café oscuro, cabellera larga, muy hermosa, una mancha blanca pequeña en la frente, caminado fiero y carácter bravío. Andaba cabalgando por la sabana, echando un rato práctica de coleo y de paso mirando el ganado. Le quita la silla, el tapete, las riendas, la jáquima* y lo lleva al lado de un árbol en donde tiene un recipiente, que ahora llena con agua para que el caballo beba. Alberto Castro, cuarenta y pico, bigote escaso y ordenado, cabello al ras, 1,60, espalda cuadrada, cuerpo macizo, serio, muy elocuente. Desde hace tres años y medio es el encargado de la finca Bramadero, que queda al occidente del Alto de neblinas, y a la que tan sólo le quedan 140 cabezas de ganado y un poco más de 1000 hectáreas.

* La jáquima, de cuero o de cinta, se le pone en la cabeza a los caballos y generalmente se les amarra a las riendas juntándola con el bocado para poder jinetear.

Alberto llegó a trabajar en el 2007 a Bramadero. Entonces era una finca de unas 3200 hectáreas, con mucho más ganado y en mejores condiciones. Alberto llevaba un año cuando uno de los dueños de estas tierras vendió su parte correspondiente a 1200 hectáreas, en las que hoy hay un monocultivo de soya que dividió la hacienda. La parte del otro lado de la soyera, llamada Santa Isabel, siempre había sido administrada por otro encargado debido a la magnitud del terreno; sin embargo, con la división, pasó a ser prácticamente otra finca. Dicen que cuando estas tierras pertenecían a un terrateniente al que llamaban “El italiano”, tenían muy buen ganado, muy buen pasto y un buen cercado. Pero con los nuevos dueños, los que contrataron a Alberto, la finca decayó. Alberto me contó que al principio le pidió a su patrón mucho ACPM para quemar los pastos, ponerlos bonitos y hacer unos buenos potreros. Pero nada, no le dieron nada.

Esta parece ser la tendencia de muchas haciendas y fincas ganaderas de la zona, hasta hace unos años utilizadas para ganadería extensiva de levante y ceba. Inevitablemente estas extensiones de tierra han estado dispuestas –desde que fueron colonizadas en la segunda mitad del siglo XX- en el mercado para ser utilizadas según la tendencia productiva de la región. En Puerto Gaitán la tendencia está empezando a ser la agroindustria, lo que en el caso de la ganadería implica tecnificación y un cambio al sistema de ganadería intensiva de pastoreo rotativo, con el que no necesita tanta tierra. De esta manera, las miles de hectáreas que eran utilizadas en ganadería extensiva, pueden servir para amplios monocultivos y al tiempo para ganadería altamente productiva.

Aquí, duermo al lado de la mesa del comedor y de un mueble de madera manchado y viejo, que tiene en uno de sus costados un calendario descolorido de 2007. En las repisas del mueble hay dos tinajas^{*}, un casco de coleo, varios frascos de aceite, un chis-pum^{**}, un espejo, mucho papel. Justo a la izquierda cuelga un caparazón de armadillo que Alberto pintó con unas palmas de moriche en un fondo azul y amarillo, dándole una estética criolla. Del armazón del techo que se sostiene de paredes agrietadas y descoloridas, cuelga un

* Vasijas de barro en las que se guarda agua u otras bebidas.

** Una pequeña escopeta hechiza de balines, que sirve para practicar puntería o para cazar pájaros.

casco, tres chalecos de moto y la radio. Afuera de la casa están todas las herramientas que Alberto tiene para trabajar llano; varios asientos con sus estribos, nailons, jáquimas, tapetes y rejos cuelgan esperando la faena.

A esta hora de la tarde hay tranquilidad. Yolanda, la esposa de Alberto, mira el cabello de su hija Yesenia tratando de encontrarle algún piojo. Alberto, junto a Danilo y Néstor – un vaquero que ayuda en las labores de la finca-, se encuentra en la caballeriza, ahora abandonada, encerrando a unos gallos de pelea, que anda entrenado para estrenar en combate en la gallera de Gaitán algún fin de semana próximo. Se acerca el ocaso. Las nubes empiezan a pintar los colores del atardecer, que casi no alcanzo a mirar a través del bosque, a esta hora más musical que de costumbre. Ahora Yolanda se adentra en la cocina, una construcción oscura, de paredes y techo ahumados por la leña. Prende el fogón y empieza a preparar un caldo de papa y un arroz para la comida.

Alberto vuelve de la caballeriza. Enciende la radio en la emisora Ondas del Manacacías que transmite desde Puerto Gaitán. Suena un programa pagado por “El maestro de maestros Alma fuerte y el indio Miguel”, en el que promocionan la venta del escarabajo mágico de la riqueza –un poco Poe en la llanura-,¹ del que no se sabe si es un objeto, un escapulario profano o algún rezo esotérico, porque quien lo compra tiene prohibido mostrarlo a los demás. Según dicen, quien tenga el escarabajo tendrá amor, felicidad, salud, suerte, buenos negocios, saldrá de la rutina, se protegerá de las hechicerías, las envidias, los malos vecinos y hasta podrá atraer y “amarrar” al hombre o mujer que desee.

– Pura mierda. Todo lo que se inventan para estafar a la gente pobre- dice Alberto, serio, moviendo la cabeza de lado a lado y sacando un poco los labios.

Justo después inicia el programa Atardecer llanero, el que Alberto estaba esperando. Suena una canción de Dumar Aljure, ahora una de Javier Aldana y al rato el tamareño Huber Paredes y su canción “Lecciones de un hombre criollo”. –Aj, esto sí es música cuñao- me dice Alberto sonriendo y cantando:

«Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay. Yo no ando con tristeza y menos con alaraco, no hablo mucho, no hablo poco. Ni me creo el más bellaco. Si vivo con alabanzas, a cualquiera le relato que hay que ser humilde y bueno. Y no saciar el bujarco. Y ni imitar a ninguno por más que sea buen muchacho, ni habitar con mala junta, de aquellos que hacen atracos. Porque al desviar el camino lo voltean como un galápago, mas si vio tranquilo con en el llano el chijuaco, y no tener que pasar la pena que sufre el gato, yo que en mis pies trabajando por ahí de en hato en hato, pues así paisano mío uno sufre mil maltrato, viviendo siempre de esclavo, verbenijio y garabato. Pero el tiempo nos enseña, a no sólo ver pa lo alto. Tampoco a darle papaya al caimán se va del charco, hay no vivir afligido (...))»

Muy de mañana lo mismo, un par de capachos llevando el ritmo, un punteo de arpa y una voz nasal hablando de la vida del criollo en la sabana. Esta vez Alberto ha sintonizado la emisora Colombia Estéreo del Ejército Nacional que transmite desde Yopal, en el programa “Joropo, llano y coleo”. Extrañamente no me incomoda escuchar música tan temprano, no la música llanera que va tan bien con el paisaje de la sabana y la vida del vaquero. La música, el paisaje y el trabajo, se han hecho juntos por un tiempo suficiente, que ya es difícil imaginarlos separados. En el joropo, el hato, el trabajo duro, las prácticas con el ganado, la humildad, el atardecer, los animales del llano, entre otros valores estéticos y de comportamiento, toman su lugar en el imaginario de quién lo escucha; pero sólo cobra sentido para quien día a día el paisaje del hato y el trabajo de llano se viven a través del cuerpo y los sentidos. El vaquero no es sin el joropo.

Al rato, en la noticias, el comandante del Ejército Freddy Padilla dice que gracias a la seguridad democrática Colombia está explotando 750 mil barriles diarios, y que esperan que para final de año sean un millón de barriles. Termina señalando que somos el país número uno en Latinoamérica en tener capital privado, lo dice con orgullo. Enseguida la propaganda “1810-2010 bicentenario de la independencia, 200 años de honor y gloria, ejército nacional, héroes de la patria” y de una otro corte comercial que invita a los ciudadanos informar el paradero de los ‘terroristas’ Cuchillo, el Loco Barrera, entre otros.

- Castro, ¿pa dónde va?
- Me voy a ordeñar. Camine nos acompaña.

Alberto porta su sombrero de trabajo, lleva la camisa desabotonada y un butaco en su mano izquierda. Vamos con Néstor que en su mano derecha carga un balde. Pasamos un broche y caminamos por un potrero hasta el corral, algo viejo y abandonado, con algunas varetas desajustadas. La puerta que divide la zona derecha de la zona izquierda del corral está bastante deteriorada; el naranjo del brete y del embudo se encuentra desleído y oxidado. Justo al lado del corral Alberto tiene el conuco, en donde ha sembrado cítricos, yuca y topocho; ésta resulta ser una zona fértil para cultivo, debido al abono de la boñiga del ganado. Entramos. Uno, dos pasos, empiezo a sentir que me hundo en el fango, ahora en la mierda que empieza a oler más fuerte.

Néstor abre la puerta que divide a los corrales y deja pasar a la primera vaca a donde están todas las crías. De inmediato un becerro corre hacia la vaca. Rápidamente Néstor lo enlaza y no lo deja amamantar. Alberto coge un nailon, hace una gaza y amarra las patas traseras de la vaca. –Esta es mañosa- me dice. En seguida coge el butaco, se sienta enfrente de la ubre, pone el balde justo debajo y con sus dedos pulgares, índices y anulares empieza a sacarle leche. Dura unos tres minutos sin parar. Ahora Néstor suelta el becerro que presto empieza amamantar lo que Alberto ha dejado de leche. Así les hacen a las ocho vacas y a los ocho becerros que tienen. De vuelta, camino como ladeado por el balde lleno.

- Castro ¿Cómo empezó en las faenas del llano?
- Yo nací en una vereda acá de Puerto Gaitán, pero me crié por los alrededores de Maní, Casanare. Yo hice mi cuarto de primaria, pero uno entre medio de la pobreza y todo tiene que trabajar. Mi papá tenía hartos líos y me puse a pensar, al hombre le quedaba mal darle estudio a todos, y yo a lo menos ya sabía escribir mi nombre. Entonces me fui a trabajar. Y me fui formando en el llano, llevando regaños, maltratos de los dueños de la plata, de los duros y muchas veces los encargados, un trabajador igual a uno, pero como tenía mando le tocaba a uno aguantar lo que ellos dijeran. En veces por ahí con una sola comida diaria. Se levantaba uno a las 3 de la mañana, venía llegando por ahí a las 5, 6 de la

tarde con el ganado, todo el día en la sabana cogiendo ganado, y llegaba uno a esa hora, cenaba, almorzaba y desayunaba en una sola comida. Así me formé.

Con el modo de producción de ganadería extensiva en Casanare, Arauca y algunas zonas del Meta y en menor proporción del Vichada, se formó un nuevo obrero, el vaquero criollo: un trabajador joven, de comportamiento dócil y humilde, con un cuerpo disciplinado para condiciones agrestes, especializado para las ganaderías, sin otro tipo de conocimientos técnicos que le permita realizar trabajos diferentes. Estas personas trabajan con salarios muy bajitos, comiendo poco, durando más de 12 horas diarias sobre un caballo, con el sol ardiente de la sabana, con la humedad de las selvas, y sufriendo regaños y maltratos. La ganadería es un ejemplo más de la explotación y de la subalternización de la mano de obra para la reproducción del capital.

Alberto duró hasta sus 23 años en el Casanare, cuando echó a venir a Puerto Gaitán, en compañía de su esposa y dos caballos. Me cuenta que cuando llegó se movía hartito ganado, por lo que duró varios años trabajando llano durante 14, 15, 20 días y descansando 2 o 3 días, según las faenas.² Así lo hizo hasta cuando de nuevo decayó el comercio de ganado, que estaba supeditado al control de la guerrilla de las FARC. Aunque la ganadería en Puerto Gaitán inició en las décadas del 70 y 80, cuando los colonos que se establecieron progresivamente en esta zona del Meta, empezaron a vender sus bienhechurías a terratenientes; vino a fortalecerse a finales del siglo XX e inicios del XXI. Este fortalecimiento coincide con el régimen paramilitar de las Autodefensas del Meta y del Vichada. Es probable que la ganadería no haya sido una economía fuerte debido al control de comercio de vacunos por parte de la guerrilla, mercado que seguramente el paramilitarismo entró a facilitar. Lo sugiero teniendo en cuenta que alias Guillermo Torres, líder de estas autodefensas, fue un reconocido ganadero de la región, que además, cuidaba los intereses de otros hacendados que también tenían grandes ganaderías.

A Alberto, entonces, le tocó irse a los ríos a pescar, actividad en la que duró un año. En uno de esos días de pesca le pusieron a pasar unas vacas por el puente del Manacacías. Mientras lo hacía conoció a un patrón “duro” de la Costa que le ofreció trabajar en una de

sus haciendas, Santa Clara, que era por los lados de San Miguel. A los dos años, vendieron la finca y liquidaron a Alberto. Con ese dinero adquirió un lotecito en Puerto Gaitán. Al poco tiempo le salió trabajo en una hacienda más abajo de Pte. Arimena, y allí trabajó como encargado otros dos años, cuando de nuevo se vino para el pueblo:

– Ya luego eche a trabajar a la compañía, allí en la estación de Jaguar. En eso hay muchos que le sacan la nalga al trabajo. Yo no soy de esos. Sí me tocó meterle la nalga, le hacemos con todo. Tocaba mover tubería y empatar. Cada tubo pesaba 20 arrobas y lo movíamos entre 10 hombres. Pasó el primer mes, me pagaron. Con eso pagué el mercadito que la mujer debía y me compré un bultico de cemento, un bloque y unas varillas. Al otro mes hice lo mismo y mandé a construir otras piecitas; porque eso era un arenero ahí, vivíamos amontonados como los marranos. Y estaba trabajando, pero por ahí por las aguas crudas que toma uno me dio amebiasis y me sacaron al médico, y con eso me destituyeron del cargo. Duré tres meses camellando en la compañía. Ya luego fue que me hablaron para ser encargado de esta finca. Y acá estoy trabajando con el ganado, criando por ahí gallinas, que el marranito. No he tenido tropiezos con los patrones, lo único es que uno tiene el sueldo muy mínimo, pero le toca aguantar haber que pasa.

Me cuenta que Yolanda y sus hijos viven en la casa que construyó en Gaitán, pero sólo ocupan un cuarto. Los otros cuatro cuartos de la casa los tienen en arriendo. Con esa plata terminan de pagar las necesidades de sus hijos. Ahora se para, va a su cuarto y se prepara para salir a la finca Las Delicias, en donde los están llamando para que les ayude con un búfalo que se les fue a la sabana. Me quedo pensando en que Alberto es un tipo que ha trabajado muy duro, por lo que el trabajo de la compañía aunque fue extenuante, no resultó insufrible. No en vano dicen que “un criollo trabaja lo que sea”. Teniendo vaqueros que ya no puedan trabajar en fincas, las compañías y las agroindustrias tienen asegurada una mano de obra ruda dispuesta a los trabajos más difíciles.

Camino por un potrero. La sabana, pasto y pasto, de tanto en tanto unos palos de chaparro, un guala merodeando las alturas, un lote de ganado, mucho horizonte.

- Danilo, ¿qué quiere ser cuando sea grande?- le pregunto.
- Yo quiero ser astronauta, piloto, buzo, bombero.
- Papito ¿y no quiere ser vaquero?- le pregunta Alberto
- A sí, primero vaquero y coleador.

A las cinco de la tarde veo que Alberto se prepara para salir. Le pregunto que para dónde va y me dice que se va a mariscar una lapa, de la que hace un tiempo viene viendo rastro cerca a unas lagunas, acá dentro de la finca. Hace unos cinco días que no comemos ningún tipo de carne. Alberto, aunque trabaja criando y levantando ganado para alimentación, no puede comerse ninguna res, por lo que tiene dos opciones: comprar o cazar. Esta es una fórmula del capital ya conocida, es el trabajador siendo enajenado de su trabajo y del producto que logra con su trabajo, que además, debe comprar como si su trabajo le perteneciera a otro.³ Este retrato es inhumano. No estamos hablando de cualquier tipo de mercancía, estamos hablando de comida: aunque Alberto produce carne de res no la puede comer por lo que debe comprarla en el pueblo en donde la libra de costilla –al no ser una carne pulpa es la más barata del mercado- cuesta unos 3.500 pesos. Para estas personas la carne de res, irónicamente, no hace parte de su dieta cotidiana. Una más para las injusticias del capital.

Aún así y a pesar de la contaminación y de la disminución de los bosques, en Bramadero cazar todavía es una opción. Como sólo podían comer carne de res en ocasiones especiales, los vaqueros aprendieron a subsistir de la “mata de monte”, que además, brinda una dieta animal mucho más variada, en sabores y nutrientes. Curioso, una de esas actividades que sólo pueden hacer estos tipos de cuerpos históricamente formados para estos trabajos duros, ahora viene a resultarles como una ventaja. Un atavismo entre tanta modernidad.

Apenas Alberto me lo comenta, siento que es una buena oportunidad para ir a mariscar, por lo que le pregunto si lo puedo acompañar. –Claro mijo, con tal que no se queje de los

mosquitos- me responde riendo. Me embadurno los brazos y las piernas en jabón no piquex, me pongo mi impermeable que es la única prenda manga larga que cargo y cojo la linterna. Al rato Alberto me pasa una de sus escopetas, nos montamos en la moto y salimos.

Vamos por la sabana, a mi derecha una hilera de humo me hace saber de Puerto Gaitán, a mi izquierda los bosques de galería henchidos por el viento mojado. Llegamos, dejamos la moto y nos metemos al monte. La luz es escasa pero aún se puede caminar sin linterna. Pasamos entre un grupo de palmas inmensas parecidas a las de topocho. El bosque gotea, hace lenta y perdurable la llovizna. Alberto para, mira el suelo, lo remueve con sus botas – aquí es, me grita- y me dice que me meta hacia la izquierda y que busque un claro, que ahí nos vamos hacer. Antes de hacerle caso me paro a su lado y miro el suelo, lo veo igual que en donde estaba, algunas pepas de moriche en el piso, muchas hojas secas, mucho barro y nada que indique que algún animal come aquí. Vaya conocimiento tienen estos criollos. Nos hacemos unos metros a la izquierda. Alberto limpia el piso de las hojas y nos sentamos. Detrás nuestro, muy cerca, la orilla de la laguna oculta entre la maraña.

Apenas sentimos que empiezan a picar los mosquitos, prendemos cada uno un cigarrillo. No es un método eficaz, pero en algo funciona. Con el tímido mudar de los minutos empieza a oscurecer. De aquí en adelante no podemos hacer el más mínimo ruido. Mientras tanto los minutos siguen en su metamorfosis hacia la noche.

De pronto bajo nuestros pies, el tornasol, la magia del bosque. Con la oscuridad, miles de pequeños puntos fosforescentes brillan.

El nocturno
hace la luz
en las semillas de la selva

Una hora de silencio, escuchando el canto de los insectos de la noche y viendo el palpar centelleante de las luciérnagas. Una hora tratando de mirar sin ojos, intentando el

mínimo movimiento, el mínimo chasquido, a veces tan complicado. De pronto un sonido, pareciese algún animal, pero no lo identifico, es opaco. Alberto me golpea con el codo y me hace saber que no ando tan equivocado. Se siente cada vez más fuerte. Pienso que puede ser un buen momento para prender la linterna y disparar, pero eso lo sabe Alberto, y seguro no es así porque no lo hace. Al rato, desaparece el ruido. Nosotros seguimos esperando. Duramos allí 40 minutos más, en silencio, con paciencia, resistiendo al movimiento, hasta cuando Alberto me dice –vámonos, ese animal nos pilló-.

No devolvemos con las manos vacías. Pero en algunos días Alberto saldrá a mariscar de nuevo. Yo estaré intentando dormirme cuando escucharé el disparo. Al rato lo veré llegar junto con Fernando, un trabajador de Santa Isabel, cargando una venada en su caballo. De inmediato la colgarán del cuello. Alberto cogerá un cuchillo, lo afilará, hará un corte vertical en el centro del pecho del animal y jalará el cuero hacia los lados con mucho cuidado. El animal quedará sin piel y exhibirá unos músculos robustos, en especial los de las piernas traseras. Me sorprenderé porque nunca antes había apreciado con tanta claridad la anatomía de un animal, y encontraré algo de belleza en este acto de mutilación. Pero mi fascinación no durará mucho. Al rato, sacarán las vísceras, la sangre resbalará en el cemento, oleré la muerte y miraré los ojos desorbitados, la lengua colgando; sabré entonces que es un acto cruel el de afilar un cuchillo para despresar un animal.

Alberto lo hará sin perder tiempo y con conocimiento preciso de cada una de las partes que cortará. Yolanda le ayudará a limpiar la sangre justo cuando empiece a quitarle las patas delanteras y luego las traseras. Lo cortará por la espalda y le quitará las costillas. A medida que lo haga, dará las partes derechas a Fernando y pondrá las izquierdas, el lado por donde entrará la bala, en un balde. Dirá entonces –nunca le doy al compañero la parte del tiro, que siempre queda más maltratada. Al final quedará la cabeza con la columna del venado, que rápidamente partirá en pedazos.

Cuando esté viendo Alberto trabajar como carnicero entenderé, como me él me lo ha dicho, que un criollo se reconoce sobre todo por la forma en tratar una carne, en especial la

de res. –A mí sí me duele cuñao cuando maltratan una carne- me dirá mientras arregla la carne de venado, y de paso me explicará que despresar un venado o algún animal de monte es muy diferente a hacerlo con una vaca, porque tienen partes distintas.

Al final de ese día Yolanda quedará contenta. Me dirá –siempre hace falta la carne- y pondrá un gesto hermoso, delicado; una sonrisa suave y una mirada que traspasará como agua diáfana.

Llegamos del bosque y de una nos adentramos en nuestras hamacas. Me quedo pensando en la cacería, una forma de subsistencia que personas como Alberto conocen muy detalladamente. Para cazar no basta con tener una escopeta y puntería, también hay que saber las estrategias para cada uno de los animales (venado, lapa, chigüire y cachicamo, las carnes de marisca que más se comen) y esto requiere conocimiento y experiencia. Desafortunadamente quedan pocos animales en los bosques y seguir cazando no es una opción inmediata para la vida de las sabanas y bosques. Pero ese conocimiento no se debe diluir en los trabajos de las compañías y agroindustrias, no mientras traigan ventajas alimenticias para estas personas cuya inclusión en el capitalismo es injusta.

Siento que es preciso resistir al modelo de desarrollo que se quiere para la Orinoquía y mostrar que hay conocimientos en las personas que resultan ser muy útiles para su bienestar. Lo que hay que proponer entonces es que *El Paraíso Natural* se vuelva una política alimentaria y ecológica seria, que se preocupe por recuperar los bosques, las sabanas, los ríos, la biodiversidad y así, tener una dieta variada de carne animal y obtener varios beneficios más, como por ejemplo, de las plantas medicinales. Pero mientras *El Paraíso Natural* sea una imagen para perpetuar el capital de una forma que no para mejoré las condiciones de vida de todos los que habitan en Puerto Gaitán, la explotación, la marginación y la desolación están aseguradas.

– ¿Qué hace?- me pregunta el pequeño Danilo.

– Escribo un diario- le respondo

- Y que escribe en el diario.
- Todo lo que me pasa en el día.
- Ahhh ¡Yo quiero escribir un diario!

Hoy me he levantado a las cuatro y media. Hay mucho ruido en casa. Junto con Alberto, Yesenia, Danilo, David –un amigo de Castro-, nos preparamos para el coleo en Guadalupe, en el que Alberto y David van a competir. A Macoy lo han puesto elegante, con una pechera y unas medias verdes, una jáquima roja y una alfombra amarilla, azul y roja. Alberto se ha vestido todo de negro, con sus botas de cuero para coleo y un sombrero de copa alta, al que todavía no le quita un forro que lo mantiene limpio de polvo. Tomamos rápido el caldo con huevo, comemos las arepas que Yolanda nos ha preparado y salimos a la carretera para embarcar a Macoy y Azulejo, el caballo del pequeño Danilo. Yo salgo primero a la sabana. La neblina baña en rocío mis zapatos, el pasto se deja pisar, no cruje. De a poco las nubes se tornan naranjas, la neblina se deshace. A lo lejos suena la moto de Alberto, una Suzuki GN125H, estilo clásico, muy redonda. Lo distingo, su figura sobresale en la espesura roja de la mañana y desplaza hacia otros rumbos a la brisa matutina.

Duramos unos veinte minutos embarcando a los animales y salimos hacia el pueblo. Yo me voy con los caballos en el compartimento de la Turbo. Todo va bien hasta que esquivo la primera patada de Macoy; con un poco de susto, me subo a uno de los palos de la cerca del camión. Ha sido una mala idea irme acá. La turbo brinca y yo más. Trato de mantenerme lo más lejos de los caballos. Macoy parece asustado, se mueve golpeando el costado de Azulejo, ahora le pega al piso una, dos veces, la turbo frena y el caballo se viene hacia mí, nuevamente lo esquivo, pero esta vez que quedo aplanado por el trasero del animal. Llegamos al pueblo y respiro aliviado; fueron quince minutos pero casi que quedo ahí.

En la manga de coleo de Gaitán embarcamos a cuatro caballos más y nos vamos a Guadalupe, un pueblo a una hora y cuarto de acá, en el municipio de Puerto López. Me voy de nuevo en el vagón del camión, pero esta vez acompañado por tres muchachos,

coleadores, y con menos probabilidad de recibir algún golpe de los caballos, que ahora van más apretados. Macoy de nuevo, una, dos, tres patadas al piso, la turbo truena y asusta a los otros caballos. En la carretera, la sensación de infinitud es interrumpida por modulaciones extrañas para la linealidad. Mucha sabana, alguno que otro rastrojo, águilas merodeando, un caño lleno de botellas y bolsas de plástico. De tanto en tanto el viento de las mulas que se dirigen a los complejos petroleros nos golpea; un terrón de arena me fastidia el ojo. El mayor de los que me acompaña saca una bolsa de color blanco, delgada, no muy larga, se mete la punta en la boca, aprieta los dientes y jala. Ahora me pregunta que si quiero, me dice –es chimu, es bueno, pruébelo parientico. Yo le digo que sí y masco un poco. Ya había olvidado lo amargo del tabaco y la borrachera psicodélica que puede producir. El chimu es una pasta de tabaco que los vaqueros utilizan en sus jornadas de trabajo porque les quita el hambre y les da energía para trabajar, es un estimulante muy efectivo.

Guadalupe es un pueblo pequeño, muy alargado; como muchos pueblos en el llano, lo cruza una sola avenida, de tierra naranja, de más de un kilómetro de largo. Sobre la avenida están todas las casas y alguna que otra taberna. Un par de caballos blancos esperan a sus jinetes frente a una tienda donde beben cerveza y suena el golpe de los capachos. Al fondo, plateado con el sol, el río Meta. En la entrada del pueblo, rodeada de sabana y monte está la manga de coleo, de trescientos metros de largo, seis de ancho, varetas de madera, postes de concreto. Alberto camina por ahí, saluda amigos y conocidos, y a uno que otro le gasta cerveza. Llegan motos, camionetas. Los coleadores, un par a pie pelado, la gran mayoría con botas de cuero, los mayores con sombrero, los muchachos con cachuchas. Todos hacen lobby, charlan alegres, en ocasiones se miran de reojo, se reconocen. David, se me acerca. Luce un poco nervioso. Me brinda de su cerveza y me dice que el coleo es de envidia. No le entiendo muy bien, pero se va y no me da tiempo para preguntarle.

Después de un buen tiempo de espera llaman a inscripciones. Más de treinta coleadores pagan los 150.000 pesos, con la posibilidad de ganar 1.900.000. El coleo es patrocinado por la alcaldía de Guadalupe y organizado por los coleadores del pueblo y las fincas aledañas. La inscripción está a buen precio si se compara con el la tarde de toros coleados del

Festival de la Cachama, que para los de Puerto Gaitán fue de 400.000 pesos. Recuerdo a Alberto hablándome al respecto:

– A uno como hijo de Puerto Gaitán le duele. Lo que fue el club y la alcaldía, nos atropellaron un poco. Lógicamente uno como encargado gana un mínimo y tiene gastos y necesidades. Y cobrándonos 400 mil pesos, y a la gente de afuera 300 mil pesos y a los de México, bueno que son invitados especiales; ellos ganaran o no ganaran se iban con plata. Mientras nosotros que hemos estado metiéndole la ficha, nos cobraron todo eso.

En el Festival de la Cachama a Alberto le tocó pagar 200.000 pesos para el coleo criollo que se hizo el día lunes, cuando ya el festival había prácticamente finalizado y no contaba con el público que tuvo los días anteriores. Además la manga de coleo, estaba en pésimas condiciones, echa un barrial. La administración municipal en curso de Puerto Gaitán, como parte de su propia reificación, se ha enfocado en fortalecer lo llanero como una diferencia cultural del municipio –la otra es lo indígena- y como temática para el espectáculo y el entretenimiento de los habitantes del casco urbano y el turismo. Esto es algo reciente de la alcaldía de Oscar Bolaños. Su política de “llaneridad” se ha enfocado en fortalecer la educación del folclor en la Casa de la Cultura y las instituciones educativas para crear grupos de presentación de danza y música que representen –física e imaginariamente- a Puerto Gaitán en las ferias turísticas del país. Además, ha mantenido el lugar del Festival de la Cachama como una feria importante de la “llaneridad”.

La política, en el caso del coleo, no ha estado en fortalecer las redes y los hábitos locales de deporte y competición, sino en generar un escenario regional de coleo –teniendo en cuenta que es el deporte llanero- para el ocio y el consumo de personas no especializadas, es decir, para el consumo de la diferencia. Por ello ahora se está hablando que Puerto Gaitán debe tener una de las mangas de coleo más espectaculares del llano, un proyecto que ya está en maqueta.

Ahora Alberto se me acerca. Me dice que está como tomado; al rato se rectifica –bueno no tanto, toca esta ~~abip~~ l coleo cuña. Caminamos hacia la parte final de la manga y nos quedamos un rato mirando el ganado, –están pesadas estas vacas, se ve buena esta

ganadería- me dice. Alberto lleva más de 20 años coleando. Aprendió hacerlo en la sabana, sin manga de coleo, a una mano. Ya con el tiempo, el deporte ha ido creciendo y se ha vuelto más sofisticado, por lo que es más popular entre los jóvenes. No obstante, Alberto lo sigue disfrutando.

Al rato vuelve. Aparece montado en Macoy junto a Danilo quien monta a Azulejo y me pregunta que si le puedo tomar una foto a ambos. Al instante aparece un viejo amigo de él, le presenta a su hijo y le dice –este toronón es el que va me a representar cuando ya esté achacado.

Con la llegada de la tarde inicia el coleo. La gente aplaude. Sale la primera vaca, detrás el coleador y su compañero que se encarga de presionar a la vaca para que no pare la carrera. El coleador jala, la vaca cae de lado, –¡costado!- grita el locutor. Y de nuevo en la segunda zona otro costado. A lo largo de la tarde cada coleador tiene derecho a dos salidas. En cada salida tienen dos oportunidades, en la primera y en la segunda zona, para derribar al animal que le toque.

En la tarima somos unas 400 personas mirando, gritando, tomando cerveza, comiendo patilla. A mi lado montada sobre las varetas, una mujer joven, jean apretado, camisa corta que le deja ver el ombligo, escote pronunciado, botas de tacón, labial rojo, algo ruborizada. Pasan varios hombres y la ojean sin disimular, su novio hace cara de serio y les tira una mirada amenazadora. En el público soy el único barbado, de pelo “largo”. La gran mayoría de hombres lo tienen al ras, estilo militar y los que no tienen bigote están muy bien afeitados. Inevitablemente me miran con extrañeza.

Sale Alberto en su primera oportunidad, David lo acompaña en Azulejo persiguiendo a la vaca, que se arrincona hacia las varetas. Alberto le alcanza a coger la cola, de inmediato se ladea, queda en un estribo y jala con fuerza. Una campana*. En la tarima gritamos. Y de nuevo, campana en la segunda zona. Salen el resto de participantes, muchos costados, varias campanas, un par de emocionantes campanillas, una vaca a la que se le quiebran las

* La campana es cuando la vaca da una vuelta completa. La campanilla es cuando da dos.

patas en la corrida y otra que termina sin cacho. Hay un breve receso, pasan las vacas al inicio de la manga y empieza la segunda ronda. Y Alberto vuelve hacer dos campanas.

El coleo termina y anuncian que hay un empate entre dos coleadores, cada uno con 60 puntos. De inmediato veo pasar a Alberto sobre Macoy por la manga de coleo y para justo en donde está el juez. Los coleadores ganadores hacen lo mismo. Alberto empieza alegar que el también tiene 60 puntos –cada campana vale 15- , que le están robando una campana. –Póngale cuidado parientico, la gente vio las cuatro campanas, ¿por qué me las va a quitar?- le dice al juez con tono tosco. Muchos de los espectadores nos amontonamos y escuchamos un rato la alegadera. Al final el juez acepta su equivocación y pone a Alberto como un tercer ganador. La noche no demora, no hay luz para un desempate, por lo que los tres ganadores deciden que se dividen el premio. Apenas para que Alberto pueda recuperar lo de la movida de los caballos y la inscripción. Como alguna vez me lo explicó –lo que a mí me gusta del coleo es que le da plata al que tiene plata, a uno de pobre no le da nada, le **dap híp** comer, pero como le da le quita- con lo que me dejó claro que es sobre todo un hobby, algo en lo que vale la pena divertirse.

Al final me lo encuentro contento, –¿cómo la ve cuñao? me querían robar pero no, yo también gané. Yo también quedo contento. Siento que es importante que estos espacios locales de práctica y competencia de coleo se mantengan, ahora que con el boom del turismo se organizan para el espectáculo. Para vaqueros como Alberto, a quienes les toca duro en la semana, el coleo sirve para divertirse y creo que es apenas justo. Además, aunque es un deporte de competencia, en estas tardes de coleo se mantienen las relaciones entre vaqueros amigos y es preciso que estas relaciones se consoliden teniendo en cuenta que es un espacio en el que se pueden formar luchas y dispuestas que los beneficie, más ahora que la alcaldía de Puerto Gaitán anda utilizando a lo llanero como una diferencia cultural de su municipio. Unidos, estos vaqueros pueden entrar a negociar con la alcaldía privilegios, como por ejemplo, la participación gratuita en los festivales de coleo que se hagan en el municipio, más ahora que la alcaldía narra a Puerto Gaitán utilizando la imagen del vaquero llanero –entre otras- .

Y de vuelta a la finca, como si se estuviera incendiando,
en el horizonte
la luna

A la mañana siguiente le digo a Alberto que me fastidia un ojo en el que me cayó aserrín. Me lleva al bosque, corta un bejuco de chaparro y me dice que abra los ojos. Cae un líquido que me refresca la mirada, un líquido muy agradable.

–Nacemos y vivimos del bosque muchacho- no lo olvide.

Hace unos días ha llegado a la finca un amigo de Alberto llamado Mandarin, 23 años, cejas gruesas, acuerpado, vacan. Me siento a su lado mientras calza unas botas de cuero. Me comenta de su trabajo en Humapo, una finca de Rodrigo Noguera de 2000 hectáreas, algo más –eso en esa finca no descansaba ni los domingos, mucha esclavitud- me dice.

– ¿Qué hace un vaquero?- le pregunto.

– Mirar el ganado, que no tenga gusanos, si tiene gusanos toca curarlo, que no tenga muchas garrapatas ni moscas, y si tiene toca lavarlo con la manguera, eso como ya existen venenos para eso. Eso es joder con el ganado. Un vaquero es como un obrero, le toca hacer de todo.

– ¿Por qué se retiró de la finca para buscar trabajo en la compañía?

– Porque yo venía de ganar un sueldo de 400.000 pesos y eso no alcanza. Alcanza para uno de soltero, y viviendo en la finca, pero ya toca pagar arriendo porque me voy a vivir con la mujer, y que el mercado, entonces póngale, con 400.000 no alcanza. Toca entonces buscar donde el sol alumbre más.

– ¿Y en las palmeras no vale la pena?

– Allá un sueldo base es de 700 mil. Alcanza, pero apretado, muy apretado, usted no ahorra nada. Toca apuntarle a lo que mejor de, que es la compañía.

Aquí me siento mucho más joven que mis contemporáneos.

Al rato nos preparamos para la faena. Vamos para la sabana a reunir todo el ganado de la finca que en algunas horas será llevado por unos ganaderos de San Martín, quienes lo compraron. Al parecer los dueños de estas tierras están cambiando sus posesiones, debido a la muerte de su padre, quien se las heredó. Alberto alista su mula. Hoy viste con una camisa de cuadros rojos y azules, un jean y unas botas de plástico recortadas a la mitad. La mula deja su timidez, muy colorida, con una silla de pelusa verde y naranja, puesta sobre un tapete rojo. Yo preparo a un caballo blanco y obediente, pongo la silla, la ajusto a la cola, pasó la pechera y amarró con fuerza. Antes de montar, tomo un sombrero de cuero, Alberto me dice que no me puede faltar, que uno no trabaja llano sin su sombrero.

Cabalgamos con tranquilidad por la sabana. El día está gris, el cielo esparce su rocío por el pasto alto. Pasamos por unas matas de chaparro. Alberto me cuenta que las hojas de este árbol, bastante carrasposas, las usan en las haciendas del Casanare para limpiar loza. Ahora un águila de pintas acaneladas planea muy cerca y termina posándose en la punta de un gigante del bosque. Pasamos uno, dos broches y me dice que vaya por unas vacas que están detrás de unos árboles. Cabalgo rápido y las empujo con mi presencia hacia el otro potrero. Alberto se queda arriando un toro que le hace varios amagues, lo presiona contra un árbol por un lado, por el otro, pero después de varios intentos el toro sale corriendo sabana adentro. –Usted no se puede quedar mirando como un guevón, ¡pija!, tiene que ayudarle al compañero- me grita. La poca pedagogía en su gesto fuerte, no evita que me sienta regañado. Llevamos las cuatro vacas al corral. Ahora nos montamos al banco de sabana que da con la soyera. Me quedo cuidando un cercado roto para que las vacas no pasen, mientras me fumo un cigarrillo que hace unos minutos Alberto me acaba de pasar, apenas para aguantar la lluvia. Las llevamos al corral, en donde las contamos. Un total de 144 reses, entre vacas y alguno que otro toro.

Unas tres horas después llega Pacho, el encargado de la hacienda Neblinas, con uno de los compradores. Al rato arriman en caballo el hijo de Pacho y otro vaquero que trae un

tercer caballo amarrado. Alberto les dice que el ganado está en el corral pero que falta un toro que se quedó en la sabana y les explica que él cree que a ese toro toca amarrarlo. Pacho se monta a pie pelado en su caballo blanco, muy elegante, al que le tiene una silla de pelusa amarilla, roja y verde, y una jáquima que hace un rombo justo encima de los ojos del animal. Alberto vuelve sobre su mula y yo sobre el caballo blanco y nos vamos, cinco jinetes, por el toro.

Al rato de andar bajo la lluvia, vemos al toro en la sabana. Alberto y Pacho preparan sus nailons y salen cabalgando velozmente detrás de la bestia. Los otros tres los seguimos, yo más lento que todos. Me acerco a un bosque de galería y escucho a Alberto y a Pacho que gritan, ¡ea! ¡ea! ¡ea! ¡ea! ¡ao! ¡ao! ¡ea; buscan asustar al toro. Los perros también ladran y ladran. Dentro del bosque, bajo la lluvia, el toro resiste a ser domado, resiste a la voluntad humana. Ahora me bajo del caballo, lo amarro a un palo y me adentro con cuidado, con miedo, no quiero que me embista el animal, que debe ser de unos 500 kilos.

Apenas llego veo a Alberto teniéndose duro de un palo, sin su mula, jalando con fuerza el nylon que aprieta el cuello de la bestia. Luego me contará que apenas enlazó al toro, la mula no resistió el jalonazo del animal, por lo que cayó con todo y bestia, y tuvo que detenerse con los palos del bosque. Esto del trabajo de llano es de verdad rudo. Desde el otro lado, el hijo de Pacho y el otro vaquero tiran sus nailons y los enganchan justo en las patas del animal. Ahora jalan para terminar de obligarlos a caer en el piso. De inmediato Pacho le amarra las patas. Ahora se acomodan para jalarlo de los extremos de manera que lo tengan estable. Alberto suelta su nylon y se trepa encima del toro que de apoco se ha resignado al piso. Pacho coge su cuchillo, toma con una mano la cabeza del toro y rápidamente le clava el cuchillo en la nariz. El toro hace estremecer el piso. Le pasa el nylon de Alberto por el agujero y de nuevo le abre otro hueco, que lo hace brincar.

Y ahora a sacarlo del bosque jalando de los nailons. Lo puyan por detrás, lo jalan por delante, pasan uno de los nailons por un palo, ahora Pacho me dice –cuñao, ¡a jalar duro!. Tire, aguante, tire, aguante. El toro resiste, pone su cabeza en todos los palos que encuentra, aún no está dispuesto a que se lo lleven. Veinte minutos después lo sacamos del bosque.

Escampa. Ya en la sabana Alberto y Pacho lo jalan de la nariz, y cada vez que el toro encuentra un árbol se clava de cabeza y no se deja mover. Pero rápidamente es fastidiado por los perros que le ladran, por lo que trata de embestirlos. Una vez lanzado el cabezazo, lo jalan duro y lo arrastran por la sabana, dejando atrás el palo que ayudaba a su resistencia. Después de unos minutos del mismo voleo el toro se cansa y se deja llevar por la sabana.

Llegamos al corral y nos preparamos para arriar el ganado hasta la finca Santa Isabel en donde vamos a embarcarlo. Un vaquero, a quién llaman cabrestero, se pone en punta y empieza a cantar oooi, oooi, oooi, oooi, oooi, oooi, oooi; el ganado lo sigue. Alberto, que luce un poco aturdido por la faena con el toro, empuja el ganado desde atrás agitando el rejo al ritmo de su canto jueee, jueee, jueee, jueee, jueee. Yo me voy por el costado izquierdo del lote, y cada vez que alguna vaca se tira sabana adentro, la acorralo y la devuelvo al grupo. Así llevamos el ganado hasta el primer broche, que da paso a la carretera que divide a Bramadero de la soyera. A mi izquierda, el amarillo de la soya casi lista para la cosecha, a mi derecha, un pasto que se hizo rojo con la lluvia. Al rato salimos a la principal y la cruzamos hasta otro potrero de un forraje muy alto.

Los cantos
germinan cuernos
en la hierba

Llegamos al corral. Separan las vacas gordas de las flacas. La apariencia también es una forma de clasificación útil para los animales. Un señor ojeroso, de sombrero blanco, poncho de Acacias y bigote corto, quien ahora es dueño del ganado, da la orden para que se parquee la primera Turbo. Ahora las vacas pasan por el embudo, el brete, la báscula y suben por el embarcadero. Después de casi tres horas llenan unas 8 Doble troques y una Turbo, y se van.

—Con las gracias no comemos, y eso que casi ni las dan- me dice Alberto al final, algo molesto porque no nos dieron ni un peso por el trabajo y con razón. Además está adolorido de la aporreada que se metió con el jalonazo del toro.

De vuelta a Bramadero le pregunto qué va hacer sin ganado. Me dice que va a esperar a ver que le resuelven los patrones, haber si lo liquidan o si lo dejan así. –Si me pagan por cuidar estas tierras, me quedo- me dice. Tal vez se ponga a criar unos marranos, no lo tiene claro. Por lo pronto seguir en la finca tiene sus ventajas, por lo que es una muy buena opción. Aunque le pagan mal, no tiene a unos patrones que lo estén ordenando o regañando todo el tiempo, lo que le da libertad de hacer en el día a día lo que quiera. Además, en esta finca aún se puede mariscar, que cachicamo, que venado, que lapa, que ir a pescar a las lagunas, entonces para conseguir carne está bien. Puede mantener el conuco y no se jode como obrero en una compañía o echando jornal en las palmas, trabajos que con la edad resultan más desgastantes. En la vida Alberto a echado duro, muchas veces sin escoger, pero parece ser que la finca es un mejor espacio que cualquier otro trabajo de obrero. Al menos sigue viviendo en un pedazo de llano, lo que sin duda le da un valor emocional agregado a la finca en relación a las compañías.

Eso si cuñao,
como todo, las cosas buenas se acaban.

Notas

- ¹ Me evoca, tanto por el nombre como por la mística, al cuento *El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe.
- ² Antes, cuando los terratenientes compraban ganado, debido al estado de las vías y a la lejanía de los hatos, se arriaba desde el hato del vendedor hasta al hato del nuevo dueño, o a otro hato del mismo dueño o a una ciudad importante como Puerto López, según fuera el negocio. Un vaquero era contratado para mover ganaderías sin necesidad de ser mensual o administrador de un hato o finca ganadera. La ganadería generalmente era asignada a un caporal, que dirigía a los demás vaqueros. El tiempo de duración del viaje dependía de las distancias entre los hatos, que en los Llanos podían ser hasta de 15 días. Hoy en día se contratan camiones para mover ganado.
- ³ Recomiendo mirar los análisis ya reconocidos de Marx sobre la enajenación del trabajo en “El carácter fetichista de la mercancía y su secreto” (1998) y los Manuscritos Económicos Filosóficos (1970).

Epílogo

A cultivar el conuco: *desmentida y diferencia económica* en Puerto Gaitán, Meta

Puerto Gaitán cada vez es más visible en el mapa de la diferencia y de la producción capitalista de la nación colombiana. La explotación de grandes yacimientos de crudo en el subsuelo de la llanura gaitanesa ha servido de entrada al proyecto modernizador del estado y de las empresas del capital, que vienen introduciendo nuevas ideologías culturales y políticas, y reconfigurando la organización económica y los usos ecológicos. Este embate de la modernidad en Puerto Gaitán ha sido acelerado, condensado y poco pasivo; en menos de diez años ha cambiado las circunstancias de vida de las personas que lo habitan, aunque ha mantenido la condición subalterna de muchos de ellos.

A continuación reflexiono sobre algunos de estos cambios. En el primer apartado sugiero, utilizando la idea de *desmentida* (Hall 2010), que el estado y el capital encubren sus prácticas explotadoras y marginadoras en la imagen de *El Paraíso Natural*. En el segundo apartado, propongo que en la relación entre la experiencia mundana y el conocimiento los sujetos adquieren prácticas y narrativas con los que se movilizan y se posicionan, en medio de las condiciones hegemónicas del gobierno del estado y las empresas. Para finalizar sugiero al conuco como una forma de *diferencia económica* que puede ayudar a las poblaciones locales a recuperar la autonomía y a tener bienestar.

El Paraíso Natural y *la desmentida*

Puerto Gaitán Paraíso Natural es la imagen que los más recientes gobiernos locales han creado para situar al municipio en la televisión, los diarios y la publicidad. Ya no es sorprendente hallar artículos como «Puerto Gaitán, el otro Dorado», publicado en el diario *El Espectador* (2011a) el pasado 3 de enero, en el que hacen referencia a la riquezas del subsuelo y la naturaleza, así como al potencial turístico del municipio; o importantes notas en la sección de entretenimiento de Noticias RCN invitando a los televidentes a visitar a Puerto Gaitán en sus fiestas de verano. Con *El Paraíso Natural* la alcaldía ha posicionando en los medios a su municipio, creando deseo de consumo en turistas, y de inversión en empresarios nacionales, en empresarios extranjeros y en los expertos del gabinete del gobierno nacional en curso.¹

Con *El Paraíso Natural* la alcaldía imagina a un Puerto Gaitán fantástico, un emporio petrolero, agroindustrial y turístico, en el que se conservan la naturaleza, las poblaciones indígenas y las tradiciones llaneras. Esta diferencia cultural y natural es representada en estereotipos específicos sobre lo indígena, lo llanero y la naturaleza de los Llanos orientales. En el libro *Puerto Gaitán Paraíso Natural* (Fierro 2007), y en varios de los brochures y folletos publicitarios encabezados por este slogan (Alcaldía municipal 2009, 2010), los indígenas aparecen como aborígenes que aún conservan las danzas, los rituales, la tradición oral y el trabajo artesanal; y los llaneros, como hombres trabajadores y laboriosos que se destacan en el trabajo de llano, la pesca y el folclor. A la naturaleza, por su parte, la muestran idílicamente, destacándola en los paisajes de los ríos y las sabanas, en los atardeceres, en la biodiversidad y en la riqueza de recursos.

¹ El Ministro de Transporte y el Viceministro de Agricultura del gobierno de Juan Manuel Santos anunciaron en el Foro de la Altillanura realizado en Gaitán en diciembre de 2010, importantes inversiones para la región, como el trazado de una vía pavimentada entre Puerto Gaitán y Puerto Carreño, el incremento del presupuesto para Alianzas Productivas de 6000 millones a 34.000 millones y la creación de la Secretaría Técnica para la Altillanura dependiente al Ministerio de Agricultura. Además ya hay proyectos de multinacionales como Maggi de Brasil, Mónica Semillas de Bolivia, así como el interés de empresarios chinos y alemanes para invertir en la altillanura gaitanesa y en proyectos turísticos.

Como he sugerido con la crónica, esta representación de la diferencia cultural y natural no describe la situación de la naturaleza, de los indígenas y de los llaneros. Con los cambios en los modos de producción, es decir, con de la intervención de las petroleras, de la emergente producción agroindustrial y del turismo, la vida en la naturaleza y en las poblaciones locales, imaginada idílicamente en *el paraíso*, está siendo explotada y gobernada para los intereses poderosos del capital y el estado.

En el capitalismo la naturaleza es el punto de partida, pero no el punto retorno (O'Connor 2001). Los desechos y subproductos industriales de las empresas agropecuarias, reforestadoras y palmicultoras son arrastrados en el invierno por los caños y lagunas hasta cauces mayores como el Meta, así como los desechos de consumo en las épocas del turismo de playa terminan en el Manacacías. Las miles de hectáreas en monocultivos, las que ya existen y las que proyectan cultivar, destruyen las sabanas y amenazan con remplazar la intrincada red de bosques de galería. Los derrames por accidente en el transporte del crudo, en la explotación o en la tubería, contaminan los ecosistemas, así como la tierra y el agua separada del crudo que devuelven a los caños y los bosques. Además, al haber naturalizado al extremo la explotación petrolera desconocemos los efectos de vaciar las entrañas de la tierra. Dadas las condiciones, la vida en la gran cuenca del Orinoco, caracterizada por su heterogeneidad ecosistémica y por tener grandes concentraciones de vida silvestre (Rodríguez *et al.* 2009), está amenazada.

La naturaleza del trabajo también viene siendo intervenida y gobernada por el capital y el estado. Los indígenas sikuani de Wacoyo, a diferencia de cómo son imaginados, han entrado por completo en la vida asalariada, trabajando para las agroindustrias, las petroleras, la alcaldía, la política, las artesanías y/o en los contratos que llegan al resguardo. Algo similar viene sucediendo con los vaqueros, los trabajadores de las fincas en donde se trabaja la ganadería extensiva. Con los cambios en la función de la tierra, de grandes extensiones de ganadería a grandes extensiones para monocultivos y complejos agroindustriales, y con la tecnificación de la ganadería, la vaquería está dejando de ser una posibilidad de trabajo. La única opción que les queda a estos campesinos es trabajar como

obreros en las agroindustrias o en las petroleras. En el caso de las agroindustrias el trabajo no es muy bien remunerado y en el de las compañías petroleras, aunque son un poco mejores los salarios, obligan al trabajador a internarse por 21 días o más, en los que no hay domingo que se descansa. Las empresas dicen que su intervención en la región es para el mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes; sin embargo, su explotación laboral es extrema.

Como lo menciono en la crónica, los cambios en el uso de la tierra y en la naturaleza del trabajo, inciden directamente en el deterioro de las economías locales de auto subsistencia, que algunos pobladores todavía mantienen. La contaminación y el agotamiento de los recursos, reduce los servicios ambientales de alimentación como la pesca y la cacería, de aseo como el agua de los caños, de vida material como la madera, las tinturas, y las hojas y las fibras de palma y de medicina como el yopo, el cappi y demás plantas medicinales. Con el trabajo asalariado de las agroindustrias y las petroleras, la mayoría de indígenas hombres, a quienes les corresponde trabajar el conuco, han dejado de cultivarlo. Igual ha sucedido con los vaqueros, quienes cultivan el conuco cuando viven en un hatu o hacienda, y que abandonan una vez se van a trabajar a las empresas.

Es preciso aclarar que el trabajo asalariado tiene una historia un poco más larga al de las recientes intervenciones. La ganadería fue tal vez el primer modo de producción en la zona que introdujo el salario. Antes, aunque el dinero era un medio de intercambio, no existían actividades económicas en las que se comprara la fuerza de trabajo. Con la ganadería primero, y luego con los cultivos de coca, y de algo de arroz y palma, se fue adentrando esta forma capitalista. No obstante, los vaqueros y los indígenas, debido a los reducidos salarios y a la discontinuidad de los trabajos, mantuvieron sus economías de auto subsistencia. Es sólo con las recientes intervenciones que estas economías están siendo totalmente remplazadas. Además hay que reconocer que ahora el salario resulta más seductor que antes, en la medida que es el único medio a través del cual pueden satisfacer nuevas necesidades como el servicio de telefonía celular, el televisor, la moto, entre otras mercancías a las que antes no tenían acceso.

En el resguardo Wacoyo no todos los indígenas tienen la posibilidad de empleo y cuando obtienen uno, difícilmente duran un año. Como se genera una dependencia del dinero –lo que evita que quieran volver a cultivar- y como no hay animales para cacería, muchas familias empiezan a tener dietas muy regulares. Esta circunstancia ha sido aprovechada por las empresas capitalistas, en ocasiones asociadas con el estado, para desarrollar sus proyectos de “responsabilidad social”, la gran mayoría, enmantelados con los discursos de la *seguridad alimentaria*. A pesar de lo benefactores que pueden parecer, estos proyectos generalmente no funcionan, debido a los inadecuados procesos de capacitación y como sucede en el caso de los proyectos productivos, a los costos y al mantenimiento de la producción. No obstante, aunque los medios de enseñanza en las capacitaciones no resultan ser muy efectivos, al menos van insertando en el imaginario de las poblaciones locales, a *la empresa* como forma de organización social y económica.

Estos proyectos van dirigidos a las poblaciones que habitan en las inmediaciones de las compañías, y son ofrecidos por las empresas como una compensación por el impacto social y natural de su forma de producción capitalista en el espacio circundante. Esta idea de “impacto”, a mi modo de ver, es una excusa para poder intervenir directamente en estas poblaciones locales y de esta forma, sí tener un impacto directo. Ahora bien, algunas de las poblaciones locales a las que intervienen están organizadas en territorios colectivos, como sucede en el caso de los resguardos indígenas y de algunas comunidades de desplazados en Puerto Gaitán.² Uno de los efectos que producen en estas comunidades es más división social, en la medida en que van dirigidos a grupos muy reducidos dentro de estas colectividades, normalmente a las familias y a los amigos de los líderes que negocian estos programas, lo que genera malestar entre la población que no es beneficiada.

Me parece importante, entonces, sugerir tres asuntos que pueden ayudarnos a entender a la “responsabilidad social” como un mecanismo de gobierno del estado y el capital. Con la “responsabilidad social” las empresas y la alcaldía municipal incluyen y abarcan –haciendo alusión al concepto de *encompassment* (abarcamiento) utilizado por Gupta y

² Las comunidades de desplazados de Guasipati y Santa Barbara (ubicadas en cercanías al resguardo Wacoyo) a quienes repararon con estos territorios, también son intervenidos por los programas de “responsabilidad social”.

Ferguson (2002)- a las poblaciones locales que están en las proximidades de las empresas, argumentando que así remedian su “impacto” social y ambiental. De entrada, lo hacen presentándose con metáforas de progreso, como la *seguridad alimentaria*, y en tanto portadores de progreso, se posicionan en superioridad en el imaginario de las poblaciones locales. No en vano, estas poblaciones consideran a los proyectos de “responsabilidad social” como *ayudas* de las empresas, ubicándose a sí mismas en una posición subalterna. Estas intervenciones, además, consolidan jerarquías locales. Lo sugiero teniendo en cuenta que los proyectos de “responsabilidad social” se dan en la negociación de las empresas con los líderes de las comunidades, a quienes convencen con “colaboraciones generosas” para que avalen los proyectos.

La superioridad con la que intervienen y se abarcan, y las jerarquías que fortalecen y forman, son ejemplos que pueden ayudarnos a entender la espacialización vertical del estado –y de las empresas del capital- de la que hablan Gupta y Ferguson (2002). Además, sugiero que es importante observar la vacuidad de las metáforas de progreso, no sólo para entender la espacialización del estado, sino para observar los medios a través de los cuales esta forma de gobierno introduce ideologías, como por ejemplo, el modelo de organización empresarial.

La pregunta, entonces, es ¿por qué la alcaldía imagina la diferencia, cuando lo que hace es aliarse con las empresas para diluirla imponiendo unas prácticas homogenizadoras? La respuesta ya se puede deducir de los comentarios anteriores acerca de la “responsabilidad social”; no obstante, perfilaré mejor esta reflexión.

Como ya varios teóricos han argumentado, occidente ha necesitado de la diferencia para ejercer su hegemonía sobre los territorios y sus poblaciones. Para Slavoj Žižek (1998), por ejemplo, la lógica cultural del capitalismo global es el discurso del multiculturalismo. Su argumento es que con el multiculturalismo, el capitalismo global trata a las poblaciones locales como nativos, «como el colonizador trata al colonizado» (1998: 172), diferencia que le sirve para reafirmar la propia superioridad. Muy cerca a esta línea de argumentación se encuentra Edward Said (2002) con su concepto de *orientalismo* y Coronil (2002), con el de

occidentalismo. Said (2002) propone entender el *orientalismo* como un discurso a través del cual Europa estereotipa, controla y produce el Oriente, tanto ideológica como económicamente. Por su parte, Coronil (2002) propone el concepto de *occidentalismo*, no para invertir la relación planteada por Said, sino para sugerir que Occidente crea relaciones estereotipadas con sociedades no occidentales como parte de su «autodiseño (...) como poder imperial » (2002:16).

Aunque apuntan hacia direcciones relativamente diferentes, cada una de estas aproximaciones tiene implícitos dos asuntos importantes sobre del acto de estereotipar la diferencia. Primero, la diferencia toma sentido no sólo cuando marca las fronteras simbólicas de un colectivo o sujeto, excluyendo y produciendo clasificaciones hacia afuera de él, sino también cuando define las características propias. Y segundo, este acto de exclusión y de definición propia es político (Hall 2010), en la medida en que mantiene y/o configura las relaciones desiguales a través de las cuales ha circulado históricamente el poder.

Al traducir esto para el caso de Puerto Gaitán, puedo sugerir que el acto de estereotipar la diferencia a través de la imagen de *El Paraíso Natural*, es un proceso de fijación de las jerarquías, en el que las empresas y el estado se sitúan en superioridad y soberanía sobre la población y la naturaleza que describen. Los indígenas, los llaneros y la naturaleza de los llanos, históricamente han ocupado una posición subalterna en relación con la sociedad moderna y civilizada, lo que se puede deducir de los estereotipos de *El Paraíso Natural*. En esta imagen los llaneros e indígenas aparecen descritos de forma bucólica, como habitantes de la naturaleza lo que de entrada los posiciona como inferiores, si admitimos que la representación común de la naturaleza mantiene implícitos valores que la definen como esencial, prístina, originaria: la naturaleza como la base de la evolución humana.³ No en vano, a esas poblaciones que la habitan se les atribuye la conservación de la tradición (Fierro 2007), lo que las ubica en el pasado. Además, al tiempo la naturaleza es

³ En su artículo «Los guardianes del poder: biodiversidad y multiculturalidad en Colombia» Wade (2004) nos recuerda las imágenes coloniales y poscoloniales inmersas en las representaciones sobre los indígenas como guardianes de la naturaleza, así como el papel de los poderes dominantes y el capitalismo en la producción y normalización de esta diferencia.

representada como una entidad externa que ofrece un espectáculo conmovedor a los sentidos (Serje 2002) aparece como una entidad virgen e improductiva.

No es un acto estrictamente poético el de imaginar a esta naturaleza y a estos sujetos como *El Paraíso Natural*, es más bien un acto político en el que se define la condición pre-moderna de Puerto Gaitán, empoderando y justificando así el proyecto modernizador que el estado y el capital tienen para estas tierras.

Ahora bien, la hegemonía ejercida por el estado y el capital no se agota en imaginar y fijar estas diferencias para posicionarlas en inferioridad. Considero que es a partir de la representación de la diferencia que el capital y el estado niegan sus deseos y prácticas poderosas sobre la naturaleza y la población local, al tiempo que las satisface. Stuart Hall (2010:437) llama esto como la estrategia de la *desmentida*, una práctica de encubrimiento que produce objetos fetiches que ocultan en secreto «una fuerza prohibida, poderosa y peligrosa» (2010: 437).

Desde esta perspectiva, sugiero que *El Paraíso Natural* es el objeto fetiche, con el que la alcaldía, las compañías petroleras y las empresas agroindustriales, sustituyen prácticas como la explotación laboral, los cambios en la naturaleza del trabajo, los usos anti ecológicos de la tierra y el deterioro de los servicios ambientales, que aunque no pueden verse en el objeto, están presentes como una fuerza oculta. Es precisamente utilizando esta representación, que hacen sus intervenciones modernizadoras. Con la imagen de *El Paraíso Natural*, es decir, con la imaginación de la diferencia cultural y natural de Puerto Gaitán, la alcaldía y las empresas se posicionan en superioridad, y encubren sus prácticas de marginación y de explotación sobre las poblaciones locales y los recursos naturales. De esta manera producen tanto ideológica como económicamente *al Paraíso*. Lo maravilloso de esta estrategia de *desmentida* es que, *El Paraíso Natural* es un Puerto Gaitán inexistente; no obstante Puerto Gaitán no existiría sin *El Paraíso Natural*.

Vida mundana, conocimiento y *diferencia económica*

A lo largo de esta investigación he considerado que los sujetos han sido y son históricamente contruidos por ideologías culturales y políticas, por economías y ecologías y a la vez, se nutren de su condición histórica para ser protagonistas (Coronil 2002, Escobar 2010) y posicionarse, así sea en historias locales y/o personales. Hasta aquí he sugerido algunos aspectos para entender la primera parte de este postulado, definiendo algunas características del gobierno hegemónico del capital y el estado en Puerto Gaitán a partir de la idea de *desmentida*, es decir, del encubrimiento de las prácticas explotadoras sobre la naturaleza y la población a través de la representación de la diferencia en *El Paraíso Natural*. Queda entonces por sugerir, cómo las personas se movilizan y posicionan según su situación como sujetos históricos, lo que a su vez me da pie para reflexionar cómo en medio de la vehemencia de la modernidad las poblaciones locales se pueden favorecer para mejorar su bienestar.

Alberto, Lelio, Jairo y Vicente son sujetos que aprehenden –porque lo toman y lo interpretan- y producen conocimiento. Aprehenden el conocimiento cultural, económico, ecológico y político que históricamente ha circulado y circula en los espacios que habitan, y producen conocimiento a partir de las diferentes experiencias de vida que han tenido. Sugiero que es a partir de este conocimiento que estas personas toman posición y/o se movilizan, con la intención de mejorar sus condiciones de vida. Lo ilustraré con algunos ejemplos de sus vidas ya evocados en la crónica.

Desde que comenzó como artesano, Jairo conoció Expoartesánias y estableció varias relaciones como la que tuvo con Artesanías de Colombia y con la diseñadora Marta Echeverría, socia de la tienda Surevolution. De estas experiencias aprendió, a partir del sentimiento de la estafa, que las tiendas de artesanías venden mucho más caro el producto de lo que lo pagan. En los pocos años que lleva como artesano, Jairo también ha sido participe de varios proyectos y capacitaciones ofrecidas en los programas de “responsabilidad social” donde enseñan –gracias al enfoque empresarial- liderazgo,

autonomía, cooperativismo, entre otros asuntos. Con el conocimiento propiciado por estos proyectos, aprehendió que sus artesanías deben mantener la calidad e innovar en los diseños. Además, es a partir de estas experiencias que realiza las proyecciones con las que espera mejorar su trabajo: montar una tienda de artesanías, consolidar la cooperativa artesanal de Wacoyo –Coopalomeko- (que surgió en una capacitación de Cepcolsa), diseñar la web de la cooperativa, entre otras.

Lelio ha aprendido a gestionar proyectos a través de la relación que hace varios años estableció con el alcalde Oscar Bolaños y con la alcaldía. El alcalde le ha concedido a él varios contratos para que trabaje sembrando pastos y jardines, lo que le ha servido de experiencia para conocer el tipo de cosas que le interesan a Bolaños, como las reforestaciones en el pueblo y los abonos orgánicos. Además, Lelio ha insistido en mantener esta relación para poder ofrecerle al alcalde proyectos con los que él pueda beneficiarse, como el de repoblamiento de peces en los ríos Manacacías y Meta, que le ayuda tanto para tener trabajo como para mejorar las probabilidades de pesca, de la que vive la mayoría del año. La idea de hacer este proyecto le surgió en un enlace de conocimientos aprehendidos en las capacitaciones del Inpa sobre desove de cachama y en su experiencia táctil con el río, en la que conoció sobre sus particularidades en el invierno y en el verano –esta última época es en la que se quedan atrapados, en lagunas, los peces con los que piensa repoblar.

Buscando mejorar sus condiciones de vida, Jairo y Lelio, se nutren de las instituciones que hace diez años ni asomaban por Gaitán. De esta manera han adquirido y formado nuevos hábitos. Jairo mantiene contacto con las instituciones por comunicación celular, que trata de hacer relativamente constante, y en ocasiones yendo al pueblo a las oficinas de las compañías petroleras con la intención de gestionar dineros. Lelio suele visitar la alcaldía para sacar cita con el alcalde, para hablar con algún funcionario o para estar pendiente de los proyectos.

Por su parte, basado en el conocimiento instruido por sus maestros chamanes y aprehendido con la apertura de la percepción física y metafísica a partir del uso ritual y

cotidiano del yopo y el caapi (sacados de los árboles de yopo y el bejuco del caapi), así como en sus experiencias de trabajo, Vicente ha construido una posición crítica respecto a las intervenciones del “hombre blanco” y ha afianzado su inclinación por la tradición cultural. Esnifando yopo y mascando caapi, Vicente accede a otros planos de la realidad y estudia el espacio a través del diálogo con los espirituales, con quienes ha conocido que el vacío dejado con la succión del petróleo es un cambio que genera catástrofes para el funcionamiento del planeta. A esto se le suma que ha conocido en la experiencia los efectos de la contaminación por petróleo y por los olores pútridos de la agropecuaria Aliar S.A. Por ejemplo, trabajando en las cercanías del río Charate en Casanare, vio como el ganado y los peces se morían debido a la contaminación producida por un oleoducto.

Alberto, en cambio, ha tomado una posición práctica respecto a los trabajos ofrecidos en las compañías petroleras y las agroindustrias. Casi toda su vida se ha dedicado al trabajo de llano en haciendas ganaderas y a pesar de las dificultades que reviste este trabajo, lo ha apropiado como forma de vida. Trabajando llano en Casanare y Meta, conviviendo con otros vaqueros en las haciendas y moviendo ganaderías por largas extensiones de sabana, conoció y aprendió a cultivar y vivir del conuco, a cazar los diferentes animales del monte (venado, lapa, chigüire, cachicamo) con las estrategias particulares para cada uno y a curarse con plantas medicinales del bosque. Aunque hoy administra una finca sin ganado, Alberto sabe que como vive está más cómodo que trabajando en las compañías. No le pagan tan bien pero mientras pueda sembrar el conuco, mientras haya carne de monte, mientras pueda cabalgar la sabana e incluso criar algunos marranos, todo está bien. Además Alberto ya ha conocido el trabajo pesado en las compañías y no es algo que le atraiga mucho.

A diferencia de los casos de Jairo y Lelio, Vicente mantiene hábitos tradicionales de vida, como una resistencia explícita a las formas de trabajo ofrecidas por las petroleras. Él mismo es quien tomó la decisión de no trabajar para el “hombre blanco” y de cultivar el conuco por el resto de su vida. En el caso de Alberto la decisión de no trabajar para las compañías y de seguir sembrando el conuco y cazando es circunstancial, debido a que está supeditado a sus jefes y a lo que quieran hacer con la finca. No obstante, es de destacar que

opte por el trabajo en las fincas y no por el trabajo en las compañías, así en las petroleras sea mucho mejor pagado. Lo hace porque la vaquería actividad con la que está más a gusto.

En síntesis, puedo sugerir que estas personas se han posicionado y/o movilizado a partir de los conocimientos aprehendidos, formando prácticas que les resultan útiles para mejorar sus condiciones de vida. Estos hábitos adquiridos pueden ayudarnos a entender cómo cada una de estas personas busca gobernarse a sí misma (Farquhar 2007), teniendo en cuenta que adoptan estos hábitos tratando de favorecer unas intenciones personales muy precisas. Este gobierno sólo resulta posible en hábitos formados a partir de un conocimiento susceptible a ser aprehendido por el individuo, a través de la experiencia directa captada por el cuerpo. Sólo así, a través de los sentidos, el pensamiento y los sentimientos, los sujetos recrean ese conocimiento, cobrando sentido en sus propios sentidos (Farquhar 2007) y para sus propios intereses.

Hasta aquí he sugerido que el estado y la empresa explotan la tierra y la mano de obra indígena y llanera, deteriorando la vida de la naturaleza y de las poblaciones locales. Aún así, estas personas siguen buscando posibilidades, ya sea con narrativas y/o prácticas, esperando encontrar posibilidades para tener bienestar. La destrucción de los ecosistemas de la llanura por parte de las agroindustrias y las petroleras es preocupante: se destruye la vida de los bosques y animales, y se agotan los recursos y los servicios ambientales. ¿De qué pretenden que las poblaciones locales vivan? La respuesta no es muy complicada de adivinar: del trabajo asalariado, de la “responsabilidad social” de las empresas, de los proyectos de la alcaldía, del turismo y por supuesto, que lo que haga falta se lo rebusquen: que si se acaba el agua o si las fuentes que quedan están contaminadas, que compren o se enfermen. Creo que con este modelo económico y social propuesto para Puerto Gaitán la desigualdad está asegurada.

Entonces, ¿qué podemos aprender de Jairo, Lelio, Vicente y Alberto que nos ayude a proponer alternativas a este embate de la modernidad?

En los casos de Jairo y Lelio encuentro ciertos mecanismos que los pobladores locales pueden optar para evitar que la destrucción de la naturaleza sea mayor y en consecuencia, el agotamiento de los recursos y de los servicios ambientales importantes en su cotidianidad. Las exigencias que Jairo hace para reforestaciones en plantas nativas en el resguardo Wacoyo, aunque parte de un interés personal por no agotar la materia prima para sus artesanías, es una opción válida y necesaria para recuperar los bosques, y con esto las aguas y la cacería. El caso del proyecto de la repoblación del río también es un buen ejemplo que ilustra que tipo de ideas pueden gestionar estas poblaciones para beneficiarse a sí mismas. Desde esta perspectiva, el conocimiento ecológico aprehendido por su condición de sujetos históricos y en sus experiencias personales puede ser útil para formular proyectos que busquen la recuperación de los ecosistemas para que tengan de nuevo carne de monte y pescados, algo que no es descabellado proponer teniendo en cuenta la proliferación de los discursos ambientales. Desafortunadamente al depender de los dineros institucionales y de las decisiones burocráticas, las poblaciones locales no tienen autonomía y así no pueden gobernar su propio bienestar.

Comparto con Arturo Escobar (2010) que es importante fortalecer los discursos de *diferencia económica*, esas «otras maneras de pensar sobre y de organizar la vida material y social» (Gibson y Graham citados en Escobar 2010). En las historias de vida de Jairo, Lelio, Vicente y Alberto hay algo que está claro: existe un conocimiento y unas prácticas económicas que han sido aprehendidas y corporizadas y por lo tanto, tienen sentido en su cotidianidad. Creo que de estas prácticas económicas el conuco es tal vez la actividad que resulta más oportuna para mejorar su bienestar y el de la naturaleza. Pero ¿puede el conuco ser considerado una forma de *diferencia económica*?

La *diferencia económica* se da en la relación del capital como sistema global con las diversas formas sociales, entre ellas las no capitalistas (Escobar 2010). El conuco, al menos en la historia reciente, fue una actividad económica de subsistencia que coexistió con el trabajo asalariado, que para los indígenas y para los vaqueros resultó, y aún resulta, ser una alternativa a los bajos salarios y al trabajo ocasional. Hay que precisar que para los indígenas el conuco fue una economía predominante, que a medida que fue coexistiendo

con el trabajo asalariado se fue haciendo como una alternativa al capital, como lo es hoy para una persona como Vicente. No es fortuito que el conuco haya sido así: ésta es una forma económica en la que la fuerza trabajo no tiene un valor de cambio, por lo que el trabajador puede obtener un producto como fruto de su trabajo. Desde esta perspectiva considero que el conuco al ser una economía en la que el trabajo no es asalariado, es una forma de *diferencia económica* con la que se puede librar el imaginario económico de la dependencia en el capital (Escobar 2010), y así liberar la mano de obra asalariada y explotada. Esta relativa independencia, al menos, puede ayudar para que las poblaciones locales tengan un poco más de control sobre su propio bienestar.

El bienestar para estas poblaciones incluye el acceso a nuevos objetos de consumo como la moto, la telefonía celular, la televisión, la música, las películas, entre otros. Desde esta perspectiva, sí la idea es liberarse del trabajo asalariado, estas poblaciones deben seguir articuladas a los mercados para que a puedan recibir dinero y así acceder a estos bienes. Sí el capital como sistema global es parte condicional para la existencia de formas de *diferencia económica*, hay que pensar estas otras formas de vida social y material en articulación a este sistema. El conuco es una actividad económica que se puede pensar en articulación a los mercados. Habría que propiciar el cultivo de yuca, maíz, topocho, marañón, ahuyama, patilla, no sólo para el consumo personal, sino también para la venta de algunos de estos productos a mercados regionales, nacionales o internacionales. Lo importante es que el conuco también produzca para la venta y que estos productos se puedan distribuir, preferiblemente sin intermediarios.

Ahora bien, sí se incentivan formas de cultivo de conucos en la sabana, las poblaciones locales no estarían favoreciendo la contaminación y el agotamiento de los recursos, lo que permitiría recuperar los bosques y su biodiversidad. Si los bosques se recuperan, pueden ser una fuente importante de servicios como la cacería, la pesca, las maderas, las hojas y fibras de palma, las plantas medicinales y el agua. Como ha demostrado el ICBF, la sabana es un espacio en el que se puede cultivar, y esto ya es un conocimiento que algunos indígenas de Wacoyo han aprehendido. El terreno en el caso de Wacoyo está abonado. No obstante, habría que hacer un trabajo para fortalecer estos cultivos en la sabana sin dependencia en

cal y mecanización, que fue uno de los puntos negativos del proyecto del ICBF, lo que implica algún tipo de capacitación. Como he descrito, muchos de los cursos ofrecidos por las empresas privadas resultan inocuos; no obstante, si las personas encuentran en estos cursos un conocimiento en el que encuentren posibilidades para mejorar su bienestar, es probable que lo aprehendan, como sucedió con Jairo y Lelio. Desde esta perspectiva las capacitaciones de las empresas no son un obstáculo para la *diferencia económica*, sino su posibilidad para hacerse sostenibles y no dejarse diluir. Por su puesto la condición es que las poblaciones sepan exigirles a las empresas capacitaciones que sea útiles, y cómo propongo, los cursos de cultivo en sabana es una muy buena opción.

Aunque resulta una alternativa interesante, las condiciones para restablecer al menos en algunas personas esta *diferencia económica* son complicadas. Lo primero por decir, como nos muestran los casos de Vicente y Alberto, es que los conocimientos para hacer un conuco productivo aún están en personas que los encarnan y los practican, y es así porque tienen sentido para ellos. Lo que habría que hacer, entonces, es volver a darle sentido al conuco para las personas que se han acostumbrado al trabajo asalariado, y especialmente a quienes no viven de forma constante del salario y que sin embargo ya no siembran. El proyecto del ICBF en Wacoyo dejó otra enseñanza que resulta interesante: cuando hay resultados que sirven de evidencia las personas se van motivando porque ven, por ejemplo, que cultivar en la sabana si es una opción. Fue así que los funcionarios del ICBF fueron interesando a los indígenas para que cultivaran en la sabana, y es así como se debe proceder para fortalecer el conuco como forma de *diferencia económica*.

Espero haber explicado los beneficios del conuco en la sabana como una forma de *diferencia económica*. Quedan, sin embargo, varias reflexiones que realizar y que dejaré al menos insinuadas. El conuco es una actividad económica que utiliza la tierra. Para los indígenas sembrarlo es una posibilidad porque tienen a su disposición un territorio colectivo, dentro del cual cada habitante tiene su propio espacio. Pero ¿qué opción puede plantearse para los vaqueros llaneros quienes cultivan el conuco en haciendas que no les pertenecen? He dicho también que es necesario, al menos para retomar la práctica y adecuarla en la sabana, hacer algunas capacitaciones. Entonces, ¿qué tipo de exigencias

deben hacer las poblaciones locales para persuadir a las instituciones a que financien la capacitación de los cultivos en sabana?, ¿estaría el ICBF interesado en volver a retomar estos proyectos sin caer en los errores cometidos? Esto además implica una mejor organización de las comunidades. Por ejemplo los indígenas del resguardo Wacoyo, o se termina de fragmentar o empiezan a pensar a mejorar su organización política. ¿Cómo favorecer una mejor organización en la población del resguardo Wacoyo? Por último, si se considera el conuco como actividad que se puede articular a los mercados ¿A qué tipo de mercados podrían articularse para que la relación mercantil sea justa?

El proceso para fortalecer de nuevo el conuco como *diferencia económica* tiene un camino por recorrer. No obstante es una opción muy interesante para mitigar la explotación de mano de obra, recuperar los servicios ambientales que se han deteriorado con la contaminación y el agotamiento de los recursos y priorizar las necesidades de vida de las poblaciones locales.

Fuentes primarias

- Alcaldía municipal de Puerto Gaitán. 2009. *Puerto Gaitán Paraíso Natural*. Brochure turístico.
- Alcaldía municipal de Puerto Gaitán. 2010a. *Puerto Gaitán Paraíso Natural*. Brochure turístico.
- Alcaldía municipal de Puerto Gaitán. 2010b. *Puerto Gaitán ¿Cómo vamos? Rendición de cuentas 2009*.
- Artunduaga, Orlando. 1990. *Monografía de Puerto Gaitán: Puerto Gaitán perla del Manacacías*.
- Ecopetrol. 2005. «Un petrolero pesado» Obtenido en marzo de 2010 en el sitio web: http://www.ecopetrol.com.co/especiales/carta_petrolera2005/reportaje.htm
- El Espectador. 2011a. «Puerto Gaitán, el otro Dorado» Obtenido en enero de 2011 en el sitio web: <http://www.elespectador.com/impreso/negocios/articulo-243282-puerto-gaitan-el-otro-dorado>
- El Espectador. 2011b. «“Carimagua, piloto de desarrollo agrícola”: Incofer» obtenido en marzo 11 de 2011 en el sitio web: <http://elespectador.com/impreso/negocios/articulo-255928-carimagua-piloto-de-desarrollo-agricola-juan-manuel-ospina-geren>
- El Tiempo. 2010. «Sena capacita a indígenas del Meta en seguridad alimentaria y piscicultura» Obtenido en agosto de 2010 en sitio web: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7782963>
- Magazín Medios. 2009. Portada edición 15. Villavicencio.
- Fierro, Alex. 2007. *Puerto Gaitán Paraíso Natural*. Puerto Gaitán: Alcaldía municipal.
- Semana. 2010. «El cerrado colombiano» Obtenido en noviembre de 2010 en el sitio web: <http://www.semana.com/noticias-economia/cerrado-colombiano/146895.aspx>
- Surevolution. 2010. Obtenido en octubre de 2010 en el sitio web: <http://www.surevolution.com/MISSION/>
- Verdad abierta. 2009. «Aurodefensas campesinas del Meta y del Vichada». Obtenido en agosto de 2010 en el sitio web: <http://www.verdadabierta.com/victimarios/los-bloques/831-autodefensas-del-meta-y-vichada>

Bibliografía

- Agrawal, Arjun. 2005. *Environmentality. Technologies of government and the making subjects*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Barbosa, Reynaldo. 1988. «Llanero, conflicto y sabana: historias presentes» en *Los Llanos: una historia sin fronteras*. Bogotá: Academia de historia del Meta
- Caparros, Martín. 2006. «Por la crónica» en Silva, Miguel y Rafael Molano (eds.) *Las mejores crónicas de Gatopardo*. Bogotá: Debate.
- Clifford, James y George Marcus (eds.). 1986. *Writing culture. The poetics and politics of ethnography*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Coronil, Fernando. 2002. *El estado mágico: naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva sociedad.
- De la Pedraja, René. 1984. *Los llanos: colonización y economía*. Bogotá: CEDE.
- Domínguez, Camilo y Augusto Gómez. 1988. «Economía extractiva y compañías privilegiadas en los llanos: 1850 - 1930» en *Los llanos una historia sin fronteras*. Bogotá: Academia de historia del Meta
- Escobar, Arturo. 2010. *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Envión editores.
- Farquhar, Judith. 2007. «Medicinal Meals» en Lock, Margeret y Judith Farquhar (eds.) *The body proper: reading the anthropology of material life*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Franco, Roberto. 1997. *Historia de orocué*. Bogotá: Kelt Colombia y Ecopetrol.
- Friedman, Nina. 1989. «Guahíbos maestros de la supervivencia» en *Herederos del jaguar y la Anaconda*. Bogotá: Carlos Valencia.
- Foucault, Michel. 2006. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- García Miguel. 2003. *Persistencia y cambio en la frontera oriental de Colombia. El piedemonte del Meta, 1840 - 1950*. Medellín: EAFIT.
- Gómez, Augusto. 1991. *Indios, colonos y conflictos: una historia regional de los Llano orientales 1870 1970*. Bogotá: siglo XXI
- Gupta, Akhil y James Ferguson. 2002. «Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality» *American ethnologist* 29 (4): 981-1002
- Hall, Stuart. 2010. *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en los estudios culturales*. Popayán: Envión editores, Instituto Pensar, Instituto de Estudios Peruanos y Universidad andina Simón Bolívar.
- Imbrecht, Claudia y Galván, Sandra. 2009. *La alimentación tradicional a base de yuca como herramienta pedagógica*. Bogotá: Universidad Pedagógica – Departamento de Lenguas.

- Jiménez, María. 2008. *Mito, tradición y práctica sociales. El Kaliawirrinae: un análisis de la forma de apropiación y readaptación de la historia Sikuaní*. Bogotá: Uniandes CESO
- Marcus, George y Michael Fischer. 1999. *Anthropology as cultural critique. An experimental moment in the human science*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- Marx, Karl. 1970. *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza editorial.
- Marx, Karl. 1998. «El carácter fetichista de la mercancía y su secreto» en *El capital: el proceso de producción del capital Tomo I*. México D.F y Madrid: siglo XXI.
- Molano, Alfredo. 1996. *Del Llano llano. Relatos y testimonios*. Bogotá: El áncora editores.
- O'connor, James. 2001. *Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico*. México D.F: siglo XXI.
- Piñeros, Ana. 2008. *Katsipisipi, danza tradicional sikuaní: una experiencia en educación propia*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional – Departamento de Lenguas.
- Rausch Jane. 1999. *La frontera de los llanos en la historia de Colombia (1830 - 1930)* Bogotá: Banco de la República.
- Rodríguez, Manuel, et al. 2009. *La mejor Orinoquía que podríamos construir: elementos para la sostenibilidad ambiental del desarrollo*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Said, Edward. 2002. *Orientalismo*. Barcelona: Debate.
- Serje, Margarita. 2002. «Ciencia, estética y cultura en la naturaleza moderna» en Palacios, Germán y Astrid Ulloa (eds.) *Repensando la naturaleza: encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. Bogotá: Colciencias, ICANH, Imani, Universidad Nacional sede Leticia.
- Ulloa, Astrid. 2004. *La construcción del nativo ecológico*. Bogotá: Colciencias-ICANH
- Ulloa, Astrid. 2007. «La articulación de los pueblos indígenas en Colombia con los discursos ambientales, locales, nacionales y globales» en de la Cadena, Marisol (ed.) *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Popayán: Envió editores.
- Wade, Peter. 2004. «Los guardianes del poder: biodiversidad y multiculturalismo en Colombia » en Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.) *Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad de Popayán.

Entrevistas

- Entrevista 1. Jairo Yépez. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: marzo de 2010
- Entrevista 2. Jairo Yépez. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: mayo de 2010
- Entrevista 3. Jairo Yépez. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: mayo de 2010
- Entrevista 4. Alberto Castro. Finca Bramadero Puerto Gaitán: marzo de 2010
- Entrevista 5. Alberto Castro. Finca Bramadero Puerto Gaitán: junio de 2010
- Entrevista 6. Alberto Castro. Finca Bramadero Puerto Gaitán: julio de 2010
- Entrevista 7. Lelio Carvajal. Bocas del Manacacías Puerto Gaitán: marzo de 2010
- Entrevista 8. Lelio Carvajal. Bocas del Manacacías Puerto Gaitán: junio de 2010
- Entrevista 9. Lelio Carvajal. Puerto Gaitán: julio de 2010
- Entrevista 10. Vicente Gaitán. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: mayo de 2010
- Entrevista 11. Vicente Gaitán. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: junio de 2010
- Entrevista 12. Vicente Gaitán. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: junio de 2010
- Entrevista 13. Vicente Gaitán. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: junio de 2010
- Entrevista 14. Jesid Reyes. Alcaldía municipal Puerto Gaitán: marzo de 2010
- Entrevista 15. Alix Gómez. Alcaldía municipal Puerto Gaitán: mayo de 2010
- Entrevista 16. Sandra Restrepo. Alcaldía municipal Puerto Gaitán: julio de 2010
- Entrevista 17. Moisés Gualdrón. Alcaldía municipal Puerto Gaitán: junio de 2010
- Entrevista 18. Rafael Yépez. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: mayo de 2010
- Entrevista 19. Víctor Acosta. Cepcolsa Puerto Gaitán: marzo de 2010
- Entrevista 20. Marta Santa. Fundación Desarrollo y Paz Puerto Gaitán: mayo de 2010
- Entrevista 21. Don Clemente. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: julio de 2010.
- Entrevista 22. Jaime Hernández. Villavicencio: julio de 2010
- Entrevista 23. Hernán *el mechudo*. Puerto Gaitán: julio de 2010
- Entrevista 24. Jorge Romero. Resguardo Wacoyo Puerto Gaitán: julio de 2010